

Hilde Dressel

El legado del maestro

Experiencias personales con Sant Kirpal Singh

Dedicado
a Dios todopoderoso,
que se manifiesta a través de todos los maestros habidos,
y a Kirpal Singh Ji Maharaj,
a cuyos pies de loto, la autora
tomó
el naam (la palabra) sagrado.

Sant Kirpal Singh:

«He escrito libros sin ningún tipo de *copyright*
(derechos de autor)
porque se trata de un regalo
otorgado por Dios
como la luz del sol;
los otros regalos de Dios también son gratuitos»

Índice

Primera parte **Tras el fallecimiento de Param Sant Kirpal Singh**

1. Cómo nació este libro
2. Un deseo secreto y la respuesta del maestro
3. Asistente de los enfermos y los moribundos
4. Recuerdos del maestro Sawan Singh
5. Ayuda para familiares tras su muerte
6. Sobre la protección, la santidad, el amor y el agradecimiento
7. El maestro se acerca un paso más

Segunda Parte **Memorias del maestro Kirpal terrenal**

8. Anunciación a través de una visión y del principio del sonido
9. Aparece el maestro físicamente
10. Curada de mi enfermedad
11. El carnet de conducir
12. Buscando al maestro interior
13. **Con el maestro Kirpal en su casa de campo**
14. Una gran **ayuda** para toda la humanidad
15. Completamente curada
16. El bolsillo de la chaqueta como buzón de correo
17. El amor sufre por los demás
18. El ser humano **es el templo** de Dios
19. Observaciones en el avión
20. El maestro no aceptó el dinero
21. Rechazada y confusa
22. La recuperación de una hija perdida
23. Despedida de esta vida
24. Transformación en otra persona

Kommentar [AZZ1]: El título del índice no coincide del todo con el título del capítulo. He puesto el título tal y como aparece en el capítulo.

Kommentar [AZZ2]: De nuevo, el título no coincide.

Kommentar [AZZ3]: De nuevo, el título no coincide

Introducción

La trayectoria de Param Sant Kirpal Singh

Querer dibujar con palabras la vida de un gran santo como Sant Kirpal Singh es, esencialmente, una empresa condenada al fracaso. Únicamente resulta posible perfilar la silueta de una vida así, es decir, reflejar los datos y acontecimientos externos. No conocemos, sin embargo, las vivencias internas asociadas a un desarrollo espiritual de tal magnitud. Apenas sabemos nada del desarrollo de la conciencia hasta volver a ser uno con la fuente divina, demasiado poco sobre la felicidad y las alegrías supraterráneas o sobre los esfuerzos, el dolor, las luchas interiores y los anhelos; sobre todo, sabemos demasiado poco sobre los constantes sacrificios interiores y exteriores durante el ascenso interior. Y esos elementos son, precisamente, lo real de una vida así. Sant Kirpal Singh no reveló a nadie sus experiencias interiores. Siguen siendo un secreto celosamente guardado entre Dios y el hombre, entre el maestro y el alumno. Tampoco sería posible revelarlos. Cómo transmitirle a otra persona experiencias que superan ampliamente aquello que se puede explicar con palabras a una conciencia terrenal común.

Pero quizás resulte posible establecer, a partir de los acontecimientos externos, un enlace a ese desarrollo interior para poder así intuir, al menos, lo que realmente sucedió. Mientras que, durante su juventud, las acciones exteriores de Sant Kirpal fueron un efecto de su creciente anhelo por Dios, más adelante se convirtieron en un reflejo de su ilimitado amor por toda la humanidad y del sentimiento de poder interior logrado gracias a ese amor desinteresado. Sin este elevado estado interior no habrían sido posibles sus logros sobrehumanos ni todo aquello que consiguió poner en marcha en todo el mundo.

Hijo de un *landreverend servider* (recolector de impuestos estatal), Sant Kirpal Singh nació el 6 de febrero de 1894 en el pueblo de Sayat Kassran, en una zona del Punjab perteneciente hoy en día a Pakistán. Se crió junto con sus numerosos hermanos y hermanas. Las personas de su entorno le dieron el cariñoso apodo de *pequeño santo*, puesto que ya de niño mostraba una inclinación por retirarse y sumirse en sus pensamientos mientras los otros niños jugaban. A los dieciséis años tomó el examen de bachillerato en el instituto Edward Church Mission de Peshawar. Durante su juventud, Kirpal leyó todos los libros de dos bibliotecas; primero, los de la biblioteca de escuela y, después, los de la biblioteca de la universidad. El motivo de su insaciable sed de conocimiento era su profunda ansia por encontrar a Dios. En los libros, buscó una respuesta clara al misterio de Dios; en vano. Lo que en ellos encontró no le acercó ni un poco a la respuesta del misterio.

La vida de Sant Kirpal nos muestra, de forma cada vez más clara según va envejeciendo, hasta qué punto lo envolvía la gracia de Dios y cómo lo impregnó hasta alcanzar el nivel espiritual de amor y gracia divinos. Vivió en este estado de gracia desde la infancia, si bien en su juventud no fue tan consciente de ello como en su madurez. Desde el momento de su nacimiento, estuvo bendecido con una conciencia mucho más profunda y refinada que los mortales comunes. Lo que otras personas debían obtener mediante un duro aprendizaje, a él le resultaba totalmente natural; gracias a su clarividencia, el velo del resplandor engañoso del mundo terrenal se disipó para él cuando era tan solo un niño. Así, a una tierna edad, se dio cuenta de que, a menudo, las personas piensan de forma diferente de la que hablan, y se sintió afligido por ello.

La familia de Kirpal pertenecía al sijismo, una religión fundada en el siglo xv por el famoso gurú Nanak y que, hoy en día, cuenta con muchos millones de seguidores en el norte de la India. En el seno de esa familia sij, era habitual comer carne. Sin embargo, el pequeño Kirpal, obediente en todo lo demás, se negaba estrictamente a alimentarse de cualquier tipo de carne. No había forma de convencerlo. El niño respondía que es que no podía comer partes de cadáveres. Al tocar la carne, sentía la muerte violenta que, así como el dolor y el miedo a la muerte del animal durante la matanza. Al presenciar la muerte de una joven, Kirpal comprendió que el cuerpo terrenal de las personas se convierte en una carcasa vacía al morir, pero que la persona en sí continúa existiendo en un cuerpo más ligero (cuerpo astral).

En la escuela, su insólito don desconcertaba a veces a los profesores, puesto que ya entonces mostraba una conciencia superior. He aquí algunos ejemplos:

A los doce años, pidió un día durante la clase que le permitieran irse a casa, porque su abuela yacía en su lecho de muerte. El profesor le regañó por decir tonterías. Puesto que cómo podía saber un niño de doce años que estaba en la escuela que su abuela, que estaba en casa, se encontraba a punto de morir. Poco después, se

abrió la puerta y entró un familiar de Kirpal, el cual pidió permiso para llevarse al niño, porque su abuela estaba muriéndose.

Cuando Kirpal tenía unos catorce años, era habitual que los profesores recomendasen a los alumnos que se preparasen en casa la lección del día siguiente. Para ello, debían apuntar las palabras que les resultaban difíciles y buscarlas en el diccionario. Un día, el segundo mejor estudiante de la clase no había hecho esta tarea. El profesor se enfadó y le regañó. A lo que el joven reprochó: «Es la primera vez que no me preparo. Y Kirpal nunca se prepara las palabras difíciles en casa.» El profesor respondió: «No necesita hacerlo; él ya se sabe todo, todo lo que está en el libro y mucho más.»

Los conocimientos generales de Kirpal superaban ampliamente los de sus compañeros de clase. Conocimientos que había adquirido leyendo en abundancia, a menudo, hasta altas horas de la noche, movido por el ansia de poder, algún día, encontrar en la lectura una explicación sobre el sentido más profundo de la vida y el misterio de Dios.

Una vez, el profesor le dio 54 puntos por una redacción sobre historia inglesa. La puntuación más alta eran 55 puntos. El alumno con la segunda mejor puntuación obtuvo 37. Este alumno no estaba de acuerdo con las puntuaciones y le dijo al profesor: «He escrito todo lo que aparece en el libro de textos y en sus comentarios. ¿Por qué ha recibido Kirpal 54 puntos y yo solo 37?» El profesor sonrió y le respondió: «Cierto, has respondido correctamente según se pedía. Pero Kirpal, además de eso, ha añadido las opiniones sobre estos temas de casi todos los historiadores importantes. Me habría gustado darle 55 puntos. Sin embargo, no es posible hacer eso para temas de historia.»

Kirpal podía ver el futuro. Si al mirar en un espejo, pensaba por casualidad en un sitio en concreto, como Nueva Delhi o Calcuta, detectaba movimientos en el espejo que se transformaban en formas y objetos y veía lo que estaba sucediendo en aquel sitio. Esto era algo que lo abrumaba como una enfermedad. No quería ver el futuro. De qué le servía poder prever una enfermedad, la muerte u otros sufrimientos si no podía cambiar nada. Ver y no poder ayudar era lo que más pesar le producía.

Estas visiones entorpecían también su meditación. Le rogó a Dios una y otra vez que le librara de esa *enfermedad*; y más tarde, cuando conoció a su maestro Hazur Sawan Singh, se lo pidió a él también. Sus ruegos fueron escuchados, pero de forma diferente a lo que él pensaba. Y es que a medida que se desarrollaba espiritualmente bajo la guía del maestro Sawan Singh, se fue resignando humildemente a los elementos ineludibles predispuestos por Dios, incluso al fallecimiento de una persona. Había visto hacía tiempo que la vida continúa en el más allá y que allí, se es mucho más feliz que en el cuerpo terrenal. Como soberano de sus pensamientos, podía ahora impedir las visiones de sucesos que tenían lugar en otros lugares, y las imágenes interiores, que en su juventud se le habían aparecido sin que él pudiera hacer nada por evitarlo, podía ahora controlarlas o eliminarlas a su antojo. Además, en el marco de su crecimiento interior se le abrieron posibilidades muy diferentes de reflexión interior y de ayudar a la humanidad.

El sentimiento de amor universal por las personas le llegó pronto. En la biografía de un santo llamado Ramanujas, leyó que, tras visitar a su maestro, el joven Ramanujas convocó a los habitantes de su pueblo y, desde un punto elevado, les anunció que quería compartir con ellos algo de gran valor. Algo que su maestro le había revelado. Le advirtieron rápidamente de que no debía revelar algo así sin el permiso de su

maestro, puesto que el destino castiga duramente el compartir un secreto así en público. A lo que Ramanujas respondió: «Bien, queridos amigos, entonces iré al infierno, pero vosotros os salvaréis.»

Esta abnegación marcó para siempre a Kirpal. Se prometió a sí mismo, que en el futuro, ofrecería sus conocimientos y ayuda de forma gratuita a los demás, incluso si esto le perjudicaba. Aquí se vislumbra ya el nacimiento del gran santo, cuya conciencia superaba los límites del pequeño yo personal y se extendía para abarcar toda la humanidad, incluso toda la creación. El vivir para la humanidad y no para sí mismo fue para él algo cada vez más evidente.

Le habría gustado ser médico, una profesión que habría satisfecho a la perfección su urgente necesidad de ayudar. Pero su familia no contaba con los medios para costear los estudios. Así que comenzó a trabajar como funcionario del gobierno en Lahore, la capital actual de la parte pakistaní del Punjab. Trabajó primero en el departamento de ingeniería militar. Su insólito don iba acompañado de un marcado sentido del deber. Gracias a esa combinación, ascendió de puesto paulatinamente hasta llegar a director de una sección del departamento de ingeniería militar, un nivel similar al del gobierno cantonal suizo. Llegó a ser supervisor de más de 3000 empleados. A muy pocos indios se les confería tanta responsabilidad como funcionario director en el imperio colonial inglés. Acontecimientos de aquella época de los que ha quedado testimonio muestran que Sant Kirpal era siempre de gran ayuda para sus subordinados y que estos trabajaban obedientemente y de buen grado a sus órdenes, puesto que intuían su gran corazón y porque se sentían protegidos por él ante las dificultades y las injusticias.

Si bien cumplía con sus obligaciones externas de forma precisa, su corazón estaba siempre ocupado con su vocación interna: el objetivo de ver a Dios. En 1910 aprobó con una muy buena nota el examen de bachillerato y, tras escuchar atentamente a su voz interior durante días en busca de su futuro, encontró un principio al que se aferró hasta sus últimos días: «Primero Dios y luego el mundo».

En 1917, a los 23 años, su meditación dio un giro decisivo. Vio la silueta resplandeciente de un gran santo, a quien él tomó por el gurú Nanak. El gurú Nanak vivió entre 1469 y 1539. Reformó de tal forma las antiguas enseñanzas y las técnicas de yoga vinculadas a ellas empleadas hasta entonces con el fin de llegar a Dios, que las personas de su época pudieron iniciar el camino interior hacia ese fin sin necesidad de dichas técnicas complicadas. Recomendó el camino de la meditación, que más tarde denominaría *sant mat* o *surat shabd yoga*. En el mundo occidental se conoce como la *ciencia de la espiritualidad*. No es necesario realizar complicados ejercicios de respiración ni *asanas* (posturas de yoga), como era habitual hasta entonces. El *surat shabd yoga* es un camino completamente espiritual con el que se desarrolla cada vez más amor hacia Dios y hacia las personas mediante una elevada ética y una meditación regular según una técnica prescrita, todo ello bajo la dirección de un maestro completo y vivo. La denominación *completo* designa a un maestro que conoce, por experiencia propia, el camino interior hasta la experimentación consciente del amor divino. La práctica de la meditación se centra en concentrarse en la luz y el tono interiores, que son las vibraciones visibles y audibles del amor divino que impregna toda la creación. Kirpal aprendió con todo detalle esta enseñanza y la técnica de meditación unida a ella tras siete años más (1924) gracias a su encuentro con el maestro Hazur Sawan Singh. Tras alcanzar la cumbre espiritual de maestro, él mismo difundió esta enseñanza muchos años después, no solo en la India, sino también en el mundo occidental.

Estos ejemplos demuestran especialmente la desbordante gracia que le fue concedida a Kirpal desde el comienzo de su vida terrenal. Esta gracia le dio la capacidad, ya de joven, de elevarse por sobre la conciencia diaria o corporal, es decir, de alcanzar un estado en el que, de forma habitual y a su voluntad, podía separarse de su cuerpo terrenal y ascender a un luminoso mundo interior en el que le era posible encontrarse con grandes personalidades espirituales del rango del gurú Nanak. En las posteriores conversaciones del maestro Kirpal con discípulos occidentales, publicadas en el segundo volumen en inglés de *Heart to Heart Talks* (Conversaciones desde el corazón), explica una experiencia claramente evidente para él en la que se elevó por sobre su conciencia corporal durante una larga enfermedad en el año 1914. Tenía entonces veinte años y su concentración era tan profunda que sus familiares pensaron que había fallecido. Esto, sin embargo, no quiere decir que Kirpal experimentase este profundo grado de concentración por primera vez a los veinte años. Fue la primera vez que lo vieron otras personas debido al cuidado constante que le proporcionaron dada su enfermedad.

Estas experiencias tenían también su origen en su creciente, y finalmente ilimitado, anhelo por Dios. Más adelante, él mismo habló una vez de cómo, en su juventud, se veía sobrecogido por este anhelo mientras trabajaba. El papel sobre el que estaba trabajando solía humedecerse con sus lágrimas.

Quien es capaz de elevarse cuando quiera por sobre la conciencia corporal ha recorrido ya la primera parte, la más difícil, del viaje interior. En el caso de Kirpal, ya de muy joven se cumplían todas las condiciones propicias para elevarse hasta el objetivo más alto. Este objetivo es llegar a ser uno con el principio más elevado, al que llamamos Dios. Como ya se ha mencionado, una condición importante es contar con la guía de un maestro completo que viva aún en el mismo nivel, en el nivel terrenal. Que la forma luminosa que le guiara interiormente no fuera el ya desaparecido gurú Nanak, sino un maestro completo que se encontrase también en la carcasa corporal terrenal es algo que Kirpal logró en 1924. Y ocurrió así:

a Kirpal le encantaba meditar junto al agua corriente. Un día, buscando el río Beas para nadar en él y después meditar en la orilla, oyó una conversación con el jefe de la estación de tren del pequeño pueblo de Beas en la que se decía que en las cercanías vivía un santo. Kirpal se encaminó hacia allí. Al entrar en la casa, se encontró ante el santo, el cual ya se había aparecido ante él desde hacía siete años en su resplandeciente forma astral. El gran maestro Hazur Sawan Singh, conocido como el *rey de la espiritualidad*, estaba sentado en círculo con sus discípulos y les estaba hablando. Más tarde, Kirpal le preguntó conmovido y respetuoso por qué se le permitía en ese momento conocerlo en su forma terrenal, Hazur respondió con una afable sonrisa: «Porque ahora es el momento adecuado para ello.»

Kirpal se consagró con todo su corazón al servicio de este maestro completo. Numerosos ejemplos de la vida de Kirpal demuestran la entrega y la abnegación con las que lo hizo. Según la información y las imágenes existentes, Hazur Sawan Singh fue un hombre de excepcional belleza y, como todos los maestros completos, un hombre que imponía respeto. Pero lo que Kirpal veía por encima de todo era su belleza interior, divisaba el manto resplandeciente de luz divina que envolvía a su cada vez más querido maestro. Cada vez que Hazur Sawan Singh hablaba ante miles de hombres y mujeres desde su gran ashram y Kirpal escuchaba humildemente desde la última fila, los ojos del maestro siempre encontraban los suyos. A menudo, parecía como si Hazur se dirigiera únicamente a Kirpal. Su mirada parecía sentirse atraída hacia el alumno, que experimentaba en toda su plenitud el

amor divino que fluía del maestro y la consiguiente belleza espiritual; el alumno que, en su desarrollo espiritual, se acercaba cada vez más al maestro.

Mediante la guía interior y también exterior del maestro Hazur Sawan Singh, se dio en Kirpal un poderoso desarrollo interior que quizás podamos imaginar, pero del que no sabemos nada. Lo verdaderamente sagrado no se puede explicar a la comprensión de los simples mortales, porque la palabra como medio de transmisión no es adecuada para el ámbito de lo sagrado. Quien desee saber algo sobre ello debe desarrollarse lo suficiente, convertirse en santo y experimentarlo por sí mismo. De Sant Kirpal nos ha llegado una frase de la que se vislumbra el poderoso desarrollo vivido bajo la guía de Hazur. Cuando él mismo se había convertido ya en maestro completo, afirmó una vez de forma casi casual: «Con el maestro Sawan Singh recorrí las regiones más elevadas.»

Como era habitual en aquella época, en 1919, apenas terminada su infancia, Kirpal se casó en un matrimonio concertado por sus padres. Pero la vida en común con su esposa Krishna Wanti no comenzó hasta que él cumplió veinte años. Conforme al ideal indio tradicional de esposa, Krishna fue para él una compañera recatada, reservada y obediente que, con ayuda de Kirpal y con su ejemplo como hombre profundamente religioso, alcanzó un notable desarrollo espiritual. Esto queda patente en los detalles que han llegado hasta nosotros sobre sus últimos días de vida y el momento de su muerte en presencia de su esposo, el cual, en aquel entonces (abril de 1979) había llegado hacía tiempo a la edad adulta. El hijo más joven falleció pocos años después que su padre, Sant Kirpal.

Hazur instruía en la meditación de la luz y el tono interiores (*surat shabd yoga*), ese método único que servía de llave para elevarse por los niveles interiores y era el camino más fácil para la realización divina. Pronto el maestro exigió a Kirpal, su discípulo de gran talento espiritual, que realizase una gran tarea meditativa. Le indicó que debía meditar durante seis horas al día, mientras que para sus otros estudiantes consideraba suficiente una meditación de dos horas diarias. Puesto que durante el día Kirpal debía cumplir con sus obligaciones laborales y por las tardes se dedicaba a ayudar a los necesitados y los enfermos, únicamente le quedaban las noches para meditar; su hijo Darshan recordaba años después cómo, de niño, veía a su padre sumido en la meditación cuando él se acostaba y, al levantarse por las mañanas, seguía meditando. Esto significa que llegó un día en el que, bajo la guía del maestro Sawan Singh, Kirpal ya no necesitaba dormir. ¿Es eso posible? Su hijo Darshan explicó años después este curioso hecho ante varios discípulos occidentales. «Una hora de meditación profunda sustituye ocho horas de sueño», declaró.

El nivel espiritual que Kirpal alcanzó cuando aún era discípulo de Hazur queda patente en la siguiente historia: Durante muchos años, Kirpal tuvo por costumbre visitar a enfermos en hospitales o en sus casas. Como él mismo dijo una vez, llevaba la «misericordia de Dios». Tras sus visitas, los enfermos se sentían siempre mucho mejor o sanados. La fiebre alta se reducía hasta niveles no peligrosos, los dolores menguaban o desaparecían. Todo esto creaba expectación. Durante sus visitas, se reunían numerosas personas. Finalmente, hubo quienes se quejaron ante el maestro. Afirmaron que empleaba fuerzas sobrenaturales (algo que el camino completamente espiritual del *surat shabd yoga* no permite) y pretendía competir con el maestro. (Un maestro completo sana mediante el amor divino. No emplea ningún tipo de fuerzas sobrenaturales.) Hazur replicó: «No hace nada, absolutamente nada. Solo con su presencia obtiene tales resultados, gracias a la energía que irradia.»

Kommentar [AZZ4]: Creo que hay un error y que debería ser 1970. Por un lado, Kirpal murió en 1974, así que no podía haber estado presente en el lecho de muerte de su mujer en 1979. Además, según este sitio web <http://www.sant-kirpal-singh.org/en/chronology.html> ella murió en 1970.

Esa energía, procedente de su misericordioso amor y su divina paz interior, era ya tan curativa durante la juventud de Kirpal que su mera presencia era suficiente para aliviar considerablemente enfermedades graves.

En 1947 y tras 36 años de servir al gobierno, Kirpal Singh se jubiló a la edad de 53 años. Una decisión profética, puesto que un año después dejó este mundo para siempre el *rey de la espiritualidad*, el maestro Sawan Singh, a los 90 años de edad y designó a Kirpal Singh como su sucesor. Esa edad de jubilación tan temprana según los parámetros occidentales era habitual en la India. Pero Kirpal hubiera podido seguir trabajando. Su superior le sugirió a Kirpal, que era un trabajador muy capaz, que solicitara una autorización especial, la cual, se le concedería seguro. Kirpal rechazó la sugerencia, a pesar de que según la normativa india sobre pensiones de funcionarios, a partir de entonces contaría con unos ingresos muy modestos. Sin embargo, qué significado podía tener eso para una persona con tal vocación interior para la que habría sacrificado cualquier cosa. Ante aquella oferta, que era una distinción poco común, Kirpal respondió lo siguiente a su superior: «He servido suficiente al mundo. A partir de ahora, solo serviré a Dios.»

El 1 de abril de 1948, un día antes de despedirse para siempre de este mundo, el gran Hazur confirió el título de maestro a su discípulo Kirpal en un acontecimiento de gran intensidad espiritual. Más adelante, en una breve biografía sobre su maestro titulada *A brief life-sketch of Hazur Baba Sawan Singh Ji Maharaj with a short narrative of His teachings* (Una breve biografía de Hazur Baba Sawan Singh Ji Maharaj con una breve narrativa de sus enseñanzas), Kirpal describió este acontecimiento tan señalado, un acontecimiento cuya magnitud puede intuirse.

A pesar de que la separación terrenal final de su maestro fue muy conmovedora, como se desprende de sus poemas posteriores, no le había perdido tanto como aquellas personas que pierden un ser querido. El estrecho vínculo entre ambos siguió existiendo; hasta qué punto fue así es algo que puede vislumbrarse en varias declaraciones de Kirpal. Cuando ya hacía décadas que se le conocía como el maestro Sant Kirpal Singh, le preguntaron poco antes de su propio fallecimiento si Hazur Sawan Singh se encontraba con él, respondió así: «¿Acaso ha habido algún momento en el que él no estuviera aquí?» Para los despiertos como ellos dos, no existen los obstáculos entre el más acá y el más allá.

Tras la despedida final de Hazur de este mundo, Kirpal se retiró durante meses en la soledad de las inmediaciones de la apartada ciudad de Rishikesh, en la parte superior del Ganges en el Himalaya, y se consagró por completo a la meditación profunda. Le habría gustado poder continuar durante más tiempo con esta vida de retiro y meditación. Sin embargo, su maestro le instó a volver al mundo y cumplir con la tarea que le había sido encomendada cuando Hazur aún vivía.

Obediente, en enero de 1951 y siguiendo las indicaciones de su maestro fundó el Sawan ashram en el barrio de Shakti Nagar de las afueras de la capital de la India, Nueva Delhi. Este ashram se convirtió en un importante centro espiritual en el que, los domingos, se congregaban a menudo hasta más de mil personas para escuchar atentamente en el satsang a las palabras del maestro y experimentar su sublime energía. Satsang significa la reunión al servicio de la máxima verdad. En las conmemoraciones de Hazur Sawan Singh o en las celebraciones por el cumpleaños de Sant Kirpal acudían hasta treinta mil personas al ashram y a *las tiendas de campaña montadas en las inmediaciones*. Algunos viajaban durante días, y recorrían largos tramos a pie, para llegar hasta allí. El día después de los eventos festivos se iniciaban cada vez cientos de discípulos y se les instruía en la técnica de meditación

de la luz y el tono interiores. Cuando en julio de 1974 Sant Kirpal llevó a cabo su última iniciación, aceptó a 1087 personas como discípulos en la instrucción de este camino interior.

El maestro emprendía de forma regular viajes a las zonas más apartadas del norte de la India, donde discípulos iniciados por él o por Hazur le esperaban ansiosos por todas partes. En los lugares más centrales de las zonas que visitaba se montaban tiendas en las que, debido a su creciente fama, hablaba en ocasiones ante miles de personas. En un total de tres viajes por el mundo (1955, 1963 y 1972/73) visitó países europeos, de Norteamérica y Sudamérica. La recepción de correo crecía continuamente. En los últimos años de vida del maestro, llegaban más de mil cartas mensuales al ashram *y debía dárseles respuesta; también había que recibir a los muchos visitantes que llegaban del extranjero*. Cada vez más discípulos occidentales del camino del *surat shabd yoga* vivían durante unas semanas en la casa de invitados del ashram y esperaban a la conversación diaria con el maestro. A pesar del elevado volumen de trabajo diario, los grandes viajes, las conferencias, visitas, cartas y las obligaciones de dirigir el ashram, Sant Kirpal encontraba aún tiempo para escribir diversos libros, los cuales están disponibles en inglés y alemán y, algunos, también en hindi y otros idiomas. Son el valioso legado que dejó a sus discípulos, que en la actualidad (1989) ascienden a un total de medio millón de personas. Su revista *Sat Sandesh*, de gran seguimiento, comenzó a publicarse 1954, primero en hindi y urdu y más adelante también en las siguientes lenguas: punjabi, inglés, alemán, español, francés y sindhi. Al principio se distribuía únicamente en la India. La edición en inglés publicada en Estados Unidos a partir de 1970 fue la más leída y llegó a un gran número de países. Contiene sobre todo discursos, así como cartas y conversaciones de Kirpal, de su maestro Baba Sawan Singh y de sus discípulos. Gracias a ella se obtiene una visión de una sabiduría que no es de este mundo.

Sant Kirpal fue quien inspiró la fundación en 1957 de la Fraternidad Mundial de las Religiones (World Fellowship of Religions), en cuyo evento inaugural participaron representantes de 28 países. Como presidente electo de esta fraternidad, logró «sentar a la misma mesa» a los líderes de las diversas religiones en cuatro conferencias mundiales consecutivas. Hasta entonces, ni siquiera habían hablado entre ellos. Durante toda su vida, el deseo más urgente de Sant Kirpal fue explicar a la gente que la enemistad entre las religiones se basa en un error, que solo hay un Dios al que se le dan diversos nombres y que las religiones, en el fondo, dicen lo mismo. Sus numerosos años de estudio comparativo de las religiones confirmaron sus ideas de cómo habían aparecido las divergencias entre las religiones. Proceden, en parte, de los diferentes modos de expresión de sus fundadores pero, sobre todo, se deben a interpretaciones diferentes posteriores o a eventos históricos e influencias culturales que influyen siempre en las ideas religiosas y las formas de comportarse.

Su visión interior, sin embargo, le urge a atreverse a dar un paso más y abrir el camino no solo a la unidad de las religiones, sino a la unidad de toda la humanidad. Sus ideas universales se adelantaron a su tiempo. Kirpal era consciente de ello, pero también sabía que debía dar los primeros pasos para alcanzar un objetivo que situado en un futuro lejano.

En febrero de 1974 fundó la Unity of Man (unidad del hombre). Con este proyecto estableció un nuevo objetivo: no solo la comprensión entre las diversas religiones y, por consiguiente, una convivencia pacífica entre sus seguidores, sino también un entendimiento fraternal entre las personas, independientemente de su raza, rango,

religión, sexo o sus pertenencias. En su elevada visión interior vio lo siguiente: «Las personas ya son una unidad. Debemos aprender a vivir en esta unidad.» Y también: «Solo existe una casta, la casta de la humanidad. Solo existe una religión, la religión del amor.»

A los diversos actos inaugurales celebrados en febrero de 1974 acudieron en total 50.000 personas que acamparon en tiendas en la gigantesca plaza de Gandhi Grounds en Nueva Delhi. Allí no solo escucharon hablar al maestro, sino también a una serie de significativos representantes de la vida pública, comenzando por la primera ministra Indira Gandhi, cuyo discurso estuvo seguido por los de varios ministros y otras personalidades del mundo de la política y la religión. Para dar comienzo a los eventos inaugurales se formó un desfile por toda la ciudad con el maestro y otros líderes de diversas religiones a la cabeza. En total participaron grupos de 18 países y de todos los continentes. Cada grupo portaba un gran cartel que indicaba su nacionalidad. Del desfile de longitud inabarcable se elevaba a intervalos regulares el siguiente grito: «Hindús, musulmanes, sijs, cristianos, judíos: todos somos todos. Todos somos hermanos.» Fue un acontecimiento de proporciones históricas que marcó el futuro.

En Manav Kendra, cerca de la ciudad Dehra Dun en la cordillera del Himalaya, el maestro Kirpal hizo realidad a partir de 1969 con un primer gran centro sus ideas de una unidad de los hombres como hijos de Dios de igual valor, lejos de las diferencias que, hasta entonces, parecían insuperables. Esos centros de amor divino y humano, de ayuda mutua y de esfuerzo por alcanzar una colaboración fraternal en igualdad en todos los ámbitos de la vida debían construirse más adelante en el mayor número posible de países para así abarcar todo el planeta como una red.

Con Manav Kendra sentó un ejemplo práctico de cómo se podían solventar las emergencias sociales del propio pueblo indio en diversos ámbitos. Se construyeron grandes edificios y gran número de salas. Las personas mayores, para las cuales Manav Kendra era su residencia, podían meditar a diario y trabajar en los campos agrícolas recién establecidos en la medida en la que se lo permitían sus fuerzas.

Primera parte

Tras el fallecimiento de Param Sant Kirpal Singh

I. Cómo nació este libro

Mucho antes de saber nada del gran santo Param Sant Kirpal Singh, leí hace muchos años en un libro de Hans-Hasso von Veltheim-Ostrau (conocido autor alemán que, al igual que el famoso escritor estadounidense Paul Brunton, era un admirador del sabio del sur de la India Ramana Maharshi, el cual falleció a principios de 1950) que el vínculo entre Ramana Maharshi y él siguió existiendo tras la muerte del maestro. El vínculo con todos los demás grandes personajes espirituales o supuestamente espirituales a los cuales el autor había conocido en sus viajes por la India y otros países asiáticos, sin embargo, se rompió completamente tras su separación de este mundo. El que un gran santo, tras su muerte, siguiera dando su sabiduría a una persona a la que una vez había tomado bajo su protección causó un

profundo impacto en mí y me despertó el anhelo al mismo tiempo doloroso y, en mi opinión, sin esperanza, de poder, algún día, experimentar algo así.

Pero aquello para lo que no hay esperanza se aparta. Casi me olvido de ello, hasta que, tras su separación terrenal, mi querido maestro Kirpal también siguió ofreciéndome su sabiduría y comprendí, con gran satisfacción, lo siguiente: sabe tanto sobre la vida exterior y el camino espiritual de sus discípulos terrenales como cuando se encontraba en la Tierra. Sigue guiándonos y supervisando nuestro desarrollo espiritual. El muro entre el más acá y el más allá no existe para Param Sant Kirpal. Simplemente ya no tiene un cuerpo terrenal con el que poder ser visto y oído por las personas de cinco sentidos de este mundo. Además, en el más allá tiene asuntos importantes que atender. Por ese motivo, le dedica a este mundo mucha menos atención que en vida.

Creo que he descubierto algo: el maestro Kirpal sigue sabiendo todo lo que ocurre en general en la Tierra en cuanto le dirige su atención.

Ya se han escrito numerosas biografías sobre el maestro Param Sant Kirpal Singh. Este libro también es una biografía, pero especial. No comienza con su nacimiento terrenal, sino con su influencia tras su muerte; a continuación se adentra en la vida terrenal de Param Sant Kirpal y centrándose únicamente en sus últimos años de vida reflejados en las experiencias exteriores e interiores de la autora como su discípula.

Hasta ahora, siempre he evitado hablar sobre mis experiencias interiores con el maestro Kirpal. Eran mi secreto. Pero cuando en 1985, hablando con otros discípulos sobre la posibilidad de publicar en inglés mi libro en alemán de 1974 sobre el maestro Kirpal *Dem Vollendeten begegnet*, me dijeron que, de ese libro, tan solo estaban interesados en las experiencias personales que narraba. Siguiendo ese criterio, vi mi libro convertido en un folleto, puesto que estaba compuesto principalmente de capítulos sobre la vida y las enseñanzas de Param Sant Kirpal. Decepcionada pensé «¿Merece la pena publicarlo en inglés en estas condiciones?»

En ese momento, vi ante mí, con mi ojo espiritual, mi libro en inglés: La vida del maestro Kirpal, a continuación, su vida terrenal hasta su partida de este mundo descrita como yo la conocía por mis experiencias interiores y exteriores. Tenía ante mí un concepto general del libro. Casi no oía lo que decían los demás, solo podía prestar atención a las ideas que se apiñaban en mi cabeza, así que anuncié que quería escribir sobre el modo en que el maestro Kirpal influía en aquel momento en el ashram y en la vida de sus discípulos. De pronto un discípulo exclamó: «That is Master's grace» (esa es la gracia del maestro). Y ahí supe que podía escribir sobre esas experiencias interiores. La gracia del maestro, refiriéndose al maestro Kirpal, acompañaría al libro. La expresión «experiencia interior» es muy compleja. Tras la conversación, fui cada vez más consciente de que las vivencias que yo tenía no eran experiencias espirituales, puesto que nosotros los discípulos no deberíamos hablar de las experiencias puramente espirituales. Se trata únicamente de una perceptibilidad desarrollada a lo largo de veinte años como discípula, en el fondo, es solo una habilidad física, que el maestro Kirpal calificaba como algo a lo que uno llega durante su desarrollo espiritual sin tener que esforzarse, pero a lo que debemos conceder un significado especial. Eso es algo que yo nunca hice. Aquí tampoco se va a hablar de experiencias puramente espirituales, ni sobre vivencias con la luz y el tono durante la meditación.

Nadie debería pensar por ello que la autora ha debido tener experiencias altamente espirituales. Al contrario, considero que, teniendo en cuenta los veinte años que pasé

como discípula, mis experiencias espirituales son modestas. Tal vez esta mayor receptividad sea el paso previo a experiencias espirituales elevadas. Si así fuera, se cumpliría uno de mis mayores anhelos.

Cuando en este libro menciono el amor del maestro Kirpal que experimenté de forma consciente, ningún discípulo debería sentirse decepcionado y pensar «Yo no tuve esa oportunidad». El amor del maestro se reparte entre todos sus discípulos por igual. La única diferencia es que yo soy consciente de ellos en cuanto el amor se dirige de forma concentrada a mí, mientras que muchos otros discípulos, de entrada, solo perciben lo que ven y oyen con sus sentidos externos.

Tal vez sea por eso que tengo esta oportunidad de hablar sobre estas cosas, para comunicar a los discípulos lo siguiente: cuando uno atraviesa, incluso solo un poco, la superficie de las capacidades de percepción de los cinco sentidos, la guía de un maestro se revela de forma más amplia que cuando uno experimenta la percepción con cinco sentidos. Esto penetrando un poco, ¿cómo será cuando uno se adentre más en el terreno interior?

La edad espiritual, de oro, ha comenzado. En el futuro habrá numerosas personas cuyas experiencias, como las que describo aquí, serán totalmente evidentes y naturales. Probablemente, sus experiencias irán incluso más allá. Creo que estos son los motivos por los que puedo escribir algo así. Ha llegado el momento.

2. Un deseo secreto y la respuesta del maestro

Septiembre de 1974: En mi salón estamos reunidos, sentados, un pequeño círculo de discípulos. El 21 de agosto, el maestro Kirpal había dejado la Tierra para siempre. Hablamos de ello. El dolor por esta pérdida tan inesperada está profundamente asentado en nuestros corazones. Cada uno dice algo acerca de ello, todos queremos aliviar nuestro dolor compartiéndolo. Después queremos meditar juntos y leer sus escritos. Pero no llegamos a hacerlo, porque de repente desciende a nuestro alrededor un amor que nos consuela, nos envuelve y nos eleva. Todos callan. Cada uno siente algo de esta poderosa fuerza del amor del maestro Kirpal. Permanecemos sentados en silencio durante un largo rato, nos entregamos completamente a la poderosa fuerza y somos conscientes de que, aunque el maestro haya dejado su cuerpo terrenal, en su poderosa fuerza y amor, sigue tan presente como antes (así es, al menos, como yo lo sentí), más libre que en su cuerpo terrenal, más feliz.

Él sabía que estábamos conmemorándolo de forma dolorosa y quiere decirnos: «¡El maestro vive! Sabe lo que os ocurre al igual que cuando estaba en la Tierra y está con vosotros.»

* * *

Varias semanas después: al llegar a los sesenta años, dejé mi trabajo. El libro sobre Param Sant Kirpal, escrito con su permiso, ya estaba impreso. Aún hay por informar sobre los acontecimientos relacionados con esa publicación. Hacerme cargo de nuevas tareas al servicio del maestro se convirtió para mí en una necesidad del corazón cada vez más profunda.

Por aquel entonces se publicaron sus libros en el mercado de habla alemana bajo la dirección del entonces representante de Ruhani Satsang (asociación fundada por Param Sant Kirpal). La mayoría de los libros ya estaban editados. Los otros se iban a traducir, revisar estilísticamente y editar. La representante solo tenía unos pocos colaboradores para llevar a cabo esa tarea. Todos ellos iban a tener que esforzarse y dedicar todo su tiempo libre a trabajar en los libros. Por eso, pensaba yo, que aceptarían con agrado mi propuesta de colaborar con ellos. A traducir textos en inglés al alemán no me atrevía, puesto que mis conocimientos de inglés eran escasos. Pero para la revisión estilística en alemán sí contaba con los conocimientos necesarios, adquiridos en mi empleo en el que cada día debía preparar manuscritos para imprimir. La comprensión de las lecciones del maestro necesaria para este trabajo también la tenía. La única responsable de decidir quién podía colaborar en el trabajo del maestro en el ámbito alemán y cómo se repartía el trabajo era la representante, por lo tanto, el que se cumpliera mi deseo dependía solamente de ella.

Con ocasión de un satsang conmemorativo (satsang: asamblea en busca del más alto conocimiento espiritual) del maestro Kirpal, tuve la oportunidad de presentar mi propuesta. La representante me escuchó con poco entusiasmo y me respondió que primero tenía que pensar sobre mi oferta, una respuesta que, dado su gran sentido de responsabilidad en el asunto y su precisión a la hora de repartir el trabajo, era de esperar.

Pero yo tenía la sensación de que no iba a conseguir el trabajo. Y estaba en lo cierto. Exceptuando una pequeña contribución, no me incluyeron en el trabajo. El hecho de que resultase así tuvo que ver con circunstancias que no tenían nada que ver conmigo.

En cualquier caso, tras esa conversación me quedé tremendamente decepcionada y, sola y triste, me dirigí al coche en el que otros satsangis (satsangis: seguidores del método de la meditación y de las enseñanzas éticas de Param Sant Kirpal Singh) me iban a llevar a casa. Y mientras caminaba en la oscuridad de la noche inmersa en mis pensamientos, se aposentó en mi corazón un maravilloso amor: la respuesta del maestro Kirpal en ese instante. Así que él sabía todo lo que había ocurrido. No oí palabras, pero ese amor me transmitió que el maestro no solo quería consolarme, sino que estaba de acuerdo con mi propuesta. En un instante, lo que una persona pensara o dijera sobre el tema perdió toda su importancia. Mi querido maestro que ya no se hallaba en la Tierra estaba junto a mí y me ofrecía su edificante y reconfortante amor. Durante el viaje permanecí callada, dejándome llevar por ese poderoso amor. Mientras los demás en el coche me lanzaban miradas inquisitivas y no sabían interpretar mi silencio, yo pensaba feliz: «Este ha sido el satsang más hermoso de mi vida».

Un tiempo después, me desperté un día muy pronto y, de repente, vi con los ojos aún cerrados al maestro Kirpal; fue un momento rápido y también rápidamente le oí decir en inglés: «You want to work for Master? All right.» (¿Quieres trabajar para el maestro? Bien.) Y se fueron la voz y la aparición. El que todo fuera tan rápido se debió seguramente a que mi desarrollo espiritual no era aún suficientemente avanzado. Mi conciencia no podía mantener al maestro durante más tiempo. Y puesto que fue tan rápido, no puedo recordar exactamente su aspecto. Solo sé que el maestro parecía más joven que cuando lo conocí en la Tierra.

3. Asistente de los enfermos y los moribundos

Desde hace casi doce años vive conmigo una satsangi, otra discípula de Kirpal. Llegó hasta mí por *casualidad*. Pero las *casualidades*, en mi experiencia, no existen: el maestro Kirpal me la envió. Esto es algo que ha quedado patente por las difíciles situaciones por las que tuvo que pasar.

Apareció en mi apartamento un día, desvalida y confusa, de forma inesperada y sin avisar. Con lágrimas en los ojos y una maleta a cada lado. Me pidió que la acogiera unos días. La había conocido en París durante el último viaje por el mundo del maestro (poco antes de que él volviera a cada) y habíamos hablado un poco. Así que solo la conocía un poco.

Entre lágrimas, Marianne (el nombre ha sido cambiado) me contó su historia y por qué había aparecido en mi casa de repente. Como era una persona muy sensible y extremadamente nerviosa, siempre había sido alérgica a todo tipo de medicina, incluida la homeopatía. La inyección de un inofensivo preparado de yodo, perfectamente inocuo para todo el mundo, la enfermó durante una semana hasta tal punto, que los médicos y sus familiares temieron por su vida. Debido a esta neurastenia había tenido también que dejar el trabajo de forma prematura. Vivía de una pensión y no tenía a nadie. Sus padres habían fallecido dentro de un corto plazo. Esta pérdida le había resultado muy difícil, puesto que, como hija única, había estado con ellos durante toda su vida y estaba muy unida a ellos, sobre todo a su madre.

Me contó por qué se había presentado en mi casa de forma tan repentina. Había pensado que pasar una temporada en un sanatorio situado en una zona con mucho oxígeno cerca de donde yo vivía le ayudaría a reforzar su salud. Aunque informó a todo el personal de sus alergias a las medicinas y elementos químicos y le prometieron que no le administrarían ningún tratamiento con medicamentos, al igual que a todos los pacientes con problemas para dormir, le dieron la primera noche un suave tranquilizante disuelto en el té que, normalmente, garantizaba un reparador y profundo sueño, pero en ella justamente el efecto contrario. Durmió como si estuviera anestesiada y al día siguiente se despertó en la cama tras haber estado inconsciente. Por miedo a que pudiera repetirse, hizo las maletas, pagó y, temblorosa aún por los efectos del medicamento, vino a mi casa, puesto que yo era la satsangi más cercana. Quería volver a la ciudad tras unos días de reposo.

El aire puro de la zona en la que vivo le sentó muy bien a sus sensibles nervios. Cada día se iba a pasear al bosque. No conocía el miedo. Y es que tenía un poderoso acompañante, su querido maestro Kirpal, que en aquel entonces aún vivía. En sus solitarios paseos mantenía continuamente diálogos con él, segura de que el maestro podía oírlos. Así pasaron semanas, incluso meses. Si bien viajaba regularmente a la ciudad a comprobar que todo estaba en orden en su pequeño apartamento, siempre regresaba pronto al cuartito de invitados que tenía en mi casa, porque la boscosa zona en la que vivo le hacía mucho bien a su salud.

Unos meses después de que el maestro Kirpal dejase su cuerpo terrenal, cayó mi hermana satsangi terriblemente enferma. ¿Era posible que la poderosa y constante protección con la que contaba se hubiese alejado y que además de una causa externa hubiera también una causa interna? No lo sé. Todos habíamos leído que el maestro nunca abandonaba a sus iniciados y que, incluso tras abandonar su cuerpo terrenal, seguía acompañándolos, pero ninguno de nosotros sabía el efecto que eso tenía en el día a día de nuestra vida terrenal.

En alguno de sus paseos debió clavársele un cuerpo extraño en el muslo, probablemente una espina venenosa. La hinchazón resultante no paraba de crecer. Buscó un médico. Éste retiró el cuerpo extraño y vendó la herida apropiadamente y, para acelerar la recuperación, colocó también un vendaje de brea. Tras tan solo unas horas la brea le produjo náuseas y, varios días después, los síntomas que presentaba eran similares a los que le produjo el preparado de yodo, a pesar de que habían identificado y retirado el vendaje de brea a las pocas horas. Tenía unos dolores de cabeza insoportables y apenas podía moverse. Sus nervios temblaban. Todo su cuerpo temblaba y le dolía. Vinieron tres médicos, uno tras otro. Todos dijeron lo mismo: «Al hospital de inmediato». «El hospital me mataría», respondía ella. Y ninguno lo entendía. Solo yo sabía que decía la verdad. Los medicamentos, incluso los más suaves, la habrían matado. Nuestros vecinos y conocidos me miraban desconfiados: «¿Cómo puede tener a una persona gravemente enferma en su apartamento? Es su obligación solicitar que la lleven al hospital. ¡La enferma no puede hacerlo! Si muere, será culpa suya.» Eso era lo que pensaban y también lo que decían indirectamente. Tuve que aguantarlo. ¿Quién me habría creído en esas circunstancias? Los médicos seguro que no. Creen en los efectos probados de sus medicamentos. Que alguien se pueda enfermar a partir de ellos, y de tal gravedad, es para ellos cosa de la imaginación. Seguí protegiendo a mi amiga. Sabía que si permitía que la llevaran al hospital, entonces su muerte, realmente, sería culpa mía.

Había una cosa que me consolaba: Algunas mañanas, Marianne decía «el maestro Kirpal estuvo conmigo y había tanta luz. Fue precioso.» O bien «el maestro me dijo anoche que voy a recuperarme completamente.» Yo sabía que no era una fantasía. Siempre había tenido visiones. Le indicaban eventos futuros o le mostraban acontecimientos presentes sobre los que no habría podido saber nada por medio de sus vivencias exteriores. Cuanto más enfermaba, más se aferraba al maestro y más consuelo y fuerza parecía recibir de él.

Pero, en ocasiones, todas las opiniones contrarias me hacían dudar. ¿Estaba realmente haciendo lo correcto? ¿No existiría una clínica especial para ese tipo de enfermedades? ¿No existiría alguna forma de ayudarla? ¿Posibilidades que yo no conocía? ¿No sería mejor que me informara y llevara a la enferma allí?

En ese momento, llegó la respuesta, por la mañana temprano, del maestro que ya no se encontraba en la Tierra; fue una respuesta clara y en alemán: «No la abandones». Esta vez no lo vi, solo oí sus palabras claramente a través de mis pensamientos. Y sentí su esencia. ¿Por qué hablaba en alemán? Esto es algo que nos explicó Darshan una vez en el Kirpal ashram durante una ronda de preguntas y respuestas: el maestro envía un pensamiento al discípulo que se transforma a la lengua más adecuada para el discípulo, es decir, su lengua materna.

Pero, ¿por qué me llegaban en inglés los mensajes «You want to work for Master, all right» y otro del que hablaré más adelante? Supongo que estos mensajes en inglés, el maestro no solo los envía como pensamientos, sino que los prepara lingüísticamente de antemano y, así, refuerza su potencia y su claridad para que lleguen de forma segura al discípulo que aún no se ha desarrollado lo suficiente para recibir este tipo de pensamientos.

Estas indicaciones del maestro coincidían con un análisis intuitivo de mi convaleciente hermana satsangi: una vez vivió un largo periodo de tiempo en una hermosa y tranquila zona, en casa de un experto homeópata que ya no practicaba. Esa estancia y los comprensivos cuidados que recibió de él le hicieron bien. Últimamente, en las

horas en las que sufría menos dolores, había pensado en la posibilidad de buscar un sitio parecido en el que pasar todo el año. Pero en un momento dado dijo de repente: «Sé que solo aquí, contigo en esta casa, puedo recuperarme.» El maestro había decidido para ambas, de forma distinta para cada una, que debíamos permanecer juntas.

La recuperación, sin embargo, se hizo esperar. Pasaba un mes tras otro y se convirtieron en un año tras otro. La mejora avanzaba lentamente. ¿Por qué? No conocemos el karma de una persona y no sabemos qué vías escoge el maestro para desarrollarlo. O ¿existiría tal vez otra posible explicación? Volveré a este punto más tarde. En cualquier caso, el maestro había prometido una recuperación y confiábamos en ello.

Podía dejar a la enferma sola durante unas horas, pero no durante todo el día y toda la noche. Si era imperativo que viajara, siempre había una satsangi o una vieja amiga dispuesta a sustituirme. Las personas ajenas a nuestro círculo se sorprendían de que, en esos casos, siempre tuviéramos a una cuidadora de inmediato y gratis. Conseguir cuidadores para los enfermos era entonces difícil y se pagaban precios por hora muy elevados para un servicio que podía durar días o semanas. A mí, sin embargo, me bastaba con llamar por teléfono y obtenía ayuda al instante. Era como si una poderosa mano invisible ya se hubiera encargado de todo.

Así, cada año, podía pasar varias semanas en la India con el maestro Darshan sin problemas. Siempre había alguien dispuesto a sustituirme. Incluso si alguna vez tardaba más de lo esperado la ir de compras o al realizar un encargo importante y la enferma se inquietaba, podía estar segura de que en casa habría alguien junto a su cama cuando yo regresara. A veces era el médico el que, de pronto, se acordaba de que quería pasar a hacerle una rápida visita, otras veces era una vecina o una conocida. Cuando la discípula dirigía, confiada, sus pensamientos hacia el maestro Kirpal pidiéndole que le enviara a alguien, en seguida aparecía alguien.

Cuando volví a Alemania y, una vez en casa, abrí la puerta de la cocina, mi querida Marianne estaba sentada a la mesa con otros dos santsangi: tras unos dos años, ¡se había levantado por primera vez! «¿Sorprendida?» me preguntó contenta. «No, para nada, la verdad es que esperaba algo así.»

A partir de ese momento la situación siguió mejorando. Ahora vuelve a dar sus paseos diarios, aunque de momento no por el bosque que tanto le gusta. Volvía a ocuparse de sus necesidades personales y de todo lo relacionado con ellas. Aún está débil y necesita mucho descanso, pero posee la siguiente certeza: «Voy a estar aún más sana que antes de mi enfermedad.»

* * *

He aquí otra experiencia de la que se desprende cómo el maestro no solo ayuda con su poderosa protección a sus discípulos durante graves enfermedades, sino también durante la muerte y tras ella.

Änne era una persona menuda y delicada. A pesar de ello, a sus ochenta años de edad se desplazaba de forma habitual de Saarbrücken a Karlsruhe para asistir al satsang, siempre y cuando no hiciese un tiempo demasiado malo para su delicada salud. Para ello debía viajar durante tres horas en tren de ida, y otras tres de vuelta. Era discípula de Kirpal. En su casa, se encargaba de que su única hija y ella

llevasen una alimentación cuidadosamente vegetariana. Meditaba a menudo y de forma regular.

A los 82 años cayó enferma. Un edema pulmonar producido por la debilidad de su edad. Otros dos satsangis del grupo de Karlsruhe y yo fuimos a visitarla. No yacía en la cama, como habíamos esperado de alguien tan enfermo, sino que estaba en el salón, muy despierta y sin dolores. Durante nuestra conversación, dijo algo de gran significado: «Sé que me espera algo muy grande.» Era obvio que su maestro le había indicado que pronto dejaría este mundo pero, al mismo tiempo, le había explicado que su muerte no sería algo doloroso ni temible, sino algo que va más allá de su comprensión actual.

Unos seis meses después recibimos noticia de que había fallecido. Siguiendo sus deseos expresos, su cuerpo fue incinerado. Un grupo de satsangis, yo entre ellos, participó en el funeral. Tras el funeral, nos reunimos con la hija en un pequeño grupo de amigos y ella nos habló del último estadio de la enfermedad de su madre. En las últimas semanas, su madre había estado postrada en cama. La hermana que la cuidaba le dijo una tarde que tenía que hacerse a la idea de que, según su experiencia, la siguiente fase de la enfermedad era una fase muy difícil. La madre iba a sufrir fuertes dolores y ataques de asfixia. Este sufrimiento podría durar un año o incluso más.

Pero ¿qué ocurrió? Unas ocho horas después de esa conversación, hacia la una de la noche, la enferma se durmió pacíficamente. El maestro Kirpal la libró de ese duro destino y, en el momento oportuno, la recogió para llevarla al más allá.

Tras su muerte, pensé mucho en mi querida hermana satsangi Anne, y de pronto la vi ante mi ojo espiritual, la vi levantarse, primero a través de una neblina, luego más claramente, más y más arriba, como si una fuerza invisible la elevase. No sé hasta dónde llegó a elevarse, pues no pude seguirla. Únicamente sabía que la meta era un lugar en el que se reuniría con su maestro Kirpal.

Si no recuerdo mal, esta visión la tuve unos días después del funeral. Aunque lo que vi sucedió probablemente antes, tal vez en el momento de la muerte. Pero solo en ese momento pude verlo interiormente. No fue la primera vez que pude observar esa primera fase en el otro mundo de una persona que ha fallecido. Si he conocido a alguien en vida, sucede con mayor frecuencia. Las fases iniciales del más allá son tan diversas como las personalidades y las vidas de las personas en la Tierra.

Muchas de esas personas que han llevado una vida común se quedan un tiempo cerca de la Tierra en sus cuerpos translúcidos antes de seguir adelante, algunos de ellos completamente desvalidos, porque no consiguen orientarse en su nuevo estado. Hay otros que, pocos días después de su defunción, se reúnen en una larga fila y se encaminan juntos a una tierra desconocida hasta que llegan a su destino (provisional), el cual está determinado por el carácter y por las buenas acciones y los buenos pensamientos de cada uno. Las personas fallecidas se sienten, a menudo, muy agradecidas de continuar viviendo y de que las opresivas ideas terrenales de una posible destrucción mediante la muerte hayan resultado ser solo supersticiones. Esperan emocionados a lo que vendrá después y al final del camino, diferente para cada uno, es decir, el punto en el que se encuentra su destino. ¡Qué diferencia con la elevación de Anne! Su elevación, tan fácil y obvia, hacia arriba, muy por encima de lo que alcanzan otros mortales, fue simplemente grandioso.

En la enseñanza del maestro, el *surat shabd yoga*, no se descartan los estados tras la muerte en un plano cercano aún a la Tierra, porque esos estados son, al fin y al cabo, un reflejo de la conciencia diurna generalmente limitada con la que cuentan las personas de hoy en día cuando comienzan su vida en el más allá. El objetivo del *surat shabd yoga* es elevar a las personas de los límites de la conciencia diaria y la consiguiente conciencia del más allá. No se habla de aquello que no obedece a este objetivo. Cuando los grandes maestros hablan del más allá, se puede equiparar a un mundo de luz y amor desinteresado, que comienza con ese elevado estado de conciencia ampliada; en el *surat shabd yoga*, ese estado se conoce como «elevarse por sobre la conciencia diaria o corporal».

Un tiempo después volví a ver a Anne con el ojo interno. Al principio era el rostro de una fallecida que, rápidamente, se llenaba de vida y cuya expresión se convertía en una, no tengo otro modo de expresarlo, radiante felicidad. Su último adiós. Si dijese ahora que el objetivo era que yo viera lo feliz que era, no sería del todo cierto, puesto que la expresión no era de felicidad en el sentido terrenal. Era un éxtasis de felicidad, algo que aún no conocemos en la Tierra.

Yo lo sentí en febrero de 1983, en la primera mañana de los festejos conmemorativos de tres días con motivo de su cumpleaños. Hacia las cuatro de la mañana, llegó hasta mi habitación del aún existente edificio circular del Kirpal ashram el sonido de música y canciones en hindi procedente de la carpa. «Las canciones en hindi no las entiendo», pensé. «¿Qué voy a hacer en la carpa? Mejor voy al pabellón de meditación para occidentales y medito». Dicho y hecho. Pero la música también llegaba claramente hasta allí. No podía aislarme lo suficiente y así no podía llegar a ningún sitio con la meditación. ¿Les ocurriría lo mismo a los otros cuatro satsangis que estaban meditando allí? Al cabo de un rato, paró la música. En el pabellón reinaba el silencio.

Debían ser las seis y media de la mañana. De pronto vi al maestro Kirpal viniendo hacia mí con paso enérgico. Su rostro era severo, su ropa la misma que llevaba en vida, una chaqueta oscura y un turbante blanco, probablemente un signo de que venía a hacerse cargo de asuntos terrenales. Se quedó a unos pasos de mí e indignado me indicó con un gesto del brazo «¡Levanta!» No lo entendía. ¿Por qué debía levantarme? Cuando vivía, el maestro nos insistía en que meditáramos y ¿ahora quería que dejase de hacerlo? Permanecí sentada, apesadumbrada, puesto que era la primera vez que, sin quererlo, experimentaba el enojo del maestro hacia mí. Si tan solo supiera lo que había hecho para ganarme su enfado.

4. Recuerdos del maestro Sawan Singh

El gran maestro Hazur Sawan Singh murió en 1948. El 1 de abril de 1948, un día antes de partir, le confirió el título de maestro y a su discípulo Param Sant Kirpal Singh, cuyo desarrollo espiritual era extraordinario. Se pueden leer detalles importantes de este acontecimiento de gran intensidad espiritual en la breve biografía de Param Sant Kirpal *A brief lifesketch of Hazur Baba Sawan Singh Ji Maharaj with a short narrative of his teachings* (Una breve biografía de Hazur Baba Sawan Singh Ji Maharaj con una breve narrativa de sus enseñanzas). De acuerdo con las declaraciones del maestro Kirpal, durante el periodo en el que Param Sant Kirpal fue maestro terrenal, el maestro Sawan Singh se encargó de la tarea que el propio maestro Kirpal había tomado ahora: colaborar estrechamente con su sucesor.

Cuando vivía el maestro Kirpal, yo tenía un vínculo más estrecho que ahora con el maestro Sawan Singh. Tal vez tenga que ver con el hecho de que, en aquel entonces, dirigía más mi atención hacia él, mientras que ahora, tan pronto como la dirijo al más allá, se la dedico automáticamente al maestro Kirpal.

Si entonces me entraba una preocupación y no recibía respuesta del maestro Kirpal (cosa que ocurría a veces) o, más bien, no la recibía porque no era suficientemente receptiva para recibirla, me concentraba en Hazur Sawan Singh y recibía siempre, al menos, una leve corriente de amor. En ocasiones era incluso capaz de recoger un consejo. Conozco esta leve corriente de amor. Sí, es precisamente como indican los escritos del maestro: si el discípulo piensa en el maestro, el maestro piensa en el discípulo. ¿Y de qué otra forma puede pensar el maestro en el discípulo que no sea mediante el amor? Hoy en día soy consciente, sobre todo, del poderoso amor del maestro Kirpal que rodeaba durante días a sus discípulos.

No sería capaz de decir por qué, en aquel tiempo, mi vínculo con el maestro Sawan Singh era, a veces, más fuerte que con mi propio maestro. En mi caso, es posible que el generoso maestro Sawan Singh, en su paciencia y misericordia, me ayudase aunque no me correspondiese recibir su ayuda. Sea como fuera, este hecho muestra que el maestro Sawan Singh siempre estaba disponible para los discípulos de su sucesor.

En dos ocasiones me dio instrucciones claras y me indicó la dirección apropiada. Una vez en la que, de forma autodestructiva, estaba dándoles vueltas a acontecimientos del pasado y preguntándome si no habría cargado con demasiada culpa, se interpuso de forma decidida. Me transmitió la sensación de estar libre de culpa, pero al mismo tiempo, me hizo saber que, en la disciplina del pensamiento, tenía que moderarme mucho más y no entregarme a pensamientos inútiles. Necesitaba más valor, más moderación y más esfuerzo para dominar la técnica de dejar pasar los pensamientos negativos. Me transmitió también ánimos. Me aseguró que sería capaz de hacerlo. Obviamente, todo esto no me lo transmitió en este orden. Ocurrió en dos o tres segundos y, aún así, contenía todo esto que la comprensión lógica necesita ahora ordenar de forma consecutiva.

En estas experiencias, nunca vi al maestro Sawan Singh, pero recibí de forma consciente lo que quisiera decirme. Es posible que algunos se pregunten «¿Cómo sabe entonces que se trataba del maestro Sawan Singh?» La respuesta es la siguiente: Estas transmisiones llevan siempre consigo algo de la esencia de quien las transmite. Existen más posibilidades de no recibir completamente o correctamente lo transmitido que de no saber de quién procede. Esto último queda claro inmediatamente.

En otra ocasión, estaba convencida de haber hecho algo especial por el trabajo del maestro. Entonces me mostró por medio de una visión que, para mis posibilidades en ese campo, era muy grande (y no puedo describirla en más detalle, ni me estaría permitido, puesto que se adentra más en el campo puramente espiritual) que aún me encontraba demasiado anclada en mi ego. Me mostró cuán más elevado se hallaba el camino por el que yo pretendía avanzar. Ninguna de las otras lecciones del maestro me dejó tan claro la importancia de superar la tendencia hacia el yo para poder llegar al camino interior. Han pasado ya muchos años de eso y, en este tiempo, espero haber avanzado algo en esta superación con la ayuda del maestro.

Precisamente porque el maestro Sawan Singh me había instruido mediante críticas, fue aún más profunda la felicidad que experimenté cuando, en febrero de 1981, tras

meditar en el pabellón de meditación del Kirpal ashram, abrí los ojos, miré el gran cuadro del maestro Baba Sawan Singh que colgaba de la pared ante mí y el cuadro cobró vida. El maestro me sonreía. ¿Significaba eso que estaba más contento conmigo que en la ocasión anterior?

Años después, una mañana, pensé en él con gran intensidad, puesto que lo que había escrito me lo trajo a la memoria; y en ese momento volvió a llegarme esa leve corriente de amor que recibía a veces cuando el maestro Kirpal aún vivía. Pero esta vez, en comparación con los tiempos en los que el maestro Kirpal aún vivía, la corriente era aún más leve, como si viniera de más lejos. Con ella me indicó que conoce mis pensamientos como antes y que sigue estando ahí, igual que en el pasado, solo que algo más apartado.

5. Ayuda para familiares tras su muerte

Dos experiencias con el maestro Kirpal me dejaron vislumbrar este hecho. Se trata solo de una mirada breve y limitada, como corresponde a mis limitadas posibilidades de visión en este ámbito. La primera experiencia tuvo lugar cuando el maestro Kirpal aún vivía, la segunda, después de que dejara para siempre la Tierra. Hay un acontecimiento del último año de vida del maestro Kirpal que, puesto que sería pasar de eventos tras su muerte a sucesos de su vida en la tierra, rompe con la cronología de esta biografía presentada a través de experiencias personales; sin embargo, quiero hacer una excepción y comenzar por él porque, por su contenido, es el que mejor encaja en este capítulo.

Cuando aún estaba en la escuela, viví varios años en casa de mi abuela en la ciudad. Mis padres vivían en el campo y el trayecto desde allí a la escuela más cercana, a pie o en bicicleta, habría sido demasiado largo y pesado para una niña. Por aquel entonces aún no había autobuses como medio de transporte público y nadie en el pueblo tenía coche. Para mi abuela era como su propia hija y este vínculo se lo llevó con ella a la vida tras la muerte. Allí seguramente pensó en mí alguna vez, preguntándose cómo estaría.

Murió cuando yo tenía 22 años, una mujer honrada, trabajadora y responsable. Solo iba a la iglesia de vez en cuando. Pero rezaba cada noche al acostarse y, a menudo, leía para sí el libro de himnos de la iglesia. Sus profundos y piadosos versos parecían proporcionarle fuerza. No sé nada más sobre sus ideas religiosas. Puesto que no le hablaba a nadie de sus asuntos más privados, y sus ideas religiosas eran uno de los más internos. Hacía ya varios años que era discípula del maestro Kirpal cuando, una mañana temprano, sentí a mi abuela muy cerca. Debió ser poco antes de despertarme y, aún así, la experiencia fue tan clara como si hubiese estado completamente despierta en mi cuerpo terrenal. Su presencia era muy real, como cuando una persona con ojos cerrados sabe que alguien en quien confía está cerca. Sentí su cercanía de forma aún más clara. No la veía. Pero ella a mí sí. Entonces noté sorprendida que, al verme, se había asustado.

Rebosante de felicidad, le pregunté: «Abuela, ¿qué tal estás?» Parecía familiarizada con la comunicación por pensamientos y yo podía entenderla en este estado de vigilia extracorporal. «Estoy bien», contestó, «¿y tú?» «También bien.» Canalicé toda mi satisfacción en esta respuesta. «¿Y a qué te dedicas?», le pregunté a continuación. «Me encargo de las tareas del hogar», fue la respuesta que mi conciencia recibió claramente. Tras la infancia, se dedicó toda su vida a las tareas

del hogar. Y ahora, en el más allá, seguía haciéndolo. Esto confirmó la noción que había oído y leído varias veces de que las personas orientadas al mundo, en el más allá, siguen realizando las actividades a las que estaban acostumbrados aquí. Entonces me llegó la siguiente afirmación, y noté la importancia que tenía para ella, una importancia incluso existencial: «Pero ahora veo luz mucho más a menudo.» Y entonces desapareció y yo me desperté por completo.

Pensé largo y tendido sobre este peculiar encuentro (treinta años tras su muerte) y pronto encontré una respuesta a esta pregunta: ¿Por qué se había asustado al verme? Antes de despertarme, debió verme en mi cuerpo habitual, el cual está compuesto de la misma materia que la rodea ahora, en su cuerpo astral, como una carcasa exterior. Debió ver el punto de luz en mi frente, entre los ojos, que probablemente iluminó el cuerpo astral más de lo que ella estaba acostumbrada a ver; esa luz es la luz que transmite el maestro Kirpal a sus discípulos durante la iniciación.

Durante nuestro encuentro ya pensé lo siguiente: «La bondadosa mano del maestro ha intervenido en esto». Un discípulo nunca conoce los motivos más profundos del maestro. Pero en esa situación, según lo que podía comprender con mi limitada conciencia, el maestro quería claramente sacarla de su entorno y llevarla a un estado más elevado y luminoso. Y para que pudiera dirigirse a la luz con todas sus fuerzas y con confianza, se la mostró a través de su nieta. Y es que ella siempre había sido así. Se asustaba ante cosas nuevas y extrañas. Pero si alguien en quien ella confiaba las tenía o las conocía, se apuntaba sin problemas. ¿Seguiría teniendo esta característica? Sin duda, con nuestro encuentro, el maestro Kirpal le había concedido uno de sus deseos. Sabía, por fin, que su nieta era feliz en la Tierra, incluso que «su nieta» contaba con una poderosa protección que ella misma había podido notar. «Ahora veo luz mucho más a menudo.»

En cualquier caso, la nieta sabía que, a partir de ese momento, la protección incluía también a su abuela. El maestro se la había transmitido. Es posible que en una futura reencarnación sea atraída hacia el maestro de su tiempo.

* * *

Cuando era niña, la persona que más quería en la Tierra era mi madre. A mi único hermano le pasaba igual. A medida que fue creciendo, este amor se fue transformando en adoración. No habría sido fácil para su esposa encajar en esa imagen de mujer creada a partir del vínculo con nuestra madre. Pero se despidió de este mundo sin haberse casado. Dejó su joven vida en la Segunda Guerra Mundial.

Nuestra madre era para nosotros la mejor persona que conocíamos; una opinión nada objetiva, claro. Tendría, como todos los demás, sus debilidades. Pero todos los que la conocían la consideraban una persona buena y encantadora. Su corazón era realmente inocente. Le resultaba difícil creer que alguien podía ser capaz de hacer algo malo y, si le sucedía, le costaba reaccionar. Parecía ir en contra de su naturaleza. Era humilde y modesta. Siempre anteponía el bienestar de sus hijos a sus necesidades y, así, ambos conocimos su mejor lado.

Durante su infancia y adolescencia fue religiosa, pero al casarse, nuestro padre, que creía firmemente en la ciencia, le hizo dudar. Era una época en la que muchas personas intelectuales, sobre todo hombres, fascinados por las nuevas perspectivas y éxitos de la ciencia, se reían de los dogmas de la iglesia. Como entonces no

conocían otros mensajes religiosos que no fueran los de la iglesia, la religión se convirtió para ellos en algo completamente dudoso. Sin embargo, mi madre siempre estuvo convencida de la existencia de algún tipo de justicia divina. Este detalle podría servir de ayuda para comprender lo que ocurrió tras su muerte.

Una vez que sus dos hijos se hicieron adultos y se aseguraron un modo de vida con un buen trabajo, algo por lo que se había esforzado y preocupado mucho en los años anteriores, le pareció como si hubiese cumplido con su cometido en la vida. Los hijos ya no necesitaban su ayuda. Esto no le robo su voluntad de vivir, pero pareció debilitarla. Comenzó a enfermar. No se recuperaba de una fuerte gripe que le duró meses y que afectó también a sus pulmones. Estuvo internada en una clínica, pero no hubo mejoras. Cada vez que visitaba a mis padres, veía cómo mi madre se debilitaba cada vez más. Y un día nos dejó por completo.

Tras su muerte, noté que sufría. Cargaba con un sentimiento de culpa que no le permitía ascender a donde le correspondía estar a su alma. Por lo que yo sabía de su vida, ante un juez humano no habría sido culpable de nada. Pero debía sentirse culpable ante las leyes de la justicia divina en las que siempre había creído durante su vida; el porqué, sigue siendo su secreto. A mí me parece que es algo que les pasa a muchas personas tras dejar su cuerpo terrenal. La norma que determina lo bueno y lo malo es diferente. Más estricta. Ella tampoco había hablado con nadie en la Tierra sobre sus cuestiones más internas. En eso se parecía a mi abuela. Si bien aún no era discípula del maestro Kirpal y no había comenzado a desarrollar mi sentido adicional, al tener un vínculo tan estrecho con mi madre, podía sentir su estado, al menos en los primeros tiempos tras su muerte. Más adelante dejé de tener un vínculo con ella.

Cuando me convertí en discípula del maestro Kirpal, le pedí por escrito que se ocupara de mi madre. Y seguro que lo habría hecho. Pero la verdadera e increíble ayuda llegó cuando él mismo dejó su cuerpo terrenal. Una mañana temprano, cuando reinaba el silencio en mí, me permitió vislumbrar brevemente un fragmento de una serie de situaciones. Ya le había solicitado una vez al maestro, estando del otro lado, que recibiera a mi madre. Algo que habría hecho incluso sin mi ruego. Pero este ruego fue de gran relevancia; algo que descubrí más tarde.

De un modo que no puedo describir, en esa silenciosa hora supe que mi maestro, con su cariñosa paciencia, se estaba esforzando por ayudar a mi madre. Quería sacarla de su estado actual y llevarla a uno más bello y luminoso. Pero me pareció que ella estaba asustada y se sentía insegura. No se atrevía a seguirle. Es posible que, al igual que en vida, estuviera siendo demasiado modesta y creyese que no se merecía ese estado más bello. Pero el maestro la ayudó pacientemente una y otra vez animándola. Interiormente lo vi junto a ella. Y ahí terminó esta visión limitada.

Quien no pueda imaginarse que el maestro se manifestó realmente, debería tener en cuenta que el poder omnipresente del maestro se manifiesta en aquella forma que le corresponde a cada nivel. He hablado de la ayuda que el maestro prestó en el más allá a dos de las personas más cercanas a mí. También podría escribir de la ayuda que prestó a otros familiares cercanos tras su muerte. Pero creo que estas dos experiencias son suficientes a modo de ejemplo. Esta amplia ayuda es una clara indicación de su omnipresencia. Hay varios miles de satsangis y aún más familiares aquí y en el más allá, y él ayuda a todos ellos. Los discípulos terrenales, normalmente, no son lo suficientemente perceptivos para percibir la ayuda que reciben sus familiares del más allá u otras personas de su entorno. Incluso tengo la impresión de que el maestro Kirpal ayuda en el más allá a todo aquel que realmente

le busque y desee encontrarlo. Con la precondition, eso sí, de que esa persona fallecida supiese de alguna forma de la existencia de este maestro completo.

Unos días después de esta experiencia, me inundó una intensa ola de amor y agradecimiento maternales. Nunca, mientras aún vivía, sentí el amor de mi madre de forma tan intensa como en ese momento. Ya he mencionado antes que una transmisión de pensamientos y sentimientos está siempre impregnada de la esencia de quien la envía, y este flujo procedía claramente de mi madre. Quien tenga un estrecho vínculo con su madre podrá adivinar lo que eso significó para mí: sentir su presencia tan cerca y de esa forma que acaricia el corazón tras tantos años de separación. En ese momento supe que la transición se había realizado. Mi madre había llegado a salvo a un estado más luminoso. Pero, ¿por qué me estaba agradecida? Si yo no había hecho nada, no había ayudado en lo más mínimo. Creo que no ando lejos de la verdad si supongo que el maestro le informó de que su hija le había pedido ayuda, que él me había adoptado en la Tierra como hija espiritual y que, por eso, podía ayudarla a ella, puesto que había sido mi madre terrenal. Ella parecía saber que su amor por mí y mis ruegos por ella habían atraído al maestro hacia ella. Desde ese momento, el amor y el agradecimiento de mi madre llegaron hasta mí desde el más allá en varias ocasiones.

Pasado un tiempo tras su transición a un estado más luminoso, el maestro me permitió, una vez más, ver a mi madre en una visión. Estaba tendida en una especie de banco, como si descansara tras haber realizado un gran esfuerzo, en una habitación de aspecto elegante tan luminosa como una sala terrenal iluminada por muchísimas bombillas eléctricas. No vi, sin embargo, ninguna lámpara. Parecía como si esa luz, fuera la luz natural de ese lugar. La habitación era como un oasis de protección expresamente escogido para ella por aquel que ahora la envolvía con su poderosa protección. Yo vi a mi madre, pero ella a mí no. Tenía un aspecto delicado y parecía necesitar descanso. Pero eso también ha pasado. Mientras escribo estas líneas y, puesto que estoy pensando de forma especialmente intensa en mi madre, me llega su felicidad desde el más allá. Esta felicidad tiene una particularidad especial. Va acompañada de una resonancia que podría expresarse como «es un milagro». Obviamente, no debemos conferirle a ese término la grandeza y la solemnidad que se vincula en la cristiandad. Pero, en un nivel inferior, tiene algo de ello. En esa delicada felicidad resuena la idea de que «Todo el sufrimiento ha quedado lejos, superado, por fin». Esta felicidad está totalmente volcada hacia el interior y es perpetua. No disminuye nunca, a diferencia de lo que ocurre en la Tierra.

Por lo que pude ver en mi visión, el mundo en el que se encuentra mi madre no se parece a un feliz mundo divino o similar. Pero, sea como sea, en el lugar en el que se encuentra ahora, cuenta con el regalo más importante de su existencia: el amor del maestro Kirpal. Él me ha dejado ver cómo la rodea con su amor y cómo su atención la acompaña. Quien recibe este tipo de misericordia, en su próxima vida, se cruzará seguro con un maestro completo. El maestro Kirpal se asegurará de que así sea.

6. Sobre la protección, la santidad, el amor y el agradecimiento

Se habla a menudo de la protección del maestro. Continuamente, leemos la siguiente frase en las cartas que envía a sus discípulos: «Master Power working overhead will be extending all feasible help, grace and protection.» («la protección maestra que funciona sobre nosotros ofrece toda la ayuda, gracia y protección

posibles.»). Esta afirmación gusta a los discípulos. Les proporciona esperanza y consuelo en tiempos de dificultad y enfermedad. Creen en esta ayuda, gracia y protección, pero no saben cómo esas palabras se hacen realidad en cuanto el maestro las pronuncia o las piensa.

Yo pude experimentar lo que es una *protección* real una mañana en marzo de 1985, unos días después de una estancia de cuatro semanas en el Kirpal ashram. Estaba en la cocina preparando la comida. Una poderosa fuerza llegó hasta mí y me envolvió de forma protectora. No creo que la protección del maestro se manifieste a menudo de esta forma casi tangible, sino solo cuando el discípulo la necesita especialmente. Supongo que esa protección tan densa tenía por objeto cuidar mi salud, pero como la fuerza protectora del maestro alejó el peligro de mí, como tantas otras veces durante mis veinte años siendo su discípula, no puedo decir más al respecto. No supe cuál era el peligro.

* * *

Con frecuencia, al hablar de maestros completos se les llama santos. Pero, ¿qué es la santidad? Para las personas terrenales es un concepto confuso. Se suele asociar con él la idea de una conciencia superior que puede, a veces, provocar cosas que escapan a nuestra comprensión. No se suele saber más al respecto. Para empezar, debo admitir que yo tampoco puedo decir que sé lo que es la santidad. Pero un día, en el Kirpal ashram en febrero de 1985, se me abrió un pequeño resquicio a la santidad del maestro Darshan y pude observarla durante unos preciados momentos. Cuando trato ahora de describir lo poco que vi, me faltan las palabras. La lengua humana no tiene los conceptos necesarios para transmitirlo de forma adecuada, únicamente cuenta con algunas palabras desgastadas y desprovistas de sentido que no transmiten nada. Tal vez pueda hacerlo mediante una paráfrasis:

La santidad es un estado elevado de un ente completo y puro. Este estado es intangible para aquellos que aún no lo han alcanzado. Es una protección en sí mismo. Nada ni nadie puede llegar a entrar a menos que se trate de un ente igual. El área de la santidad es muy luminosa. La luz allí posee probablemente una gran intensidad. Probablemente yo solo experimenté una luminosidad media, puesto que aún no soy lo suficientemente perceptiva para las elevadas vibraciones de esa área. Nada ni nadie puede hacerle algo al santo, a menos que él mismo le dé la oportunidad.

El resquicio ha vuelto a cerrarse. Solo queda el recuerdo. Pero desde entonces sé lo imprescindible que es el respetuoso amor que el maestro exige de sus discípulos. El amor no puede elevarse hasta el límite de la santidad si no es respetuoso, incluso reverente. Porque si no, sus vibraciones no son lo suficientemente altas. Incluso tengo la impresión de que cuanto más reverente es el amor de los discípulos, más se acerca al área de la santidad. Y cuando se encuentra muy cerca, es posible que el santo cruce esa frontera de la santidad, infranqueable para el discípulo, y le permita a éste entrar por la puerta de la gracia. El vínculo interior entre el santo y todos sus discípulos solo es posible si él les ha abierto la puerta de la gracia. Pero que exista ese vínculo no significa que vayan a poder entrar.

Sería osado afirmar algo sobre la esencia del amor de un maestro. Además, no puedo decir nada porque no tengo ni la más mínima idea de cómo es. Es por eso que intento hablar de ello mediante ejemplos de experiencias que yo misma he vivido, aunque sea con la limitada conciencia de una discípula.

Unos años antes de que el maestro Kirpal se despidiera de este mundo, me encontraba yo trabajando una tarde de mi día libre en el sótano de mi casa en Alemania. La tarea en la que estaba ocupada no requería mucha atención, así que estaba pensando en una dolorosa experiencia por la que había pasado unos días antes. Me sobrecogió un sentimiento de soledad y tristeza. De repente, una ola de esperanza y fuerza se abrió paso por mis tristes y decepcionados pensamientos y trajo con ella un claro mensaje del maestro Kirpal: «¡Pero tienes al maestro!»

¡Qué omnipotencia! Las personas externas me han preguntado a menudo lo siguiente: «¿Cómo es posible que su maestro cuide de cada uno de sus miles de discípulos?» Yo tampoco sé cómo es posible. Se ocupa incluso de los pensamientos y los sentimientos de sus miles de discípulos y, cuando por motivos que solo él conoce, lo cree apropiado, les proporciona una respuesta.

«Todos los problemas se solucionan con amor.» Esta es una frase que he oído decir a menudo a discípulos de Sant Kirpal. En febrero de 1971, pude experimentar por mí misma cómo ponía en práctica esa teoría: fue en la casa de campo del maestro en Rajpur, cuando le pedía que ayudara a una discípula que desde hacía tiempo había sido seducida por una *religión* que estaba impidiendo su desarrollo espiritual. Una conversación del maestro con sus discípulos confirmó mi observación sobre esa influencia inhibidora. Una satsangi alemana que hablaba inglés bien tradujo al maestro mi petición. He olvidado lo que me respondió, pero lo que no olvido es cómo una noche, sola en mi habitación y a apenas diez metros de distancia del dormitorio del maestro, sentí la corriente de su amor y sentí cómo se concentraba con mayor intensidad en aquella discípula; esto es algo que no solo sentí aquella noche. Durante días, el amor fluyó hacia ella con la misma fuerza. Sentí un gran agradecimiento de que el maestro estuviese cuidando de ella y, al mismo tiempo, una gran admiración de que existiera algo así, que el amor pudiera enviarse con una fuerza tal y durante días. Y sí, la discípula volvió a dirigir su atención al maestro. Le profesó siempre un profundo respeto. Pero la influencia espiritual continuó estando ahí a pesar de las afirmaciones, en su mayoría, falsas. Entre tanto, ha dejado este mundo terrenal.

Las palabras y los actos del maestro Kirpal estaban llenos de amor, en ocasiones, escondido tras una severidad externa. Podría dar varios ejemplos al respecto. Pero según la cronología de este resumen vital, les correspondería ir en el apartado acerca de la vida terrenal del maestro. De acuerdo con el tema del capítulo, solo está previsto incluir aquí ejemplos especialmente ilustrativos. Estoy convencida de que habría sido mucho más consciente de su amor durante su vida si en aquel entonces hubiese contado con esta mayor receptividad que he ido desarrollando en todos estos años como discípula.

Cuando ahora, por las noches, dirijo mi atención interior hacia él, me llega a veces un ola de alegría rebosante de amor. No va dirigida personalmente a mí. Es una ola de amor que incluye por igual a todos sus discípulos. Durante su vida, seguramente emitía también a menudo este amor. Pero por aquel entonces, yo no era lo suficientemente receptiva para captarlo.

7. El maestro se acerca un paso más

A pasado más de un año desde que, durante los actos conmemorativos de febrero de 1985, pude experimentar tan de cerca al maestro Kirpal. Y desde entonces no he

vuelto a recibir nada de él, excepto algunas imágenes interiores muy ocasionales que aparecen y desaparecen rápidamente. ¿Por qué será? Tal vez sea yo el problema. Aunque hace unos días, por la noche, pude notar que el maestro Kirpal sigue vinculado a sus discípulos como siempre, aunque nosotros no lo percibamos debido a nuestras limitadas capacidades cognitivas.

Se levantó el telón que tanto tiempo llevaba cerrado: ¡El maestro Kirpal! Esa intensa luz a su alrededor, yo no la vi, solo la sentí y también sentí algo de la profunda felicidad que emanaba de él. En ocasiones, se disipan los límites entre los sentidos al percibir una luz así, de forma que también se ve, aunque de un modo desconocido hasta entonces: la imagen correspondiente simplemente se fijó en mi conciencia; esto ocurrió porque la imagen se refería a mí. La percepción más allá de los cinco sentidos solo me resulta posible cuando el mensaje se refiere a mi pequeño yo. Solo comprendí el tema del mensaje, no el contenido. Trataba de mi desarrollo espiritual.

En ese momento, dirigió su atención exclusivamente hacia mí. Y, por primera vez, comprendí realmente lo poderoso que es el maestro. Quien se encuentra ante su luminosa forma sabe quién es el maestro realmente. Se dice siempre que es entonces cuando la fe en él se vuelve inquebrantable. Hasta ahora no he tenido la oportunidad vivir esta gran experiencia. Sin embargo, en ese momento pude percibir desde mi interior el poder ilimitado del maestro Kirpal y mi confianza en su poder se volvió también inquebrantable.

Además de ser enorme, ese poder se pone en práctica de forma asombrosamente sencilla y natural, puesto que es la expresión natural de un ente elevado. Y justamente eso es mi maestro: ¡tan poderoso y elevado y rebosante de amor! ¡Cómo comprenderlo! ¡Un júbilo inmenso en mi interior! Me entraron hasta ganas de gritar de alegría. Quedó una resonancia de esto. En los días siguientes, esta atención y ese poder siguieron estando conmigo, aunque de forma más subliminal, como si llegaran de lejos.

Volví a recordar que «el maestro se muestra ante el discípulo de forma paulatina, paso a paso». En ese momento fui consciente de que, hasta entonces, el maestro Kirpal nunca se había mostrado ante mí. Me había guiado, ayudado y protegido. Esto es algo que todos los discípulos notan en la medida en que se lo permiten sus limitados cinco sentidos e intelecto. En ocasiones, se me había otorgado la posibilidad de vislumbrar algo de esto. Pero en aquella ocasión dio el primer paso para mostrarme su verdadera esencia.

Segunda parte

Memorias del maestro Kirpal terrenal

Ahora hago girar la rueda del tiempo en la memoria,
retrocediendo hasta la época en la que el maestro Kirpal
todavía actuaba en la Tierra con apariencia terrenal.

Las experiencias que viví con él aparecerán descritas siguiendo un orden cronológico.

Anunciación a través de una visión y del principio del sonido

Empezaré por el año 1961, dos años antes de mi iniciación, en aquel entonces aún no sabía de la existencia del gran maestro Sant Kirpal Singh, pero se me presentó en una visión nocturna:

Ante mí se elevaba la ladera de una montaña bañada por la luz del sol otoñal. Era un poco empinada, pero podía transitarse sin dificultad. Por toda la ladera crecían árboles muy jóvenes desperdigados cuyo tamaño no era mayor al de un arbusto; crecían en medio de un césped alto y frondoso, en medio de la maleza y de algunos guijarros. Era evidente que en aquella ladera hacía mucho tiempo que ningún ser humano había interrumpido el curso de la naturaleza. Las hojas de los árboles empezaban a adoptar un tono amarronado. No vi ningún camino.

De lo alto de la ladera descendían con paso vigoroso dos figuras masculinas vestidas de blanco. Uno de ellos era muy alto y el otro algo más bajo. A pesar de que caminaban dando grandes pasos, ambos daban la impresión de flotar en lugar de caminar, el más pequeño de los dos seguía al mayor a una distancia de tres o cuatro pasos, pero no a su lado, sino en perpendicular. No pude ver sus rostros. Tampoco me veía a mí misma, pero sabía que estaba a los pies de la ladera y que las figuras de blanco se dirigían hacia mí. El hecho de saber eso, lo viví como un consuelo indescriptible. Fue como una promesa de que, a partir de ese momento, tanto en mi vida interior como exterior todo iba a mejorar.

Siempre había tenido sueños premonitorios que después se cumplían. De modo que desde aquel momento, esperé a que aparecieran las figuras de las túnicas blancas. Sin embargo, justo después de haber tenido el sueño supe que aquellas figuras vestidas de blanco eran la expresión de un estado interior y que nunca iba a encontrarlas de ese modo en el mundo exterior.

Cuando dos años después, el maestro Kirpal en su vuelta al mundo en 1963 me inició en Núremberg, me di cuenta de que era la figura blanca de gran estatura que desde lo alto de la ladera se iba acercando hacia mí en el sueño. Después, cada vez que podía ver la figura completa del maestro Kirpal con los ojos cerrados, casi siempre lo visualizaba, con apenas excepciones, envuelto en una túnica blanca como la nieve, un símbolo de su pureza interior sin mácula. En muy pocas ocasiones lo vi vestido con su ropa propia de persona mundana. Cuando recordaba cualquier imagen interior de la época en la que vivía el maestro Kirpal, me preguntaba cada vez: «¿Por qué se me acercaban dos figuras? ¿Por qué una era más pequeña que la otra?»

* * *

En 1963 oí por primera vez el nombre de Sant Kirpal Singh y entré en contacto por primera vez con la fuerza de este gran maestro del alma, no obstante sin haberlo visto nunca en persona. Sucedió del siguiente modo:

Una mañana helada a finales de invierno, mientras esperaba el tren en la estación donde vivía en aquella época, cuando este paró vi subir a una vieja conocida, una señora mayor, aunque vigorosa. Nos sentamos juntas en un compartimento. Me contó que viajaba a Bonn, donde quería iniciarse y convertirse en discípula de un gran maestro. Su nombre: Sant Kirpal Singh. En aquella época la técnica de la iniciación se impartía a los nuevos discípulos de Alemania en Bonn.

Durante el trayecto me enteré de algunas cosas sobre el gran maestro. No puedo acordarme de los detalles, pero sé que conforme avanzaba la conversación cada vez me resultaba más increíble. ¡No podía ser! ¡No podía existir un gran maestro todo espiritualidad en la segunda mitad del realista siglo veinte, en el que solo se reconocen las pruebas que pueden percibirse desde el exterior! Si realmente existía, algo que yo dudaba profundamente, cómo podía ser capaz de llevar a cabo su labor en una época tan poco apropiada. Y es que vivimos en una época en la que creemos en la ciencia y la tecnología. Esos eran los dioses que habían reprimido la verdadera religiosidad, por no hablar del misticismo. En el misticismo existían los charlatanes, eso lo sabía. Sabía bastante del tema, al menos en lo que respectaba a mi propio país, porque era un tema que siempre me había interesado.

¿Estaría interesándose por mí el maestro? Me hice esta pregunta porque, mientras escuchaba en silencio, me asaltó la siguiente idea: «Contactar con Kirpal Singh podría merecer la pena, aunque solo fuese cierto una mínima parte de lo que ahora estoy escuchando. A lo mejor puede ser significativo espiritualmente y puede ayudar a buscadores de la verdad como yo.»

«Dame su dirección», fue el resultado de mis cavilaciones. Me la dio. Aquella mujer mayor ya ha muerto, pero cuando pienso en ella, hoy sigo estándole todavía agradecida por aquella dirección. A los pocos días, escribí a Sant Kirpal Singh a Nueva Delhi.

Mientras me esforzaba por desempolvar de los cajones de mi memoria el inglés aprendido en el colegio y traerlo a la conciencia, a la vez que buscaba sin cesar palabras en el diccionario, oí proveniente de mi interior un pequeño zumbido, un murmullo muy bajito. Era muy relajante, consolador y de un modo extraordinario incluso edificante. Enseguida supe que aquello venía de Sant Kirpal Singh, la persona a quien en aquel mismo momento estaba intentando escribir en inglés para preguntarle si podía convertirme en su discípula y en tal caso, cuáles eran las condiciones.

Escuché sin parar para mis adentros aquel zumbido interior pensando «Me trae totalmente sin cuidado si Kirpal Singh es un gran maestro, un pequeño maestro o si no es en absoluto un maestro, pero una cosa sí que sé, si una persona es capaz de enviar esta delicada corriente que proporciona fuerza física, hay que aferrarse a ella y eso es lo que voy a hacer. Entonces algo me llamó la atención: «Qué extraño, no me conoce en absoluto, pero al parecer sabe que le estoy escribiendo y me responde de inmediato de este modo tan afectuoso. ¿Y si fuera uno de los grandes? ¿Incluso más grande de lo que yo había imaginado hasta ahora?» A las pocas semanas recibí una carta de Sant Kirpal Singh, en la que me comunicaba que para saber más sobre las condiciones para ser su discípula, me dirigiese a una discípula de Bonn. Eso fue lo que hice y no tardé en recibir una amable respuesta en la que se incluían todos los detalles que me interesaban. Para mí fue sencillo cumplir con los requisitos para ser discípula, ya que la condición física más importante, que consiste en vivir tres meses antes de la iniciación como vegetariano, la llevaba practicando desde hacía varios años como vegetariana que soy. El maestro tuvo que decidir en qué medida se daban las condiciones interiores, porque no tardé en ser aceptada como discípula.

Aparece el maestro físicamente

Cuando en el verano de 1963 el maestro Kirpal salió a dar su segunda vuelta al mundo, vino en primer lugar a Alemania y el 14 de junio dio una conferencia en «Herbst der Jugend» en Fráncfort, organizada por «La sociedad a favor de una vida armónica» del lugar. El catedrático suizo Werner Zimmermann tradujo del inglés las intervenciones del maestro. Recuerdo que, durante la intervención, algunos oyentes le pidieron que no siguiera traduciendo. Estaban tan cautivados por el carisma del maestro que la transmisión a través de la traducción solo molestaba. Una gran parte de los oyentes sabían inglés y lo que faltaba para acabar de entenderlo todo se transmitía por sí solo a través del carisma del maestro. A mí ese carisma me conquistó de otro modo muy distinto y a continuación quisiera explicar cómo fue.

Param Sant Kirpal Singh entró en la sala: alto, de espaldas anchas y bajo el blanco turbante, los ojos más luminosos que yo hubiera visto nunca. Un rostro fino, espiritual, eso saltaba a primera vista, a pesar de que su frente elevada y ancha aparecía prácticamente cubierta por el turbante y llevaba una perilla blanca que le tapaba la boca y una parte de la barbilla por completo.

Estaba sentada a tres metros del maestro y solo escuché las primeras frases. Entonces tuve una extraña experiencia. Me sentí como si me estuviera deslizando en una barca entre algodones sobre olas plateadas. ¿Qué clase de olas eran aquellas? ¿Agua? ¡Seguro que no! ¿Luz, luz plateada? Eso parecía, ¿pero a caso existían las olas de luz plateada? ¡Era imposible! ¿Para qué seguir pensando en eso? Lo único que conseguiría era perturbar ese espléndido y agradable deslizarse. Lo disfruté hasta la última frase de la intervención.

¿Qué había dicho? No lo sabía, yo solo me había entregado al deslizar flotante sobre las olas plateadas. Cuando otra de las oyentes me preguntó si me había gustado la conferencia, le respondí con una evasiva, pero en secreto pensé: «Ha sido fantástica, mucho mejor de lo que jamás me hubiera atrevido a soñar.»

Me habían dicho que al día siguiente, el maestro, en algún momento todavía por precisar, quería hablar en persona con las personas aspirantes a discípulo. A la mañana siguiente, después de su conferencia pública también en el «Herbst der Jugend», me enteré de que la reunión tenía que suspenderse. El maestro no tenía tiempo. Me quedé muy decepcionada y volví a casa en el siguiente tren.

Durante el trayecto estuve un rato sola en el compartimento. Estuve pensando en el maestro Kirpal: «No está bien que primero acepte mantener una entrevista personal y luego la cancele. No parece que se interese demasiado por los nuevos discípulos.» Cosas de este estilo pasaban por mi cabeza.

Asombrada me di cuenta de que Sant Kirpal Singh intervenía en este pensamiento. Sin hacer la más mínima crítica a mis juicios de valor, lo único que le pesaba era no haber podido hablar con nosotros. Sentí su simpatía, por no decir amor, hacia todos los nuevos que todavía no había visto. Su pesar era muy profundo, mucho más que mi decepción. También capté su enorme sentido de la responsabilidad para con nosotros y de nuevo me sorprendió y extrañó al mismo tiempo lo nuevo en el terreno humano que se acercaba hacia mí a través de ese extraordinario San Kirpal.

Ahora sabía que no era él quien había impedido la reunión, sino las circunstancias. ¡Qué hombre más increíble! No me había hecho ninguna reprimenda por mis críticas injustificadas, más bien había actuado como un buen padre que solo se preocupa por sus hijos. ¡Y eso en el momento oportuno! No solo parece saber siempre lo que

escribo, sino que también parece saber siempre lo que pienso, al menos cuando él quiere.

* * *

Cuando el propio maestro me inició en un piso de Núremberg el 7 de julio de 1963, sentí que él podía ver más allá dentro de mí, como si yo fuese un libro abierto.

Por aquel entonces, sufría desde hacía tiempo de una gastritis crónica. Como suele pasar cuando estás en otra ciudad y te quedas a dormir en casa de amigos que no son vegetarianos... Aunque no comí contradiciendo las directrices de alimentación establecidas para los discípulos, tampoco tomé lo que más le convenía a mi estómago hipersensible. Resumiendo, el día de la iniciación, a primera hora de la tarde, no me encontraba bien. La cosa empeoró durante la meditación en la luz. No podía concentrarme. Desde fuera no se me notaba nada, no quería causar ningún revuelo. Estaba sentada aparentemente tranquila con los ojos cerrados en mi silla. De repente abrí los ojos, no sé por qué. ¿Me habría impulsado el maestro a hacerlo? En ese momento vi cómo me miraba y cómo hacía una señal a la discípula que se encargaba del transcurso de los acontecimientos de aquella tarde para que me ayudara. Ninguna de las doce personas que formaban el grupo se había dado cuenta de nada, solo el maestro.

La discípula vino enseguida y le susurré que no me sentía nada bien. Me condujo a una habitación contigua en la que estaba completamente sola y tal y como me indicaron, empecé el ejercicio auditivo. De repente, todos los malestares físicos desaparecieron. Pude concentrarme completamente y estaba muy sorprendida de oír aquellos sonidos solamente en mi interior, nunca había oído algo semejante en el exterior.

Debido a mi estado de salud, la meditación en la luz no había dado resultados. Pero precisamente por eso, el maestro me había prestado especial atención y en lugar de echarme por mostrar un principio de ataque de flaqueza, me había regalado una buena meditación auditiva con mayor conexión a la fuerza del maestro.

Curada de mi enfermedad

Algunas semanas después de la iniciación tuve la oportunidad de experimentar que el poder y la ayuda protectora del maestro iban más allá de lo que hasta ahora había vivido; él influía de manera favorable en los caminos del destino externos de un discípulo.

En marzo de 1963, a pesar de tener una salud débil debido a una larga enfermedad, reuní el valor para solicitar un puesto de trabajo. Debido a mi relación con la posguerra y condicionada por mi situación privada, había desempeñado durante años un trabajo que no me correspondía. Lo había hecho para asegurarme la existencia, cumpliendo así seguramente mi obligación, pero sin disfrutar del trabajo, ya que este no se correspondía para nada con mis intereses ni con mis aptitudes. La enfermedad me había obligado a cesar mi actividad y ahora, tras una larga pausa, quería de nuevo intentarlo con mi auténtica profesión, en la que pudiera escribir. Eso era lo que quería.

Me inicié en junio de 1963 en Núremberg. A mi solicitud de marzo no había recibido ninguna respuesta. Había renunciado a la esperanza y colmada de preocupaciones por el futuro, buscaba otras posibilidades que me aseguraran de nuevo una existencia profesional.

Sin embargo, cuando un maestro completo cuida de un discípulo, hay algo que cambia en el programa de su destino que había sido trazado. A principios de agosto, había una carta encima de mi escritorio, en la que se me solicitaba que me presentara a la directora de la editorial a la que yo había escrito. Conseguí el trabajo bien remunerado y lo desempeñé con mucho gusto hasta alcanzar la edad de jubilación.

Cuando me contrataron, mi salud no tardó en causarme grandes dificultades en mi nuevo puesto de trabajo. Al despertarme por la mañana, me sentía tan débil que tenía que juntar todas mis fuerzas para poder levantarme y prepararme para ir a trabajar. Una vez acabada la jornada laboral, me recostaba afuera, en la pared del edificio, y pensaba: «No voy a ser capaz de llegar hasta mi casa.» Así me vencía la debilidad, en cambio yo no me desanimaba. Le había escrito al maestro contándole lo de mi enfermedad y pidiéndole ayuda. Tenía mi confianza puesta en él y no me decepcionó, me ayudó, tomó en sus manos fuertes y llenas de amor todas mis dificultades tanto exteriores como interiores y al final, me devolvió la salud completamente. Pero no quiero anticipar ahora más de la cuenta.

A menudo, durante esos ataques de debilidad tenía por consuelo un sueño misterioso. Era un regalo que recibí cuando una vez, unos días antes, me había preguntado muy preocupada, si podría llevar a cabo las nuevas tareas profesionales que me habían encomendado teniendo tan mala salud. En el sueño veía a una mujer vestida de negro con un semblante pálido y serio que cada vez se me acercaba más. Recuerdo que esta aparición me asustó, porque sentía que a través de ella se introducía en mí un gran peligro. La mujer no hablaba, pero sin embargo yo oía una voz lejana, apagada que hablaba de que iba a pasar largas estancias en el hospital y hablaba de cargas mentales. Cuando la mujer de negro casi estaba pegada a mí, de repente se detuvo. Una sonrisa se deslizaba sobre su rostro. La voz apagada de repente estaba muy cerca y oí claramente cómo decía: «Pero está bajo la protección del hijo de Dios».

Nunca antes había oído o leído el concepto de «hijo de Dios» relacionado con el maestro Kirpal. Sin embargo supe enseguida que con ese nombre solo podían referirse a él. Eso fue un consuelo sin par.

Al mediodía comí en un restaurante vegetariano. De momento no tenía otra opción, porque desde que me había mudado por motivos de trabajo todavía no había encontrado piso. Estaba viviendo temporalmente en una habitación amueblada sin posibilidad de poder cocinar realmente. Por la mañana y por la noche solo podía prepararme un té.

En el restaurante en seguida me di cuenta de que algunos de los platos llevaban huevo. En el vegetarianismo prescrito por Sant Kirpal para los discípulos el huevo se clasifica como carne y se evita. De hecho, existen estudios recientes que secundan su opinión: los huevos tienen la misma composición química que la carne, son la fase previa a un cuerpo animal. Un día, simplificaron tanto el menú del sábado, que a cada cliente solo se le ofreció un cuenco de sopa de guisantes con rodajas de salchicha dentro. Con cuidado, saqué los trocitos de salchicha con la cuchara y los deposité en un plato junto a mis cubiertos y me comí la sopa. Por supuesto podría

haberme ido sin probarla, pero era nueva como discípula y en mi interior todavía no había entendido del todo lo que significa mantener una alimentación vegetariana. Mi acción de pescar los trocitos de salchicha no pasó inadvertida y un sábado al mediodía, la propietaria del restaurante se sentó junto a mí y sonriéndome amablemente, con una evidente preocupación maternal, empezó a hablar conmigo sobre la comida. Con sumo cuidado, intentó aclararme que las personas necesitan sin falta algo de carne en su alimentación para conservar la salud. Me aconsejó que no me tomase el vegetarianismo al pie de la letra y que no volviera a apartar de la sopa los trocitos de salchicha, que eso no era nada bueno para mí.

Sabía que esa teoría tan extendida de que para estar sano hay que comer carne regularmente era falsa. En recientes estudios científicos se ha comprobado que no es verdad. Las proteínas que contiene la carne se pueden sustituir de manera suficiente por proteínas vegetales y leche. La leche es el único alimento proteínico proveniente de los animales que está aceptado en el vegetarianismo. No obstante, no quise contradecir el consejo de aquella señora mayor. No me habría creído. Sabía que estaba achacosa y que no podría corregir sus ideas con mis objeciones. Cuánto más hablaba ella, más incómoda me sentía yo: «Lo dice con buena intención, pero va en contra de las normas del maestro», pensaba yo y de pronto pensé: «Este no es mi sitio. La única salida es que vuelva a cocinar yo misma.» Hoy todavía recuerdo el pequeño sentimiento de felicidad que creció en mí con esa decisión, como si fuera una respuesta del maestro a semejante determinación de la propia superación y de la confianza en él, porque ambas cosas formaban parte en gran medida de esa decisión.

Hacía algunas semanas que tenía un piso, pero con mi mala salud necesitaba urgentemente la hora del mediodía para descansar. ¿De dónde iba a sacar el tiempo para encima cocinar? Sin embargo, las indicaciones del maestro eran para mí aún más importantes. A partir de ese momento, quería cumplirlas a rajatabla bajo cualquier circunstancia. Empecé simplificando mi alimentación a lo estrictamente necesario para ser saludable y con sorpresa comprobé que podía descansar después de comer. El camino hasta mi casa era más corto que el camino hasta el restaurante. La espera hasta que me sirvieran el plato desaparecía, así como la conversación obligada con otros clientes del restaurante que se sentaban en tu mesa y que poco a poco, a base de encontrarnos cada día se habían convertido en conocidos.

Tres semanas después, pude experimentar el triunfo que se basa en cumplir exactamente las indicaciones del maestro. Era como si ahora hubiera apartado del camino los impedimentos a favor de su amplia y saludable ayuda, una ayuda que llevaba esperando desde hacía tiempo, pero que debido a leyes no escritas no podía concederse en todo su alcance cuando el discípulo contamina su cuerpo con una alimentación incorrecta. Esa ayuda me llegó un domingo por la tarde:

Como suelo hacer los domingos, me encontraba sentada delante de mi escritorio, en mi despacho. Sonó el teléfono. Una mujer que conocía me llamaba para invitarme aquella tarde a tomar el té. Después de dudarle un momento, acepté. La invitación venía de una dietista que conocía solo muy por encima de haber hablado un par de veces con ella. Lo que la había llevado a invitarme aún no lo sé. Una idea espontánea con la ayuda del maestro.

Me sirvió una selección de canapés sin carne, casi la mitad mezclados con huevo o alcohol. Disfruté tomando los de la otra mitad con tostadas y un poco de mantequilla. Me observaba con mucha atención y creciente asombro. Por supuesto tuve que

disculparme por mi comportamiento descortés. Repetí varias veces que entre otras cosas, sufría de una gastroenteritis crónica y que, desde hacía poco tiempo, tenía además dos úlceras de estómago con las que tenía que luchar, por eso debía tener mucho cuidado con la comida.

Se levantó en silencio, se dirigió a la librería y sacó cuatro o cinco hojas grapadas y escritas a máquina. Me las dio y dijo: «Esto se lo regalo. Es una dieta para el estómago que he hecho yo misma. Si de ahora en adelante come como aquí se indica, le garantizo que dentro de ocho semanas estará curada.» Sabía que sus pacientes pagaban mucho dinero por esa dieta y que ese importe tan elevado estaba justificado porque se trataba de un trabajo de investigación fundado de muchos años de duración, llevado a cabo con el objetivo de curar.

Cuando llegué a casa me di cuenta de que tenía en mis manos algo que llevaba mucho tiempo buscando: indicaciones para llevar una alimentación verdaderamente sana. Tenían que actuar como una pomada para las heridas de mis paredes estomacales y mis dos pequeñas úlceras en la boca del estómago. Los médicos siempre me habían recetado medicamentos y me habían dicho lo que no debía comer, todo cosas que de todos modos ya evitaba. Pero ahora la alimentación misma se convertía en medicina.

Quería empezar al día siguiente, el lunes. A las nueve tenía que estar en la oficina, antes podía ir a comprar. Lo que necesitaba, lo conseguí en las tiendas del barrio, lo único que no encontré fue el zumo de uva sin azúcar. La tienda especializada que tenía ese tipo de zumos no abría los lunes. Lo sabía, pero aún así fui hasta allí, porque tenía el presentimiento de que de nuevo podría pasar algo distinto a lo que se esperaba. ¡Así fue! Aquel lunes se abrió la puerta de la tienda. Unos dependientes encantadores me vendieron lo que necesitaba y además oí que había clientes que habían obtenido estupendos resultados con el tratamiento que yo pensaba hacer. ¡Un nuevo estímulo! También me enteré de que desde hacía poco, la tienda también abría los lunes.

A mediodía empecé con mi tratamiento. Seguro que también hubiera podido empezar sin ningún problema un día después, no era tan importante el haber encontrado la tienda especializada abierta de repente en lunes, pero me pareció una especie de saludo del maestro, como una señal de su paterna preocupación poderosa también por las cosas más pequeñas de ese programa tan bien preparado destinado a que yo sanara. «Programa», eso era. Después tuve la oportunidad de ver también en el maestro Darshan que tan pronto como el maestro quiere conseguir algo, los acontecimientos sobre la tierra acontecen exactamente según un programa existente invisible.

Este era un programa basado en **cuatro** puntos: primero una conversación con la propietaria del restaurante que debía mostrarme claramente lo poco que yo seguía allí las indicaciones alimentarias del maestro y me empujó a tomar una decisión, en segundo lugar la súbita e injustificada invitación de la dietista junto con el regalo de la medicina correcta de manera gratuita para esta discípula de comprensión lenta y por último, la puerta de la tienda abierta a tiempo para que esta niña cesara de inmediato con la alimentación que impedía los avances de la introspección. Precisamente, este **cuarto** punto que no era tan importante me hacía ver claramente que hasta el más mínimo detalle de este programa previsto ocurría de manera exacta.

Kommentar [AZZ5]: dice „cuatro“ pero solo enumera tres puntos.

Lo mucho que me ayudó ese programa quedó claro en el futuro. Mi enfermedad no desapareció a las ocho semanas como me había asegurado la dietista, pero cuatro meses después empecé a notar signos claros de un proceso de cura. Un picor continuo allí donde el estómago desemboca en el duodeno, anunciaba que las úlceras se habían transformado en heridas que se estaban curando. El dolor de siempre en ese lugar había cesado y las paredes estomacales que estaban muy dañadas, y que hasta ahora eran tan sensibles como una herida gigantesca, aceptaban mucho mejor la comida. El corazón débil se tranquilizó y el sistema circulatorio que estaba colapsado se consolidó.

Continué con este modo de alimentación y conforme pasó el tiempo, observé una mejoría progresiva. Sin embargo, la curación definitiva me fue concedida cuando pasé algunas semanas en Sawan ashram en Nueva Delhi y en la casa de campo de Sant Kirpal en Rajpur, estando en presencia del maestro. Pero sobre eso hablaré más adelante.

El carnet de conducir

Poco después, volví a sentir la cariñosa influencia del padre. Ya durante los primeros días, me preguntaron en el trabajo si sabía conducir. Yo respondí: «No». «Vaya, pues sería muy recomendable, porque sin poder usar el coche, a la larga, no va a poder arreglárselas aquí.»

Fue una señal. En cuanto comencé a sentirme mejor gracias a la ayuda del maestro y a desenvolverme suficientemente bien en el trabajo como para poder cumplir con mis tareas de forma rápida, empecé a tomar clases de conducir por las mañanas, antes de ir a trabajar. Tuve que escoger ese horario porque todos los demás que no coincidían con mi trabajo ya estaban ocupados. Los días que tenía clase, me levantaba dos horas antes de lo habitual. Algo sencillo para una persona sana. Pero a mí, me afectaba tanto que, en cuanto me sentaba tras el volante a escuchar las explicaciones del instructor, me entraba un cansancio paralizante. Solo comprendía de forma inconexa lo que decía el instructor. Una vez que podía moverme de nuevo, cuando comenzaba a conducir, era cuando me despertaba; pero, claro, había cosas que no hacía según las indicaciones, porque solo había entendido la mitad de la explicación. Malgastaba así un tiempo valioso. El instructor debía pensar que era lenta de comprensión, es decir, tonta. Pero no podía contarle lo que sucedía. Porque él tenía demasiadas conexiones con personas de mi lugar de trabajo, y yo sabía que el se supiera lo de mi debilitado estado de salud únicamente me perjudicaría.

La situación no mejoró hasta que el instructor comenzó a tener otro compromiso ineludible por las mañanas y yo, con permiso de mi superior, pude tomar clase de conducir en horas de trabajo. Aún así, tenía que hacer un gran esfuerzo. Nunca me habían interesado mucho los temas técnicos. En otros campos, me resultaba fácil aprender, en este no. Además, los jóvenes de esta época motorizada habían aprendido todo lo relativo a la conducción y lo habían probado en su tiempo libre o incluso en el colegio, yo, sin embargo tenía que adquirirlo a mi edad adulta. En pocas palabras, cuando me admitieron al examen de conducir, tenía la sensación de que aún no estaba lo suficientemente preparada y que iba a suspender. Así, el día anterior al examen, un domingo, deambulé triste por los sitios que, seguramente, tendría que recorrer al volante la mañana siguiente. Me imaginé la situación: el instructor sentado junto a mí y, en el asiento trasero, el examinador observando con ojo avizor cada uno de mis movimientos en falso y anotándolos en la hoja de evaluación. En los puntos complicados me paraba, me fijaba en las señales de

tráfico que tenía que cumplir, avanzaba, giraba, frenaba, paraba, miraba, como en las prácticas, cuando era necesario encendía el intermitente izquierdo o derecho y, cada vez, me desanimaba más. «Ahí, esa maldita cuesta en la que hay que girar a otra calle y, por eso, hay que detenerse en cuesta y volver a arrancar, eso todavía no sé hacerlo bien. Lo de ir marcha atrás entre dos esquinas opuestas me ha salido bien últimamente pero ¿y si me pongo nerviosa? También tengo que aprender a aparcar mejor. Si lo tenemos todo en cuenta, seguro que no apruebo el examen.»

En medio de estas deprimentes reflexiones, se coló un pensamiento extraño, y una voz silenciosa dijo: «Pero lo necesita.» Cuando recibes un pensamiento externo, trae siempre consigo algo del ente que lo envía. Así que, supe que se trataba del maestro y todos mis miedos desaparecieron de repente. Mi corazón se inundó de alegría. «Conoce mis necesidades y me va a ayudar, mi afectuoso y poderoso padre.» Animada, volví a mi apartamento segura de lo siguiente: «Mañana obtendré mi carnet de conducir.»

Y con esa seguridad fui al día siguiente al examen. Respondí por escrito y sin cometer ningún fallo todas las preguntas teóricas. Entonces comenzó la prueba práctica por la ciudad. Me parecía que estaba yendo bien. Pero al terminar, el examinador me recitó con gran precisión todos los fallos que había cometido y comentó que aún estaba demasiado tensa al volante. El rostro del instructor se fue volviendo cada vez más pensativo y, después, consternado. Me decía claramente: «Suspendida, no has aprobado.»

Pero yo me mantuve tranquila durante la larga diatriba del examinador y pensé una y otra vez: «Puedes decir lo que quieras, pero me vas a tener que dar el carnet de conducir. Me lo ha dicho alguien superior y más poderoso que tú.»

Y así fue. Tras enumerar todos mis fallos de conducción, dijo: «Claro que no voy a privarla de carnet de conducir» y me lo entregó.

Buscando al maestro interior

Enero de 1970: Entré por primera vez en el Sawan ashram, situado en las afueras de la ciudad de Nueva Delhi. Este ashram lo fundó y construyó el maestro Kirpal. Vivió en él. Desde este centro, difundió las enseñanzas del maestro en la India y en todo el mundo. El día de su muerte, Param Sant Kirpal Singh tenía discípulos en 21 países.

Durante cuatro semanas y media, tuve la oportunidad de alojarme allí, tan cerca de su influencia y, después, en su casa de campo de Rajpur. Por escrito, había dado permiso para ello a una serie de discípulos extranjeros y yo me encontraba entre los alemanes. Muchos discípulos de Kirpal que viajan a Nueva Delhi cada año para ver a su maestro, se preguntarán: «¿Fuiste a ver al maestro Kirpal por primera vez siete años después de tu iniciación? Nadie espera tanto tiempo.»

Entonces era diferente. Hasta aquel momento, muy pocos discípulos alemanes habían podido visitar al maestro, y esos pocos habían sido escogidos por él porque les había encomendado o les iba a encomendar importantes tareas en los países de habla alemana. Yo no era una de ellos. Pero en aquel momento se abrieron las puertas del Sawan ashram también para otros discípulos.

El acogedor Sawan ashram está situado junto a un canal a las afueras de Nueva Delhi. Nada más entrar, uno se encuentra en un gran patio, a la sombra de amplios árboles. Los edificios entorno al patio servían entonces sobre todo de oficinas, almacenes para alimentos, talleres o viviendas para el personal fijo del ashram. Entre ellos, en uno de los lados, se encontraba también el pabellón de meditación. En el lado opuesto brillaba la hermosa casa blanca del maestro, de cuyo centro se elevaba un árbol, salía por el tejado y su corona se extendía sobre éste. Contra todas las recomendaciones arquitectónicas, al construir este edificio, el maestro Kirpal no había permitido que talaran el árbol. Así que hubo que construir a su alrededor. En la parte trasera del ashram, estaba a un lado la cocina con sus salas adyacentes, así como un amplio comedor y viviendas. Al otro lado, la casa de invitados, con su hermoso jardín frontal, cerraba el ashram. Allí es donde nos alojamos los discípulos extranjeros durante las semanas que vivimos con el maestro. Debido a las experiencias con el maestro que he descrito en capítulos anteriores, tenía grandes expectativas. Pero de entrada no pasó nada en el ámbito interno. Veía al maestro en el Sawan ashram únicamente desde fuera, como una persona buena y compasiva, como una gran personalidad. Pero no podía ver más allá, dentro, no podía llegar a su grandeza espiritual. Sabía que era culpa mía, pero no sabía cuál era el fallo que estaba cometiendo. A otros les resultaba mucho más fácil, sobre todo a los indios.

Esto pude comprobarlo durante el satsang del domingo, cuando unas mil personas se reunieron en la tienda erigida el día anterior en el patio del ashram para asistir al sermón del maestro. Como el sermón era en hindi, no lo entendía, pero en los rostros a mi alrededor pude percibir la emoción que levantaban las palabras del maestro. En varias ocasiones, escuché un sollozo procedente de la multitud. Solo sé lo que ocurría en el lado de las mujeres porque los asistentes, de acuerdo con la tradición india, estábamos sentados según nuestro sexo, los hombres a un lado y las mujeres al otro, y yo me encontraba entre las mujeres. Los hombres estaban situados demasiado lejos de mí como para poder percibir lo que ocurría entre ellos. Más de una vez vi cómo una de esas mujeres indias sollozantes era acompañada del brazo gentilmente por uno de los indios encargados de supervisar el evento. Sentí una gran pena por ellas, puesto que supuse que les habían entrado náuseas de repente o les habían dado una mala noticia acerca de su familia. Pero me llamaba la atención que estas cosas siempre ocurriesen durante el satsang del domingo. No tardé en darme cuenta de que debía haber otra explicación.

Uno de los domingos, cuando la multitud comenzó a disiparse, le pregunté a uno de los colaboradores indios del maestro por el significado de todo aquello y descubrí lo siguiente, algo que volvería a ver más adelante en encuentros con discípulos y no solo en el caso de las mujeres: aquellas personas habían comprendido la grandeza espiritual del maestro. Habían podido entrever, tal vez incluso más, el hogar divino que los terrenales hemos perdido. Ese tipo de contactos conmocionan a todos hasta lo más profundo. Los sollozos no son una muestra de dolor sentimental como suele ser habitual. Es más bien una muestra de la conmoción por vivir una experiencia que va más allá de lo que está acostumbrada la conciencia.

¿Qué es lo que experimentan esas personas? Más tarde, algunos discípulos indios más experimentados me lo explicaron: algunos ven al maestro, completamente envuelto en una luz brillante, una luz temporalmente tan brillante que su figura quedaba totalmente oculta tras ella. Otros veían la figura brillante de su predecesor, el maestro Sawan Singh, detrás del maestro Kirpal o reflejada a través de él. E incluso hay otros que no tienen esas visiones, pero que, en las palabras divinas del

maestro, encuentran una verdad tan profunda que su conmoción interna tiene que encontrar una manera de manifestarse externamente, y lo hace mediante sollozos.

Yo misma, durante estos santsangs, vi únicamente la figura externa del maestro y escuché el sonido extranjero de sus palabras en hindi. «La espiritualidad se vuelve contagiosa. Se transmite del maestro a los discípulos como una infección,» solía decir el maestro Kirpal. Yo ya había sentido parte de esa transmisión desde mi iniciación, e incluso antes de ella, pero solo cuando el maestro dirigía su atención a mí. Ahora creo saber el porqué de que yo únicamente experimentara al maestro desde fuera: allí, su atención estaba repartida entre muchas personas, seguramente a algunos les dedicaba algo más de atención, pero no a mí. Sin embargo, cuando se concentraba en mí, podía cruzar los límites de la conciencia exterior y adentrarme un poco en la interior. Algunos se quedaban allí. Solo necesitaban ver al maestro y, sin ninguna ayuda, podían alcanzar la percepción interior. Con pesar, admití que mi fallo era que aún me faltaba receptividad espiritual.

* * *

Otra experiencia en el Sawan ashram me dejó aún más clara esta carencia. Estábamos en plena preparación de los festejos que tendrían lugar el 6 de febrero con motivo del 77 cumpleaños del maestro. En el ashram y sus alrededores se habían erigido ya varias tiendas. Una tarde, el maestro recitó un breve sermón en hindi en una de las pequeñas tiendas situadas fuera del ashram. Los invitados occidentales, sobre todo estadounidenses y canadienses aunque también algunos discípulos de otras nacionalidades, entre ellos nosotros, los alemanes, aprovechábamos cada oportunidad para ver al maestro. Fuimos juntos a la pequeña tienda. Todo esto duró apenas media hora.

Tras el sermón del maestro, en el camino de vuelta al ashram, me puse a hablar con una estadounidense. De repente, dijo en inglés: «¡Qué hombre tan increíble! El simple hecho de poder mirarlo, de poder verlo, es algo que casi no alcanzo a comprender.» Las palabras salieron de lo más profundo de su corazón con tal fervor que me dejaron atónita. Al igual que yo, aquella discípula no había entendido nada del contenido del discurso del maestro y, aún así, su experiencia había sido grandiosa. La diferencia entre sus capacidades de percepción internas y las mías era abismal. En aquel momento, no sabía que durante este primer viaje a la India, daría un paso importante hacia el reino de la verdadera espiritualidad, pero diré más al respecto en el siguiente capítulo.

* * *

Se me ha quedado grabado en la memoria algo que sucedió durante la iniciación en el ashram. Ocurrió después de los tres días de eventos festivos para celebrar el 77 cumpleaños del maestro, durante la mañana del cuarto día: habían terminado la música religiosa, los himnos y los numerosos discursos festivos, los miles de discípulos indios se habían marchado, entre ellos algunos que tendrían que caminar durante días para volver a sus hogares. Varios cientos de personas se quedaron en el ashram o regresaron para entrar en el camino interior a través de la iniciación esa mañana. Para ello, el maestro les había concedido de antemano su permiso.

Los discípulos occidentales podían estar presentes durante la iniciación. Me senté en una silla en el patio del ashram, al lado de las numerosas y largas filas de futuros discípulos, justo al lado de las mujeres que iban a ser iniciadas. Como siempre, habían dividido a los hombres y las mujeres. Desde mi posición, algo elevada, podía

ver bien a las mujeres, puesto que, como es costumbre en la India, estaban todas sentadas con las piernas cruzadas en el suelo, que antes había estado cubierto por telas para las celebraciones. Iban envueltas en sus amplios y delicados saris de colores o llevaban un vestidas a la usanza del Punjab, con pantalones abombados y una túnica hasta las rodillas. De acuerdo con una antigua costumbre, llevaban sus cabellos ocultos bajo un pañuelo, en la mayoría de los casos, blanco. El ambiente se cargó de expectación cuando el maestro explicó el significado de la meditación. Durante la meditación, se extendieron una paz y elevación cada vez más profundas. Los discípulos occidentales nos unimos a la meditación.

Cuando alcé la cabeza tras la meditación de luz, vi a unos tres pasos de mí a una joven tendida en el suelo. Sus piernas enfundadas en los pantalones abombados seguían cruzadas, el pañuelo blanco se había deslizado un poco y sus ojos estaban cerrados. Su rostro contenía una expresión de alegría como no había visto nunca antes. Su pecho se movía al ritmo constante de la respiración, pero solo un poco, de forma casi imperceptible. Se podía ver que, en ese estado, sus funciones corporales estaban disminuidas. Dos mujeres la observaban con respeto. Una de ellas movía su mano a intervalos regulares de forma cuidadosa sobre la mujer tendida, como si estuviera espantando moscas. Pero no se veían ni moscas ni ningún otro tipo de insecto. De hecho, no suelen verse a menudo en el norte de la India, sobre todo en una mañana tan fría como aquella. Obviamente, la mujer mayor sentía la necesidad de hacer algo en aquella situación por la joven tendida, la cual era probablemente familiar suya, su hija o su nuera.

Y es que se encontraba en un estado de santidad. La joven había alcanzado el estado interior más elevado, conocido en las enseñanzas del maestro como la *ascensión de la conciencia corporal*. Yació allí en un éxtasis de felicidad durante una hora, dos y más. En la tercera hora, alguien le preguntó al maestro si sería prudente despertarla. Él respondió: «Dejadla, es muy feliz.» Una vez finalizada la iniciación, salió por sí misma de su estado de indescriptible júbilo. Entonces vi sus ojos, que volvían a abrirse para este mundo, y un rostro extraño. Se veía completamente distinto al semblante angelical de momentos antes. Los ojos parecían perturbados y el rostro mostraba una expresión de infelicidad. No podía entenderlo. Yo esperaba que sucediera todo lo contrario.

Cuando más tarde pregunté por qué la mujer parecía tan desdichada al volver a la conciencia diurna, un satsangi indio de edad avanzada que hablaba inglés me respondió (me lo tuvieron que traducir, porque mi inglés aún era bastante básico) que era algo que ocurría a menudo. El contraste entre el estado de felicidad supraterrrenal, en el que uno incluso se encuentra con la brillante figura interior del maestro, y el entorno terrenal resulta demasiado fuerte, y volver a familiarizarse con el día a día, que puede ser una carga, de la vida terrenal es, a menudo, oprimente.

* * *

Podría contar más historias que sucedieron en el ashram del maestro Kirpal. Tras observar estas experiencias, me abruma pensar que pueda haber tanta gente en el mundo occidental que da por imposible la posibilidad de una existencia consciente tras la muerte, puesto que, para ellos, la conciencia solo puede ir ligada a un cuerpo terrenal, ya que creen que el cerebro es imprescindible para la conciencia. Sin embargo, la separación de conciencia y cuerpo de la que yo misma he podido ser testigo demuestra que nuestro cerebro humano no es más que un instrumento de la conciencia y no su causante, un instrumento del que la conciencia puede separarse

completamente, como, de hecho, ocurre con la muerte, y como ocurre de forma temporal con la meditación al apagar todos los pensamientos.

En el ejemplo que acabo de describir, la conciencia de la discípula india se elevó por sobre su cuerpo terrenal. La expresión *elevarse por sobre la conciencia corporal* significa no solo la separación de la conciencia y el cuerpo, sino una elevación por encima de la conciencia diaria o corporal. Este primer objetivo fundamental en la práctica de la meditación del *surat shabd yoga* es elevarse a un plano luminoso en el que la persona puede vislumbrar la figura brillante del maestro. A menudo, esta figura habla al discípulo y responde a sus preguntas. Mientras que el cuerpo terrenal del humano puede resultar engañoso y envolver con belleza terrenal una personalidad no tan bella, la *figura luminosa* del maestro en su forma astral es la expresión real de su ser. Cuanto más desarrollada está la conciencia de una persona, cuanto más noble y altruista es, más bella y luminosa se muestra en su forma astral. Todos los que meditan siguiendo las enseñanzas del *surat shabd yoga*, los cuales han tenido la oportunidad de ver la forma astral del maestro, coinciden en que esta figura, sobre todo el rostro, posee una belleza fascinante sin igual. Las enseñanzas que el maestro transmite a sus discípulos corresponden a la conciencia elevada del discípulo en ese estado y en su profunda sabiduría y amor pueden comprenderse de forma muy distinta a como se comprenden con la conciencia corporal habitual. Cuando se ha alcanzado una elevación así una vez, se repite normalmente cada vez más a menudo. Así, se pueden experimentar de forma más intensa la protección y la dirección del maestro; la conciencia se eleva cada vez más; la individualidad se expande paulatinamente más allá de los límites personales de la relación con el yo hasta llegar a compartir las experiencias y la compasión de las demás personas y criaturas, cada vez más como si uno mismo fuera parte de los demás. A diferencia de lo que se suele creer en el mundo occidental, someterse a la autoridad de un verdadero maestro no significa renunciar ni reducir el desarrollo de la propia libertad, sino todo lo contrario, significa alcanzar un desarrollo y una ampliación más rápidos de la individualidad, puesto que una conciencia elevada, que sobrepasa todo tipo de interés personal, se une de forma permanente al discípulo y porque éste trabaja a su vez por lograr un mayor desarrollo, se esfuerza en todo momento por alcanzarlo y por pensar, hablar y actuar en consonancia con las características humanas más nobles. Uno de los secretos que se descubren mediante la práctica del *surat shabd yoga* es que ese estado se alcanza antes si uno no se centra en el propio desarrollo, sino que dirige su atención a Dios y trabaja de forma altruista al servicio de los demás.

Cuando un discípulo es capaz de elevarse por sobre su cuerpo, es decir, cuando logra hacerlo a su voluntad por medio de la meditación, comienza el viaje interior hacia planos más elevados bajo la protección y la guía del maestro y, con ello, comienza paulatinamente la auténtica experiencia divina. Esto no puede suceder cuando la conciencia permanece en el cuerpo terrenal, porque ese cuerpo está compuesto con materiales demasiado densos y bastos para ello. Por este motivo, la separación de la conciencia y el cuerpo es una condición imprescindible para realizar el viaje interior al objetivo más elevado; asimismo, la elevación por sobre la conciencia corporal es condición fundamental para que ese viaje se lleve a cabo con éxito y sin riesgos bajo una poderosa protección. Solo cuando el discípulo esté preparado para un viaje así, es decir, cuando haya dominado la concentración meditativa necesaria y haya alcanzado el grado necesario de refinamiento y perfeccionamiento de su ser, será capaz de elevarse a voluntad por sobre la conciencia corporal y abrir el camino hacia el viaje interior. También estas condiciones son necesarias para contar una gran protección y una garantía de éxito. Y resultan más fáciles de alcanzar cuanto mayor es el anhelo por Dios y cuando el amor por Dios y el maestro se vuelven la base para querer llegar a esos objetivos.

La experiencia aquí descrita fue claramente una primera elevación por sobre la conciencia corporal, provocada por el ambiente cargado de fuerza de la iniciación, algo que suele ocurrir en las iniciaciones que se llevan a cabo en presencia del maestro. Quienes se elevan por sobre la conciencia corporal, incluso quienes lo hacen por primera vez, pueden recordar perfectamente la experiencia al volver al mundo terrenal.

Se acuerda de ello como si fuera algo que ha vivido de verdad, no menos real que sus experiencias en la Tierra. La elevación por sobre la conciencia corporal se conoce, y con razón, como «morir en vida». En efecto, en esta situación, la conciencia se separa del cuerpo del mismo modo que al fallecer. La diferencia más importante radica en que, con la muerte, la separación es definitiva, mientras que con cuerpos aún vivos la conciencia siempre se abre paso de nuevo al cuerpo terrenal y tras más o menos tiempo se vuelve a vincular a él. Ocurre de forma tan natural como las funciones motoras del cuerpo, las cuales se realizan por sí mismas sin que nosotros seamos conscientes. Este hecho demuestra que la constitución humana está pensada para la separación de la conciencia del cuerpo. Este conocimiento se ha perdido en gran parte en nuestros tiempos, más en el mundo occidental que en el oriental. No aprovechamos los mecanismos provistos para ello porque no los conocemos. En los tiempos antes de Cristo, el concepto de «morir en vida» era mucho más conocido, por ejemplo, en las escuelas de misterios. Y solo recientemente se han empezado a redescubrir estos antiguos conocimientos. Al estudiar la muerte clínica, se redescubrió, entre otras cosas, la existencia del llamado *cordón plateado*, ese delicado vínculo entre los cuerpos terrenal y astral por el que la conciencia, al morir y al elevarse, es dirigida del cuerpo vivo al cuerpo astral. Es a través de este vínculo como la conciencia vuelve a unirse al cuerpo terrenal al despertar después de elevarse por sobre la conciencia corporal en vida. Al fallecer, sin embargo, el cordón plateado se desgarrará. Ese puente de unión, el delicado cordel entre el cuerpo astral y terrenal, se rompe y a la conciencia le resulta imposible volver al cuerpo terrenal.

Mientras que en el mundo occidental se llenan libros con debates y explicaciones sobre si es posible una vida consciente sin cuerpo terrenal y, por lo tanto, la vida después de la muerte, tras un vuelo de tan solo ocho horas de Fráncfort a Nueva Delhi, en el Kirpal ashram se pueden obtener pruebas de que la conciencia existe fuera del cuerpo terrenal y de que puede incluso elevarse a un estado más feliz que en la Tierra.

Estas pruebas ayudarían a las personas occidentales a librarse de sus supersticiones, las cuales ya han causado demasiadas cargas, temores y miedos innecesarios. Asimismo, desaparecerían los cada vez más comunes suicidios que se cometen por la pretensión equivocada de escapar a la nada en casos de problemas extremos. Nadie puede escapar a la nada. La separación violenta y voluntaria antes de tiempo de la conciencia y el cuerpo es muy dolorosa, aunque no se vea desde fuera, y conduce, tras la muerte, a un estado de mayor desorientación del que se quería escapar.

El conocimiento probado sobre una vida después de la muerte serviría también para erradicar la limitada visión del aquí y ahora que se tiene hoy en día sobre la existencia humana y cambiar así esa actitud ante la vida que opina que la felicidad únicamente puede encontrarse en la vida terrenal mediante un creciente egoísmo, materialismo y hedonismo. Tras el dicho «se recoge lo que se siembra», se esconde, sin embargo un hecho real. Quien siembra granos de pimienta en esta vida, es decir, quien se carga de malos actos y pensamientos, solo podrá recoger pimienta tras la

muerte, y no rosas, y viceversa. Lo que hacemos, decimos y pensamos aquí nos acompañará, de hecho está ya marcado en nuestro cuerpo causal tal y como predicán, y ven, los grandes maestros. Tras la muerte, nadie puede volver a empezar. Las bases de nuestra vida en el más allá se establecen aquí. Quienes saben esto, organizarán su vida terrenal de acuerdo con unos cuidadosos principios éticos y religiosos.

Con el maestro Kirpal en su casa de campo

Fue en la casa de campo del maestro Kirpal en Rajpur donde establecí, por primera vez, una conexión con el maestro interior, el que se escondía tras su forma externa, y fue una experiencia de una profundidad inesperada. Pero según la cronología, debería hablar de ello al contar mis experiencias en la casa de campo del maestro, es decir, en el capítulo 18.

Tras tres días de celebración del cumpleaños Sant Kirpal Singh, nos comunicaron lo siguiente en el Sawan ashram: «El maestro ya no está aquí. Se ha retirado a su casa de campo en Rajpur. Todos los discípulos occidentales pueden acompañarle.» Rajpur, un pueblo de menor tamaño, está situado a más de mil metros de altitud en la cordillera del Himalaya. La casa de campo se encuentra a las afueras del pueblo, junto a la Rajpur Road, una amplia carretera limitada por hermosos árboles que lleva a la Dehra Dun, ciudad del norte de la India situada a unos 30 kilómetros de distancia. Por aquel entonces (1970/71), esa carretera se empleaba poco. Además, aquella casa de campo de aspecto noble estaba separada de la carretera por un amplio patio de entrada, de forma que proporcionaba la calma y el ambiente cargado de fuerza maestra necesarios para la meditación.

En la bibliografía publicada siete años tras su muerte *Portrait of Perfection* (Retrato de la perfección), Sant Kirpal Singh dice lo siguiente acerca de su estancia en la casa de campo: «This place was all calm and quiet some time ago. Even now, when you go to the back, it is more calm and quiet – all wilderness. You hear the Sound Principle when you sit calmly in secluded places, where the poisons of the town have not reached. When I am here in Rajpur, usually in the morning you will find me in the garden. I come sometimes for a day or two, then go back to Delhi.»

En estas pocas frases, se puede leer entre líneas lo que el maestro buscaba en la casa de campo: una estancia tranquila en el espacio interior en el marco de la paz de la naturaleza, lejos de Dehra Dun y, sobre todo, lejos de Nueva Delhi, donde se encontraba siempre con la polución de los hechos y pensamientos de los millones de personas que allí viven y, por lo tanto, le esperaban un gran número de personas y tareas. Allí tenía que dirigir su atención constantemente al mundo exterior, mientras que en la soledad de aquí podía olvidarse del mundo exterior durante horas, incluso de día, podía beber de la fuente de poder más alta sin interrupciones para después poder dar aún más de esta fuerza divina. Seguro que en Rajpur maduraron importantes ideas sobre el servicio que prestaba a la humanidad.

Aunque para los amantes de la naturaleza, lo más hermoso de esta casa de campo era el jardín detrás de la casa repleto de árboles frutales, junto a una pradera y un arroyo que, en aquella época, estaba seco. Justo detrás se elevaban las boscosas laderas de la cordillera del Himalaya, a las que solo se podía ascender por pistas de tierra. En el jardín, la primavera bullía ya en febrero. Por el centro se extiende una acequia en forma de terraza. A ambos lados de ella, comenzaban a aflorar jóvenes

árboles y arbustos. Aves de plumajes coloridos y brillantes volaban de árbol en árbol. Al amanecer y al anochecer, el aire se llenaba de gorjeos, trinos, arrullos y gorgoritos, una sucesión de sonidos melódicos como nunca había oído antes.

En el silencio de la noche, sin embargo, se oían a menudo los aullidos y sonidos de animales atormentados por el miedo a la muerte que llegaban desde las profundidades salvajes de los montes. Oyendo esas luchas a vida o muerte por los escasos alimentos para garantizar la existencia terrenal, uno podría horrorizarse ante las duras leyes de la Tierra si no supiera de la existencia del ilimitado amor divino que se existe tras la engañosa fachada de este mundo, incluso tras la vida de ensueño de las criaturas no desiertas, un amor que no cambia y que se sentía tan cerca en aquella casa.

El centro de la casa estaba ocupado por la amplia y muy alta sala de meditación, la cual, en su origen, había sido diseñada probablemente como vivienda para una familia numerosa. Junto a ella se encontraban los pequeños dormitorios, entre ellos, el mío. Tenía, a un lado, una puerta que llevaba al patio frontal situado junto a la carretera y, al otro lado, otra puerta que daba directamente a la sala de meditación. ¡Cuántas veces he pasado por esta puerta interior! Y en cuanto entraba en la sala de meditación escuchaba el principio del sonido. En las frases recién citadas, el maestro escribe que, en las zonas apartadas del jardín, se puede oír el principio del sonido; por desgracia, durante la única vez que pasé un rato largo a solas en el jardín, no conocí esas zonas. Adentrarme en lo que para mí era el refugio sagrado del maestro me producía una respetuosa timidez. Pero en la sala de meditación, el principio del sonido podía percibirse siempre de forma clara, siempre y cuando no quedase cubierto por ruidos del exterior.

El maestro ocupaba únicamente dos habitaciones de la casa, una sala de estar en la que recibía a las visitas y un dormitorio. El resto se lo dejaba a sus alumnos, era realmente una casa que solo le servía para llevar a cabo la tarea que Dios le había encomendado. Mi habitación se encontraba a apenas diez metros de distancia de las del maestro. Se podía percibir claramente el ambiente cargado por la cercanía del campo de emisión del maestro.

Meditábamos muchas horas durante el día, y también por la noche, siempre y cuando no nos pudiera más el sueño. En un entorno tan apropiado, progresábamos fácilmente en ver y oír de forma interior. Los discípulos no hablan de lo que experimentan cuando meditan, porque hablar de ello dificulta los avances internos. Pero sí puedo decir lo siguiente: Durante las tres semanas que pasé en Rajpur, avancé más en la meditación que en los siete años desde la iniciación sin contar con la presencia directa del maestro.

* * *

Por la mañana o por la noche (a veces incluso por la mañana y por la noche), los discípulos occidentales nos reuníamos en la sala de meditación, aquella gran sala interior, para una sesión de preguntas y respuestas con el maestro. Tras aquellas sesiones, los alemanes solíamos reunirnos en un patio situado a un lado de la casa para que los pocos de nosotros que entendían suficiente inglés nos contasen en alemán lo más importante de la lección del maestro.

En el libro *Heart to Heart-Talks- Volume Two* (Conversaciones desde el corazón, volumen dos), se publicaron una cantidad importante de respuestas del maestro que nosotros escuchamos de su boca entonces, y también algunas preguntas que

nosotros mismos hicimos. Por medio de las traducciones en el patio y por lo poco que entendía yo de las respuestas del maestro con mi entonces escaso inglés, comprendí pronto que el maestro tomaba las preguntas de los discípulos como puntos de partida para enseñar aquello que consideraba importante. De esta forma, llegaron hasta el fondo de nuestros corazones los principios fundamentales de la Ciencia de la Espiritualidad e indicaciones prácticas igualmente importantes para la vida de los discípulos.

En ocasiones, los indios también participaban en aquellas conversaciones. Una vez, una mujer india le agradeció al maestro de corazón por su ayuda con la grave enfermedad de un familiar. El maestro respondió: «Yo no sé nada del tema.» Todos rieron. El maestro respondió con una sutil sonrisa: «De verdad que yo no sé nada», y tras una breve pausa añadió: «Ha sido obra de Dios.»

Así era él. Siempre se negaba a que le atribuyeran de forma personal hasta el más mínimo logro. Cuando le daban las gracias por una gran ayuda, siempre respondía que quien había ayudado realmente había sido el maestro Sawan Singh o incluso Dios, y decía la verdad. Él, como persona, realmente no era quien ofrecía la ayuda, sino la conciencia divina en él, que lo utilizaba como instrumento. La referencia al maestro Sawan Singh tenía un profundo significado, porque desde que falleció, el maestro Kirpal había seguido trabajando siempre en estrecha colaboración con su predecesor. Es de sobra conocida la respuesta del maestro Kirpal cuando, en su lecho de muerte, le preguntaron si el maestro Sawan Singh se encontraba con él: «¿Acaso ha habido algún momento en el que él no estuviera aquí?» La conciencia divina es la misma en todos los maestros verdaderos, una unidad. Así que, en realidad, no cabe preguntar cuál de los dos maestros es el que ha ayudado. Solo el instrumento o la individualidad difieren, la fuente de donde procede la ayuda es la misma. Cuando el maestro Kirpal hace referencia al maestro Sawan Singh, es uno de los muchos ejemplos de su humildad y del gran amor que profesa a su predecesor, el cual es uno con el maestro Kirpal en su más elevada conciencia, pero ha mantenido su individualidad aparte.

Una gran ayuda para toda la humanidad

Hacia las diez de la mañana, el chófer solía llevar al maestro al Manav Kendra junto a Dehra Dun, a unos 10 km de distancia, acompañado siempre de su ya fallecida ama de llaves, Madame Hardevi. Ella se ocupaba de su bienestar físico, algo de lo que Sant Kirpal se olvidaba seguro a menudo enfrascado en sus grandes tareas. Manav Kendra significa *centro de la humanidad*. En una zona solitaria, a unos 20 km de Dehra Dun, el maestro había adquirido un terreno de unos 15.000 km² en el que, como primer gran centro situado en un entorno adecuado, quería hacer realidad su afán de desarrollar a personas verdaderamente espirituales en el Este y el Oeste. Asimismo, puesto que siempre estaba lleno de amor por los necesitados, quería construir allí instalaciones de ayuda para los más desfavorecidos. En Manav Kendra iban a convertirse en realidad los siguientes principios: desarrollo de características humanas verdaderas, servicios para las personas, servicios para los animales y servicios para la tierra. El desarrollo de características humanas verdaderas significa lo siguiente: formación de personas espiritualmente despiertas con elevadas bases éticas. Los servicios a los animales incluyen una cría y cuidado saludables dignos de los animales. En Manav Kendra, los animales deberían tener la oportunidad de llegar a viejos. No estaba permitido matarlos. Los servicios a la tierra significan lo siguiente: agricultura siguiendo los métodos más nuevos, pero solo los que son saludables para las personas, los animales y la tierra. En una ocasión, el maestro

Kirpal resumió sus enseñanzas en esta breve frase: «Be good, do good, be one.» (Sed buenos, haced el bien, sed uno). Lo último significa ver más allá de diferencias de raza, posición social, formación y posesiones y considerar a los demás como hermanos y hermanas.

Pero el objetivo de este libro no es describir en detalle las ideas del Manav Kendra, puesto que se trata de contar experiencias personales con el maestro. Sobre la construcción del Manav Kendra y sus principios, se ha escrito ya suficiente en otros sitios. En este caso, baste decir lo siguiente: El plan preveía construir en aquel solar un centro de meditación; una biblioteca que contuviera las escrituras sagradas y otros libros espirituales importantes de todas las religiones, para que todos los interesados pudieran emplearlos para el estudio; un centro de salud que ofreciera métodos curativos indios tradicionales y naturales y en el que se atendiera de forma gratuita; una residencia de ancianos en la que las personas mayores tendrían la oportunidad de permanecer activas; una escuela para niños de padres pobres de la región, y una agricultura moderna.

Este plan en el Manav Kendra cercano a Dehra Dun estaba ya muy avanzado cuando, en agosto de 1974, el maestro Kirpal dejó inesperadamente su cuerpo terrenal. Esto provocó que se detuvieran las obras del centro. Pero Sant Kirpal había mostrado el camino de cómo se podía en la India establecer las mejores bases para el desarrollo del individuo, una mayor unidad de todas las personas y los servicios sociales para los necesitados.

«Los pensamientos son muy poderosos» es una de las citas más comunes de Sant Kirpal. Y cuánto más poderosos son los pensamientos de un maestro como él que los de un mortal común. Su muerte detuvo la realización de la idea del Manav Kendra, pero la hizo desaparecer; algún día se hará realidad. *

El maestro supervisaba la construcción del recinto. En su presencia todos trabajan llenos de júbilo. A menudo, se oían himnos. El trabajo se convertía en un servicio religioso. Los especialistas seguían diligentemente las órdenes del maestro, notaban y habían experimentado en varias ocasiones que allí las cosas las supervisaba una conciencia de un plano muy superior, y lo hacía de forma diferente y mejor de lo que sus conocimientos especializados les permitían.

Aquel terreno era especialmente seco y, al principio, a pesar de realizar diversas perforaciones, no se encontró suficiente agua para construir una fuente. Y sin suficiente agua no se podía llevar a cabo el plan de construcción. En ese punto, intervino el maestro. Gracias a sus consejos y su ayuda, se encontró un arroyo subterráneo con el que no solo se podía abastecer el Manav Kendra con agua suficiente, sino también los alrededores, una zona en la que siempre había escasez de agua.

* * *

Una noche, los occidentales meditábamos en la sala de meditación de la casa de campo de Rajpur en espera del maestro. Por la mañana, no había tenido tiempo para nosotros, así que seguro iba a venir a hablar con nosotros por la noche. Esperamos durante una hora, casi dos, pero fue en vano. «El maestro no va a venir hoy» dijo alguien expresando en voz alta lo que todos pensábamos. Uno tras otro, los discípulos se levantaron y fueron a sus habitaciones.

A la mañana siguiente, en pie ante nosotros, el maestro inició la sesión de preguntas y respuestas diciéndonos que la noche anterior había venido, pero que se había encontrado con una sala de meditación vacía. Sus hijos no le habían esperado. Vi que sonreía al decirlo. Pero era una sonrisa dolorida. Alguien me tradujo en susurros sus palabras. Comprendí de repente lo doloroso que debió ser para el maestro descubrir que nuestro amor por él no era suficiente para seguir esperando. En ese momento, entendí por primera vez que el amor del maestro por sus discípulos no solo nos une a él, sino que también une al maestro a nosotros. Habíamos decepcionado a su amor. Seguro que todos habríamos estado dispuestos a esperar hasta bien entrada la noche si hubiésemos estado seguros de que iba a venir.

Seguro que él sabía que lo amábamos, aunque fuera de forma limitada y espiritualmente infantil. Por poner un ejemplo: una expresión de aquel amor se podía ver en que, de entre nuestras filas, se oía de vez en cuando una frase dicha con total convencimiento: «Sant Kirpal Singh es el hombre más hermoso que he visto jamás.» Pero el amor, si es fuerte y verdadero, aguarda pacientemente y mantiene hasta el más mínimo resquicio de esperanza.

Completamente curada

Antes de mi viaje a la India, mi médico de cabecera me dijo lo siguiente: «Tiene que asegurarse de comer de forma regular. Si no, existe el riesgo de que se le inflame la mucosa estomacal y le vuelva a salir una úlcera gástrica.»

El caso es que en el Sawan ashram, la comida se servía un día a las 12, al día siguiente a eso de las 14 y después otra vez a las 12 o las 13h. No conozco el porqué. En una estancia posterior en el Sawan ashram, no noté que pasara. Hasta entonces, nunca antes había habido tantos huéspedes occidentales en el ashram a la vez. Es de suponer que a la cocina no le resultaría fácil adaptarse tan rápido a tanta gente. En el ashram, me acordaba cada día del consejo de mi médico pero, curiosamente, no noté ninguna molestia a pesar de no cumplirlo.

En la casa de campo de Rajpur se me presentó otro problema con la comida. La comida, muy adecuada para los occidentales, nos la traían siempre a la misma hora, de forma puntual.

«Pero de la cena se encarga cada uno», nos dijeron. Para ello, contábamos con una cocina situada en uno de los edificios junto al patio. Fui allí en los primeros días y vi que la cocina estaba oscura. Casi ninguno de los occidentales hacía uso de la cocina por las noches. Al parecer, los demás ya conocían las costumbres de ese lugar, habían preparado comida de antemano y preferían meditar en lugar de perder el tiempo cocinando o preparando comida. A mí me gustó su actitud y decidí hacer lo mismo. Y es que ¿cuándo íbamos a tener otra vez esta oportunidad única de estar tan cerca del maestro con relativamente pocos discípulos (muchos se habían marchado tras la celebración del cumpleaños) y poder meditar en un ambiente tan lleno de energía? Pero yo había traído poca comida preparada.

Por eso, al día siguiente, fui por la tarde al centro de Rajpur a comprar pan, mantequilla y fruta, vi toda una serie de interesantísimas costumbres diarias indias, pero no encontré pan, puesto que los indios comen los chapatis que ellos mismos preparan en lugar de pan. Podía haber comprado mantequilla, ¡pero de qué me habría servido sin pan! Mi búsqueda de fruta también fue en vano. Es posible que no encontrara la tienda o puesto que vendía frutas por **no ser del** lugar. Lo que sí había eran galletas, caramelos y dulces similares, productos que, siguiendo el consejo del médico, había evitado durante años. Mi única posibilidad eran las galletas, para

Kommentar [AZZ6]: El original dice „Freunden“, pero „Fremden“ tiene más sentido.

nada la cena adecuada para mí. Sin embargo, tuve que comer cada noche galletas dulces, nada fáciles de digerir, y cada vez me producían dolores de estómago. En ocasiones, incluso me entraban náuseas. A la mañana siguiente no sentía ningún tipo de dolor ni náuseas. Y así fue todos los días: dolores nocturnos que desaparecían por la mañana. Solo en los últimos días de mi estancia en la casa de campo me pareció que, de repente, podía tolerar todo tipo de comida.

Cuando regresé a Alemania tras casi cinco semanas en la India, al llegar a casa y dar un primer bocado, mi estómago reaccionó encantado, una sensación que no había tenido en más de diez años. El tiempo me confirmó lo que comprendí, sorprendida, en aquel momento: el estómago volvía a estar sano, totalmente recuperado incluso tras cinco semanas comiendo de forma inadecuada, lo cual, según los médicos, debía haber provocado que volviera mi enfermedad. Sabía cuál había sido la medicina que me había ayudado. Fue la fuerza del maestro, cuyas elevadas vibraciones saludables habían pasado por mí constantemente durante mi estancia en la India. Fue la fuerza del maestro, cuyas elevadas vibraciones saludables habían pasado por mí constantemente durante mi estancia en la India. Quizás el maestro se hubiera concentrado directamente en aquel punto débil mío, puesto que él conocía el estado interior y exterior de sus hijos incluso aunque no hablásemos de ello con él.

El bolsillo de la chaqueta como buzón de correo

Durante los últimos días de mi estancia en el Sawan ashram, comenzó a rondarme la idea de escribir un libro sobre el maestro y su grandiosa obra tal y como la había podido observar yo misma, con el fin de compartirlo con un gran número de personas. Obviamente, no quería hacer algo así sin el permiso y la bendición del maestro. Pero como en el Sawan ashram estaba siempre rodeado de personas cuando yo lo veía, y como me hubiese gustado hablar a solas con él, aunque no me atrevía porque mi inglés no era lo suficientemente bueno para responder correctamente a las preguntas que seguramente me haría sobre mi proyecto, se me ocurrió la idea de escribirle una carta para contárselo. Por escrito podía expresarme de forma comprensible en inglés, porque contaba con suficiente tiempo para reflexionar sobre las palabras adecuadas o buscarlas en el diccionario. Una tarde en la que el maestro, rodeado de varias personas, caminaba por el ashram, me acerqué a él y, cuando estuve lo suficientemente cerca, introduje la carta en el bolsillo de su chaqueta negra sin que se diera cuenta.

Y me senté a esperar la respuesta en la casa de campo de Rajpur. Pero la respuesta no llegaba y nuestra estancia allí estaba tocando a su fin. Un día, me encontré en el patio de la casa de campo con el secretario del maestro, Harcharan Singh, que había venido por unos días para encargarse de cierta correspondencia importante. Le conté la historia de mi carta y de la forma poco común en la que la había entregado. Harcharan Singh me entendió inmediatamente a pesar de que no pudiera expresarme claramente. Al día siguiente, me comunicó la respuesta del maestro. Me explicó, que en las últimas semanas el maestro no había mirado en el bolsillo de la chaqueta y que no había sacado la carta hasta el día anterior, cuando Harcharan le contó de su existencia y del inusual buzón en el que se encontraba.

En su respuesta, el maestro me permitía no solo escribir un libro sino —y aquello era más bien una petición— un buen libro desde mi nivel de comprensión. Decía también que el amor del maestro rodearía el proyecto y enriquecería la comprensión y transmitiría confianza por el camino sagrado. Ese pasaje de su carta, en inglés,

dice lo siguiente: «I appreciate your loving aspiration to write a good book relating to your personal experiences – Your attempt to render a good account of your visit over here, at your level of understanding and suffused with the divine love of the Master will enrich understanding and inspire faith to benefit from Master’s holy Path.» (Aprecio tu amable aspiración de escribir un buen libro sobre tus experiencias personales. Tu intento de ofrecer una buena versión de tu estancia aquí, desde tu nivel de comprensión, estará envuelto por el amor divino del maestro, que enriquecerá la comprensión (de los asuntos del maestro) y transmitirá confianza en los beneficios del camino sagrado del maestro).

Con aquella carta, tenía entre manos una importante tarea que me llevaría un tiempo. El libro *Dem Vollendeten begegnet* se publicó en alemán en 1974. El maestro lo recibió tres semanas antes de su partida de la Tierra. Por lo que yo sé, en los años siguientes a la publicación, el libro transmitió en ocasiones la confianza en el camino sagrado y también animó a algunos a seguir dicho camino. Soy consciente de que esos resultados se deben a la ayuda del amor del maestro anunciada en la carta y no a mis propios méritos.

* * *

El momento cumbre de mi estancia en Rajpur fue aquella mañana inolvidable en la que una de las colaboradoras indias del maestro vino a mi habitación y me dijo que podía ir a ver al maestro. En seguida supe de qué se trataba. El maestro quería darme las gracias por la ayuda que iba a proporcionar para promocionar su labor. Al abrir la puerta de su habitación, vi que estaba solo. Me indicó que me sentara frente a él. Hice lo que me indicaba y él expresó su agradecimiento tal y como yo esperaba. Mi corazón estaba rebosando de pensamientos que me habría encantado expresar. Pero encontrar las palabras inglesas apropiadas, que normalmente ya me resultaba difícil, parecía en aquel momento imposible. Por eso, quise levantarme con un simple «thank you». Pero el maestro me indicó con un movimiento de la mano que permaneciera sentada. Alcé la vista hacia él y esto es lo que vi: sus luminosos ojos castaños estaban aún más iluminados. Era una mirada pura, profunda y, al mismo tiempo, tierna a la que podría mirar para siempre. Era el amor, un amor interminable, lo que proporcionaba a aquellos ojos aquella indescriptible belleza. Cuando me miró con aquel amor, fue como si un manto invisible y protector, tejido de amor, se deslizase a mi alrededor y me envolviese. Ese manto invisible me protege desde entonces dondequiera que vaya. Su luz penetra una y otra vez en las profundidades de mi ser para preparar y fomentar el despertar de una conciencia más elevada y cercana a Dios.

El amor sufre por los demás

En agosto de 1972, el maestro comenzó su tercera gira mundial, a pesar de encontrarse enfermo. ¿Enfermo, el maestro? ¿Acaso no podía ayudarse a sí mismo, él que había curado a tantas personas de enfermedades graves?

Esta pregunta se adentra en el misterio de los verdaderos maestros. Sufre en lugar de otros tomando la carga kármica de los demás. En qué medida se puede hacer cargo o quitársela a los demás es su secreto. «La conciencia del maestro alcanza a toda la humanidad, aquí y en el más allá» explicó en una ocasión el hijo físico del maestro, Darshan, a discípulos occidentales, y añadió: «Puesto que conoce el sufrimiento, quiere eliminarlo, así que lo toma él mismo.»

El rasgo característico de un maestro verdadero es el amor desinteresado. Quienes han tenido la oportunidad de conocer a Sant Kirpal y a su sucesor, Sant Darshan, lo saben. Allí donde el maestro centra su atención, fluye su amor. Ese amor únicamente puede anular el sufrimiento en la medida de lo posible, es decir, en la medida en la que le está permitido invalidar las reglas de la justa retribución. Los encuentros con Sant Kirpal en su último año de vida, así como algunas fotografías de esa época, transmiten la impresión que estaba haciéndose cargo de aún más sufrimiento humano a medida que se acercaba el final de su vida. Este sacrificio por eliminar o, al menos reducir, el sufrimiento iba dirigido especialmente a los discípulos que el maestro había tomado como hijos espirituales para guiarlos por un desarrollo interior hasta el hogar divino.

Hay testigos que cuentan que, en ocasiones, el poderoso cuerpo del Sant Kirpal se enfermaba tanto en cuestión de pocas horas, que se temía por su vida, pero de forma igual de repentina, tras unos días o semanas, volvía a recuperarse, todo un misterio para los médicos. Se recuperaba aparentemente sin motivo una vez que su enfermedad supletoria había cumplido el objetivo intencionado. Había quedado liquidada la deuda kármica de otra persona, o tal vez fuera de muchas personas, quién sabe.

Durante la tercera gira mundial de Sant Kirpal, todo el que conocía su antigua vitalidad se dio cuenta de que su cuerpo físico estaba cargado de sufrimiento. En sus apariciones públicas, hablaba en voz muy baja y tosía a menudo. Se notaba que tenía que cuidar la voz y los órganos respiratorios. Su paso, antes tan resuelto, era ahora lento. Pero su entusiasmo por el trabajo se mantuvo intacto. Sus colaboradores no indios (los indios ya estaban acostumbrados) se sorprendían constantemente por su ritmo de trabajo. A menudo, era necesario trabajar hasta bien entrada la noche para encargarse de preparaciones organizativas o de la correspondencia. Pero al día siguiente, el maestro era el primero en estar de vuelta en el trabajo a primera hora de la mañana.

Dominaba su enfermo cuerpo y le obligaba a realizar las tareas necesarias para llevar a cabo su tarea divina. Le habría resultado de lo más fácil sacudirse su enfermedad, pero no lo hizo. El sacrificio que se escondía tras su creciente enfermedad será para siempre su secreto. También podía haber cancelado la gira. Sin embargo, soportó el cansancio provocado por los cambios de clima continuos, por las numerosas apariciones públicas y los eventos internos, los numerosos visitantes que le esperaban en cada ciudad y mucho más para dar respuestas a la sed de verdad de las almas occidentales. Sabía que en su interior aguardaban el regreso al hogar divino. Su amor divino no podía hacer otra cosa que mostrarles el camino a aquellas almas y ayudarles a recorrerlo. Así, el debilitado cuerpo tenía que seguir esforzándose obedientemente. Durante su tercera gira mundial, abrió el camino interior mediante la iniciación a 2.146 personas. Además, numerosas personas vieron mejorar su desarrollo espiritual a través de encuentros personales con el maestro.

Durante aquella gira mundial, el maestro cumplió un programa gigantesco. En Europa pasó por grandes ciudades de Alemania, Suiza, Italia, Francia e Inglaterra, y en el continente americano visitó ciudades aún más grandes de Estados Unidos, Canadá, México y Colombia.

En Europa, estuve presente en casi todas las paradas, pero únicamente voy contar varias experiencias personales; las dos últimas muestran especialmente cómo el

maestro cumplía siempre su labor interior bajo la superficie del aspecto exterior cotidiano.

El ser humano es el templo de Dios

En París, se permitió a los discípulos acompañar al maestro a una mezquita considerada la más hermosa entre las que aún se empleaban en Europa para uso religioso. El guía, un alto clérigo islámico, había invitado al maestro a visitar la mezquita, y se permitió a los discípulos que le acompañasen.

La mezquita era impresionante desde el punto de vista estético. Las altas y luminosas estancias estaban ricamente adornadas con hermosos frisos y ornamentos. Al verlos, me surgió el pensamiento de que se trataba de formas terrenales de los ritmos internos del cosmos. Las formas eran increíblemente armónicas y transmitían, al mismo tiempo, su diversidad y una abundante calma. Cada habitación estaba adornada con ornamentos y frisos diferentes. Seguro que procedían de una tradición antiquísima. Habían sido creados no por uno, sino por muchos artistas durante varias décadas o, incluso, siglos. En las casas divinas islámicas están prohibidas las imágenes personales. Por eso, los devotos artistas emplearon todos sus conocimientos y su genial intuición en que los ornamentos fueran una visión imponente. Eran especialmente bellas también las formas y los luminosos colores de las enormes alfombras que cubrían los suelos de las amplias estancias. También se nos permitió a las mujeres entrar en las salas de oración, algo normalmente prohibido, una gran excepción que nos concedieron en honor al maestro.

Tras el sermón del maestro, nos llevaron al patio interior, de forma cuadrada y rodeado por los elevados muros de la mezquita, en él crecían en abundancia plantas exóticas y, en algún lugar, semiescondida, resplandecía a la luz de las primeras estrellas el agua susurrante y producía el único sonido en el centro de la vibrante ciudad de París. Sobre el florido jardín interior, se podía ver el suave azul del cielo en el que brillaban claramente las primeras estrellas, comenzaba a caer la oscuridad y a nuestro alrededor reinaba un ambiente de profunda paz.

¿Pero qué hacía el maestro? En el centro de aquel hermoso templo divino construido en piedra habló ante el guía, otro clérigo islámico y ante nosotros, discípulos de diversos países y continentes, acerca del verdadero templo de Dios, el cuerpo humano. He olvidado gran parte de lo que dijo aquel día, puesto que ha pasado mucho tiempo. Pero aún recuerdo bien que subrayó el hecho de que los templos externos, por muy bellos que resulten, únicamente nos desvían de la verdad y del camino interior si creemos que en ellos encontraremos a Dios. El verdadero templo divino no ha sido construido en piedra por los seres humanos, sino que los construyó el propio Dios. En lo más profundo de su interior se encuentra el alma divina como una gota de agua del mar de la conciencia divina.

Aquello no era nada nuevo para sus discípulos. Sabíamos que el cuerpo humano es como un microcosmos que refleja en pequeño el macrocosmos de toda la creación con todo lo más sagrado, con la luz divina guardado en sus profundidades. Habíamos aprendido, a través de las enseñanzas del maestro, las grandes verdades: la luz, el amor y la conciencia en sus representaciones máximas son expresión de la esencia de Dios y de su inseparable trinidad. Donde esté la más alta luz interior, estará también la más alta conciencia y el más alto amor desinteresado.

En el estado de desarrollo actual de las personas, la luz divina de su interior no se abre paso hasta la conciencia exterior. El maestro completo, que ha recorrido el camino interior hasta volver a ser uno con la luz divina, posee el poder de estimularla en otras personas y de guiar al alma hasta la altura prevista por Dios que él mismo ya ha alcanzado.

No sé lo que pensarían sobre aquella iluminación espiritual de su hermoso templo divino los dos clérigos islámicos. El clérigo que nos hacía de guía, por su parte, le mostró al maestro el más profundo respeto y afecto. Eso fue algo que resultó obvio ya al saludarnos y aquella sensación se fue acrecentando al observar la veneración con la que se dirigía al maestro al hablarle. Me pareció que aquel alto clérigo islámico había reconocido de algún modo la grandeza espiritual del maestro a través de su propia percepción. Por eso es de suponer que las palabras que pronunció el maestro en aquella hermosa mezquita fueron entendidas de forma correcta.

Observaciones en el avión

La casualidad, por así decirlo, quiso que en el breve vuelo de París a Londres, varios satsangis alemanes estuviésemos sentados a unos dos o tres metros de distancia y en perpendicular del maestro y sus acompañantes. El maestro tenía el semblante muy serio y parecía que su conciencia se encontrase muy muy lejos. Al cabo de un rato, el hombre sentado junto al maestro tomó un periódico en inglés y lo ojeó durante apenas un minuto. Como si supiera todo lo que necesitaba saber, dejó el periódico a un lado con un gesto tan resignado, doloroso y, al mismo tiempo, conocedor que jamás olvidaré. No sé si fue el gesto o si algo de lo que él estaba experimentando se me transmitió de alguna forma. En cualquier caso, noté algo de sus dolorosos conocimientos sobre el mundo, sobre la avidéz de sensaciones, sobre la palabrería intelectual pública que se publica de forma tan arrogante y, sin embargo, es totalmente insignificante desde el punto de vista espiritual.

El vuelo de París a Londres fue corto. Cuando nos dirigíamos a la salida tras aterrizar, vi cómo el maestro se concentraba en una joven mujer rubia vestida elegantemente de diario situada cerca de él y cómo la miraba de arriba a abajo varias veces. Ella pareció no darse cuenta, o se fijó en el indio de barba blanca situado tras ella. Ella parecía tener prisa y dirigía su mirada a la salida, donde tal vez le esperaran en Londres personas y acontecimientos importantes para ella. Yo sabía que el maestro le estaba proporcionando a una persona extraña la protección que necesitaba urgentemente. Probablemente estaba estableciendo una conexión que, a su debido tiempo, llevaría a la mujer hasta el maestro. Conocemos el número de iniciados oficiales. Pero cuántos serán los que, de forma imperceptible para el mundo exterior, están siendo guiados hacia el camino sin aparecer en las listas y estadísticas. ¿Cuándo se inicia una persona? Una vez más, fue el maestro Darshan el que nos proporcionó la respuesta: «Cuando la atención del maestro se dirige hacia ella».

* * *

En Londres no tuvimos mucha suerte con la pensión que nos habían recomendado. Las cuatro discípulas alemanas nos habíamos alojado allí y queríamos permanecer juntas, para ir juntas a todos los sitios a lo que tuviéramos que ir en aquella gran ciudad. Cada noche había más niebla y aumentaban la humedad y el frío, algo común en las islas, pero a lo que las alemanas no estábamos acostumbradas. Suponíamos que debía haber una gran masa de agua cerca que reforzaba aquella

fría niebla y la hacía casi insoportable. La fría humedad se introducía entre las sábanas y nos producía dolores de cabeza. Yo dormía mal y me despertaba a cada rato, y a mis compañeras de cuarto les pasaba lo mismo. Incluso durante el día, solo se podía estar en aquella húmeda habitación durante poco tiempo. Le rogamos al dueño que encendiera la calefacción, pero no nos hizo caso. El tercer día, me había resfriado. Era de prever que acabaría por tener fiebre si me quedaba en aquella pensión. Preguntamos a otros discípulos si conocían un mejor alojamiento y nos hablaron de dos. Queríamos verlos primero, para no volver a acabar en una situación como aquella.

Pero nos esperaba aún otra decepción. Del maestro únicamente pude vislumbrar durante aquellos primeros días en Londres parte de su turbante. Habían puesto a su disposición una amplia y hermosa vivienda privada, pero era lo suficientemente grande para el gentío inesperado que le visitaba. Cuando llegábamos por la mañana a la hora indicada, encontrábamos el lugar repleto de gente. Todas aquellas personas, entre ellas muchos indios, se apelotonaban en el pasillo y en las habitaciones contiguas. El maestro no veía ni oía, aunque estaba presente. En varias ocasiones pude vislumbrar desde la parte de atrás de una gran habitación parte de su turbante. Pero al principio ni siquiera intenté acercarme a él entre aquel gentío. Solo una vez pude verlo brevemente. Vi como hablaba a un grupo de oyentes situados probablemente ante él acompañando sus palabras con los habituales gestos de mano que usaba al enseñar. Yo no podía ver a los oyentes.

Cuando al tercer día intentaba en vano acercarme a él sorteando a la gente reunida en el pasillo, un satsangi alemán empezó a hablar conmigo. Me contó que había logrado tener una conversación con el maestro de gran importancia para él. Pero al día siguiente tenía que volver a Alemania por motivos de trabajo. «Me voy con usted», decidí de forma espontánea.

Así, mis compañeras de cuarto encontraron otro alojamiento a buen precio y pasaron muchas horas interesantes con el maestro durante el resto del viaje, sobre todo en otras ciudades inglesas como Liverpool, Birmingham y Bedford, mientras que yo había cedido a un impulso momentáneo. Pero entonces sucedió algo emocionante.

A ambos nos habría gustado despedirnos del maestro, pero era imposible llegar hasta él. Así que nos fuimos y quedamos en vernos a la mañana siguiente para ir juntos al aeropuerto. Aunque no tenía una reserva, conseguí sin problemas comprar un billete para el corto vuelo de Londres a Fráncfort.

Nos sentamos en el avión, el uno frente al otro, en silencio. Ambos estábamos pensando en el maestro. De repente, me sentí conectada a él y experimenté su dolor por el hecho de que dos de sus hijos espirituales se hubieran marchado tan rápidamente y sin despedirse. Me quedé perpleja, pues aquello era lo último que me esperaba. Pensaba que ni siquiera se había dado cuenta de que yo estaba allí y que no sabría nada de mi espontánea decisión. Ciertamente, en Londres no me había llegado a ver con sus ojos terrenales, no había hablado conmigo, pero tuve que admitir que él lo sabía todo.

Y me di cuenta de que si un discípulo cree que el maestro no le ha prestado atención, por el motivo que sea y en la situación que sea, está muy equivocado. El maestro sabe exactamente lo que ocurre con aquellos a los que ha tomado bajo su protección, tanto exteriormente como interiormente, aún cuando sus ojos físicos miren más allá de ellos.

En aquel momento, me arrepentí de mi precipitada decisión y hubiese preferido volver. Y, sin embargo, me sentí feliz, puesto que el dolor del maestro, si bien me pesaba en la conciencia, me mostró que le importábamos, que nos amaba tanto como a aquellos que se encontraban físicamente con él.

El maestro no aceptó el dinero

Habían finalizado los eventos oficiales con motivo de la inauguración de la Unity of Man, y habían sido desmontadas todas las tiendas que antes ocupaban el inmenso espacio de los Gandhi Grounds. En los festejos, que duraron tres días, habían participado unas 50.000 personas. Había habido numerosos discursos, los principales entre ellos las varias apariciones del maestro y el discurso solemne de la primera ministra Indira Gandhi. Habló un sorprendente número de figuras religiosas de renombre y líderes políticos. Los numerosos asistentes pudieron comprobar la confianza y el respeto con el que incluso los grandes dignatarios religiosos y políticos importantes se dirigían al maestro como líder espiritual.

Con aquellos días festivos coincidió también el cumpleaños del maestro, el último en la Tierra. De occidente habían volado para la ocasión más de 400 discípulos de 21 países que iban a participar en los festejos de inauguración, el gran comienzo de una nueva era espiritual con una humanidad mejor y más unida. Lo que ninguno intuía era que aquellos días de febrero serían los últimos que pasarían junto a su querido maestro. Profundamente impresionados fueron testigos de la preparación de algo enorme: la apertura de nuevos caminos para lograr una mayor felicidad y paz para la humanidad sobre la base de una religiosidad verdadera.

Durante la inauguración, el maestro dio ante miles de personas un consejo fundamental para el futuro: «Quienes sean capaces de mirar realmente hacia el interior, verán el amanecer de una nueva era espiritual.» Con la creación de la Unity of Man, el maestro sentó las bases para esa nueva era en la que vivirán personas espiritualmente más desarrolladas y en la que la gente no estará separada por el odio, sino unida por un creciente amor a Dios y al prójimo. Así es también como el hijo físico de Sant Kirpal, Darshan Singh, ha caracterizado en varias ocasiones la nueva era espiritual, la llamada «era dorada». La semilla ha sido plantada, el momento en que germinará y se desplegará por completo ha sido determinado, incluso aunque el propio Sant Kirpal y los discípulos aceptados por él no vayan a experimentarlo en su cuerpo terrenal. Los discípulos notaban que estaban siendo testigos de la colocación de las bases de una nueva época cósmica. No es menester de este libro dar detalles sobre los festejos fundacionales y sobre otros eventos relacionados, puesto que las descripciones de dichos acontecimientos ya han sido publicadas en otros lugares.

* * *

Había algo importante de lo que quería hablar con el maestro: que el libro escrito con su permiso ya estaba listo. Faltaba por ultimar la edición y las opciones de publicación. Durante el año anterior, le había informado al maestro en cada carta sobre los progresos de mi trabajo. Además, en la conversación personal esperaba recibir una muestra de gratitud por mi apoyo al proyecto del Manav Kendra. Sabía que nunca se repetiría lo que ocurrió en la casa de campo de Rajpur, donde el maestro, además de palabras de agradecimiento, dejó caer el manto invisible de su amor sobre mí. Aquello había sido un regalo único para toda la vida. Pero, en mi

opinión, un par de palabras amables o una caricia en la cabeza a modo de bendición me las había ganado tanto como las muchas otras personas que, en algún momento, las habían recibido.

Pero nada de eso sucedió. Antes de los festejos, tras saludar al grupo alemán, el maestro me había dirigido brevemente unas palabras cuando yo intenté hacerle entrega de un billete de cien marcos. El dinero me lo había dado un conocido de Alemania, un antiguo juez ya mayor, antes de que partiera hacia la India, y me había dicho: «Salude a su maestro de mi parte. Puede usar los cien marcos para ayudar a los indios pobres.» Sabía que el maestro no aceptaba donaciones de personas no iniciadas, pero no había querido disgustar al anciano, que en sus largos paseos diarios se pasaba a veces a verme y escuchaba emocionado las historias que le contaba sobre el maestro y sus enseñanzas. Hacía muchos años que era vegetariano, aunque no quería convertirse en discípulo. Al parecer, sus creencias judías eran demasiado fuertes. El maestro tomó el dinero, escuchó lo que yo le contaba al respecto en mi mejorado inglés y me devolvió el billete con el siguiente comentario: «Dígale al señor alemán que los indios no son pobres, son un pueblo feliz.»

Aquella respuesta me dejó confusa. ¿Un pueblo feliz? ¿Qué habría querido decir con eso? Yo misma veía la pobreza cada vez que daba un paso fuera del ashram. En aquel entonces, no era espiritualmente lo suficientemente madura como para comprender el significado de aquel comentario. Hoy entiendo mejor lo que quería decir el maestro: ¡qué grande es la bendición de un pueblo que los maestros completos han escogido una y otra vez como su hogar terrenal! Es posible que la gente de ese país sea externamente pobre. (Aunque también eso ha mejorado constantemente en los treinta años desde que en 1974 el maestro hiciera aquel comentario, al menos por lo que yo he podido observar en las numerosas ocasiones en las que he visitado el ashram de Nueva Delhi.)

Pero espiritualmente, un pueblo así es mucho más rico que cualquier otro. Su conexión con lo más alto se mantuvo más viva y fuerte que la de cualquier otro pueblo incluso durante el Kali Yuga, la época espiritualmente más oscura. No solo en los países comunistas, sino también en los países cristianos de Occidente se extiende el ateísmo, la negación de una conciencia elevada que todo lo une, pero no en la India. Cuando los indios escuchan comentarios de ese tipo, se sorprenden de que una persona pueda pensar algo tan desacertado. Es posible que los caminos religiosos en la India sean de lo más distintos, que vayan de la visión más elevada sobre la relación de la creación y de la esencia del poder que todo lo controla hasta infantiles supersticiones, pero todo el mundo sigue un camino religioso. Todos tienen la certeza de que, tras la muerte, se da una existencia elevada y una vida completamente consciente. Por eso, los indios no ven la muerte como una catástrofe de destrucción, algo que ocurre a menudo en Occidente. Para ellos, la muerte es una transición de un mundo en el que han vivido de forma consciente a otro en el que van a vivir de forma aún más consciente.

La fe inquebrantable en el poder divino y esta actitud ante la muerte hacen que en la India se vean muchos más rostros alegres que en Occidente. Esta alegría se ve también en personas con ropas gastadas y raídas, mientras que en Occidente se ve a menudo la desesperanza acompañada de un cuidado aspecto exterior. ¡El amor y la misericordia del maestro son tan grandes! ¡Cómo no va a ser así, tratándose de una persona cuya atención se vuelve una y otra vez a sí mismo a través de las interrelaciones con sus condiciones de vida exteriores!

Cuando le devolví el billete de cien marcos al anciano y le conté lo que había dicho el maestro, tomó el dinero el silencio. Pero por las conversaciones posteriores que tuve con él, sé que aquella forma tan diferente de valorar la vida, según la felicidad derivada de la unión interior de una persona con Dios y no según su pobreza o riqueza exteriores, lo impresionó profundamente y le dio qué pensar.

Rechazada y confusa

No obstante, estas escasas palabras acerca de la donación del anciano rechazada no podían ser todo lo que el maestro tenía para mí en las casi cinco semanas de mi estancia en la India. El caudal de visitantes no amainó. Antes de la ceremonia fundacional, fueron a verlo muchas personas. Posteriormente fueron muchas más, entre las que se encontraban importantes figuras del ámbito político y religioso, tal y como me contaron, y todos ellos eran sin duda importantes para la búsqueda del maestro y, en particular, para continuar con la construcción del Manav Kendra.

Para que el maestro pudiera aprovechar su preciado tiempo en estas visitas sin distracciones, a una satsangi occidental le encomendaron en el Sawan ashram la tarea de dejar pasar solo a discípulos cuando se tratara de peticiones urgentes. Lo mismo ocurrió en el Manav Kendra, cuando el maestro se retiró allí y se permitió a los discípulos occidentales que lo siguieran. Por aquel entonces, todavía éramos un grupo imponente pero considerablemente más pequeño. La mayoría de los discípulos occidentales habían tenido que volver a sus hogares poco después de los festejos de inauguración.

En el Manav Kendra pasamos unos días muy agradables. Se habían construido pequeñas casitas de madera para la futura residencia de ancianos. Se nos permitió vivir en ellas durante la semana que nos quedaba. Estos días y noches de total conexión con la naturaleza en la cordillera del Himalaya me marcaron muchísimo, sobre todo aquellos días en los que conviví solo con mi querida hermana satsangi alemana Hertha.

Teníamos para nosotras una amplia sala de estar/dormitorio y un cuarto de baño bastante grande. Al salir por la puerta de casa, sentíamos la fina arena bajo los pies, casi siempre cálida por el sol, veíamos sobre nosotras un infinito cielo despejado y respirábamos aire puro, un aire tan cálido y agradable como necesitábamos, ya acostumbradas a la temperatura del oeste. Los satsangis occidentales hacíamos los almuerzos y cenas en un gran prado. Sobre nosotros se erguía la insólita inmensidad del cielo y a lo lejos se vislumbraban los primeros montes pequeños de la cordillera del Himalaya.

Por la noche, parecía como si la cortina de niebla, a la cual estábamos acostumbrados en Alemania, fuera apartada por una mano invisible para dejar paso a la blanca y cegadora majestuosidad de un singular cielo estrellado comparable a los diamantes. Tras el destello, se abría un intenso y profundo azul que transmitía parte de esa alegría e inmensidad al corazón. Esta paz se experimentaba especialmente junto al pequeño lago que había delante de la edificación del maestro, recientemente construida. Por la noche solíamos ir a pasear a lo largo de la orilla. A algunos discípulos les gustaba meditar allí. Yo, para meditar, prefería el silencio de nuestra casa de madera.

Veíamos a los visitantes llegar y marcharse para ver al maestro; cada vez eran personas menos importantes para su misión, tal y como me parecía y como se rumoreaba, ahora venían cada vez con más frecuencia personas, sobre todo indios, con peticiones privadas que de ningún modo me parecían más relevantes que mis asuntos personales. Así que me armé de valor y pedí permiso para pasar a la guardiana de la puerta. Dije mi nombre, que pareció no reconocer, y añadí que era muy importante, lo cual tampoco pareció impresionarla. Seguramente habría escuchado eso mismo demasiadas veces. No me pareció conveniente tener que darle más explicaciones. Ella se limitaba a cumplir fielmente la tarea encomendada por el maestro de garantizar que su tiempo no fuese desperdiciado. Pero era el maestro el que determinaba quién podía pasar a verlo o no. Al menos, eso fue lo que me pareció.

Me negó la entrada. Es posible que fuera porque elegí un mal momento en el que el maestro Kirpal estaba especialmente solicitado. No lo volví a intentar. Suponía que el maestro me había rechazado a través de ella.

Mi decepción fue tan grande que tuve que hacer un gran esfuerzo para que no se convirtiera en resignada y apática desesperación. Intenté consolarme con la idea de que el maestro estaba bien informado, sabía lo de mi libro y lo de mis otros asuntos importantes. Pronto me llamaría. Me veía todos los días, pero no me llamaba. Me marché del Manav Kendra sin que me dirigiera ni una sola palabra.

* * *

Mientras tanto, nos reunimos todos los días con el maestro como grupo. Los discípulos lo esperábamos por la mañana mientras meditábamos en la gran plaza que había delante del templo de meditación o dentro de él. Cuando llegaba, a menudo se dirigía primero a nosotros, nos pedía que nos sentáramos para meditar y, a continuación, nos preguntaba por los resultados, que siempre quedaban registrados por escrito. Después podíamos hacerle preguntas.

A veces, jugaba con los discípulos al juego de las naranjas al aire libre, delante de las casas de madera. Al maestro Kirpal se le daba muy bien lanzar y tenía muy buena puntería. Los discípulos se alegraban, reían y disfrutaban de que se comportara con ellos de un modo tan distendido.

Mis días en el Manav Kendra estaban tocando a su fin. Aproveché la buena ocasión de que unos satsangis se estaban yendo, para volver con ellos en taxi hasta el ashram de Nueva Delhi, que estaba a más de 300 km. Pocos días después salía mi avión hacia Alemania. No llegué a recibir las esperadas palabras del maestro.

* * *

Una mañana, dos días más tarde, estaba con otros discípulos en el patio del ashram y me invadía una tristeza absoluta. Ellos también tenían que volver pronto. No escuchaba para nada sus conversaciones, a mí solo me taladraban preguntas confusas. Por cien marcos de un desconocido, el maestro se había dirigido a mí y por preguntas cien veces más importantes, no había dicho nada. Crecía en mí la sospecha de que ni siquiera me había reconocido. ¿Era eso posible con la frecuente correspondencia por el libro y con el encuentro de 1979/71 en Rajpur, cuando dejó que me cubriera el manto de amor? Si bien no esperaba un agradecimiento, al menos sí me debía una aprobación por mi ayuda en el Manav Kendra. Seguro que al

Kommentar [AZZ7]: Tiene que tratarse de un error. Supongo que debería ser 1969/71

menos sí la recibiría por escrito de su departamento administrativo. Aunque fuera una sola palabra suya creo que sí tengo derecho a esperar, me repetía a mí misma.

¿Era él el gran maestro que yo creía que era? Me lo había jugado todo a una carta, había dedicado mi vida a él, y ahora, ¿qué? ¿Puede ser que me hubiera equivocado? Una eminencia espiritual, sin duda, eso ya lo había presenciado, pero ¿sería realmente un maestro completo que siempre sabe lo que les ocurre a sus discípulos? ¡De ningún modo! Los hechos son hechos y estos no había forma de poder enmascararlos. Sin embargo, ¿cómo podía yo volver a casa y seguir viviendo con esta persistente duda en el corazón? ¿Cómo podía continuar con mis asuntos de un modo honesto mientras me hiciera la penetrante pregunta de hasta dónde me había autoengañado? Sentía cómo empezaba a apoderarse de mí una depresión, no, de hecho ya se había apoderado, de la cual no salí, ya que no había ninguna solución.

Vi como Gyaniji, uno de los colaboradores más cercanos al maestro, estaba de pie delante de su casita del patio del ashram con una jarra de leche en las manos y nos observaba cuando, de repente, se dirigió directamente hacia nuestro grupo. Entonces se paró frente a mí y preguntó: «Why are you so sad, sister?» («¿Por qué estás tan triste, hermana?»)

Me sorprendió fugazmente que se hubiera percatado de mi estado estando delante de su casa a más de veinte metros de distancia y cómo, después, se acercó directamente hacia mí como movido por un mandato interior para formular aquella pregunta. Solo después comprendí lo que realmente ocurrió entonces, tras los bastidores de lo que pareció a simple vista. Entonces estaba yo demasiado ocupada con mis propios pensamientos melancólicos.

Lastimosamente y con frialdad respondí: «Tengo que hablar contigo, Gyaniji». «Claro, ahora mismo vuelvo, solo tengo que recoger la leche». «Voy contigo a por la leche», decidí. No podía esperar más. Gyaniji era una de las personas de confianza del maestro. Sentí que a él podía (¿o quizás incluso debía?) contarle todo lo que me apesadumbraba. Por el camino, toda mi angustia comenzó a aflorar. Me intentaba hacer entender, más mal que bien, en inglés. Él me escuchó en silencio, me interrumpió solo brevemente cuando en la calle, todavía cerca del muro de uno de los edificios del ashram, nos encontramos frente a una fila de robustos búfalos, cuya leche pasó a ser ordeñada inmediatamente en las lecheras del cliente. Una vez que Gyaniji hubo pagado y recuperado su recipiente lleno de leche fresca, en el camino de vuelta me dijo con sus tranquilos modales: «Debe haber sido un malentendido. Voy a llamar al maestro inmediatamente». Lo dijo varias veces y con gran énfasis. Después, se retiró a su casita.

Tenía buenas intenciones, pero no me proporcionó ningún consuelo. ¿Qué conseguiríamos con eso? El maestro estaba en el Manav Kendra, yo estaba en Nueva Delhi. Me quedaban menos de tres días y, después, tendría que partir. Quizás el maestro me enviaría saludos y me desearía un buen viaje a través de Gyaniji. No podía esperar nada más. Me fui a mi habitación, en la que vivía sola esos días, me senté en la cama y lloré desconsoladamente. Podía sentir cómo, con mis dudas, estaba tocando el punto central de mi existencia. Esto era lo que más me abrumaba de todo en mi impotente desesperación.

De repente, alguien abrió la puerta. Ya no me acuerdo de quién fue, solo sé que escuché que decían mi nombre y: «Tienes que ir inmediatamente a ver al maestro al Manav Kendra». Debes estar preparada en una hora, el taxi ya está pedido».

La recuperación de una hija perdida

Una hora más tarde, me encontraba en el coche en dirección al Manav Kendra. Todavía no había colocado mis cosas en la habitación que se me había asignado, cuando alguien llamó a la puerta, dijo mi nombre y añadió: «El maestro te está esperando». Aunque no había mucha distancia que recorrer a pie hasta la casa del maestro, delante de la puerta me esperaba un coche para llevarme hasta él.

Fue muy agradable. «¿Por qué no te pusiste en contacto conmigo?», me preguntó. «Pero, maestro, ¡eran asuntos suyos!» Toda mi decepción se dejó entrever en mi tono de voz al expresar mi respuesta. «Look here» («Mira aquí») comenzó diciendo, con la típica expresión de confianza que utilizaba con sus discípulos, y a continuación, prosiguió: «El maestro conoce el alma de todos sus discípulos. El exterior no le importa, a eso le presta menos atención. Sin embargo, lo que eres tú por dentro lo conoce el maestro a la perfección. De tu aspecto exterior no me acordaba».

Así fue, y yo pensaba que ya no me conocía. Había dejado mi aspecto físico a un lado en su memoria porque no era esencial. No obstante, pronto comenzaron de nuevo las penetrantes dudas en las que me había visto envuelta cada vez más durante los últimos días y noches. Si él conocía el estado del alma, ¿por qué no había escuchado el grito de mi alma en esta ansiosa y cada vez más desesperante espera? ¿Por qué me había rechazado de nuevo a través de la guardiana de la puerta occidental, cuando quise acercarme a él?

En este momento todavía no comprendía que él ya había respondido al grito de mi alma, solo que de otro modo totalmente diferente al que yo me imaginaba: Gyaniji había sido el mensajero esa respuesta. El maestro me lo había enviado al ashram de Nueva Delhi para recuperar a su hija perdida. Sin embargo, no fui consciente de aquella conexión hasta después. Los acontecimientos habían llegado hasta mí de un modo tan precipitado que podría haber reconocido la mano amorosa que había tras ellos.

Hoy en día creo que realmente no hubo ningún grito del alma que me hiciera ir a pedirle al maestro que me dejara entrar para ser rechazada después, sino que más bien fue que mi ego quería perseguir el supuesto reconocimiento que me correspondía. Si el amor hubiese sido más fuerte que el «yo» personal, la puerta seguramente se habría abierto. «Man in the make», («Desarrollo personal»), ¡por aquel entonces tenía tanto que aprender! ¿Y ahora? Cuando más comprende uno y más significado cobra el «Man in the make», más parecen aumentar los enormes problemas que todavía nos quedan por delante. Sin embargo, en aquel momento me encontraba lejos de poder apreciar tales observaciones.

«Y, ahora, te quedarás una semana más en Manav Kendra», escuché decir al maestro. «En dos días y medio sale mi avión a Alemania, maestro. Querer cambiarlo con tan poca antelación sería totalmente imposible». «Algo así se puede modificar. Mañana por la mañana ven a verme sobre las once. Entonces te informaré». Qué detalle por su parte, el venir a encontrarse conmigo. De todos modos, yo di por hecho que no sería posible cambiar el vuelo con tan poca antelación. Quizás lo había dicho simplemente por cortesía, para consolarme con la idea de que le habría gustado que fuera de otro modo.

Y ahí me asaltó de nuevo una de esas dudas penetrantes que tanto me habían asediado los días anteriores y que tanto dolor me infligían. Cuando los pensamientos de una persona se adentran en el terreno de la desesperación, conservan una persistente existencia independiente y se vuelven contra quien los piensa. Yo seguía estando bajo su influencia.

«Ahora debo vivir con ello», pensaba, después de que el maestro se despidiera de mí. Me giré hacia la puerta y, por eso, dejé de poder verlo. La habitación era grande y el camino hacia la puerta era relativamente largo. Mientras pensaba «No hay mayor confianza que la que se me ha concedido en el punto central de mi vida», el suelo comenzó a temblar bajo mis pies.

En este momento, escuché una voz tras de mí alta, autoritaria, poderosa, como procedente de un mundo superior: «Don't go away». («No te vayas»). ¿De quién era aquella voz? ¿Era la del maestro? ¿El maestro, que nunca alzaba la voz, ni siquiera en sus discursos, que siempre mantenía un tono de voz agradable, a veces serio, pero siempre sosegado y tranquilo? Esa voz me llegó al alma. Aquel hombre divino se había abierto camino a través de todas las dudas intelectuales y alcanzado la luz interior.

Rápidamente supe que él conocía todas mis dudas. Ni el más sutil de mis pensamientos escapaba a su conocimiento. Con esta llamada y la vibración de un poder divino, su amor había devuelto al camino adecuado a la hija perdida. Entonces supe, por encima de cualquier duda que él era la encarnación de la perfección. Convertirlo el centro de la propia vida no solo era lo correcto, sino que era un privilegio poder hacerlo. A través de la mediación del maestro, se logró cambiar mi vuelo. Podía volar una semana más tarde.

Despedida de esta vida

En aquel momento me quedaban hermosos días por delante. Cada vez que el maestro venía a las meditaciones al aire libre y ocupaba su sitio en el pabellón de meditación, me dedicaba una mirada bondadosa y añadía alguna palabra cordial. Pude ir todos los días a verle. «Cuando lo deseas», me había dicho.

Uno de esos días, me habló del libro. Rápidamente observó: «¿Cómo se verá afectada la precisión del lenguaje, de este noble idioma, en alemán?» Y yo pensé: «De nuevo estoy ante el verdadero maestro. No sabe alemán y habla del estilo, como si hubiera leído el manuscrito en alemán». Y continuó diciendo: «Un libro como éste en alemán no lo leerá suficiente gente. Debe publicarse también en inglés, para que muchas otras personas puedan leerlo. Tradúcelo y pídele que lo edite a alguien cuyo idioma materno sea el inglés». La palabra del maestro se proyecta hacia el futuro. Me habría gustado traducirlo, pero se me presentaba una tarea similar a la de un niño de primer año de secundaria al que se le pide que escriba una redacción para la selectividad. Mis conocimientos de inglés realmente no eran suficientes. ¿O puede que fuera una invitación a perfeccionar estos conocimientos, para que sí fueran suficientes? No lo sé. A decir verdad, es posible que no me esforzara lo suficiente. Mis facultades para traducir un libro no eran, en cualquier caso, suficientes.

Por eso meforcé en encontrar a alguien que pudiera hacerlo mejor que yo. A pesar de ello, el auténtico objetivo no fue logrado. La traducción en inglés quedó con un estilo demasiado alemán y resultó no ser útil. ¿Fue en vano? No del todo. Una

discípula ya se había desviado del camino, pero estaba dispuesta a traducir. Durante la realización de este trabajo, estuvo tan convencida por las diversas tareas de sus pensamientos hacia el maestro, que volvió y ahora pertenece al grupo de las discípulas más fieles. Y aún así existía en las palabras del maestro un impulso que se mantuvo vivo en los años posteriores y llevó, finalmente, a que su hijo Darshan Singh decidiera que este libro sobre el maestro Kirpal «El legado del maestro» viera la luz en inglés para que, de este modo, «muchas otras personas puedan leerlo», tal y como el mismo maestro Kirpal expresó.

En aquella última semana de mi estancia en el Manav Kendra llegaron cada vez menos visitantes de fuera. El maestro nos dedicaba más tiempo y un día se nos dijo lo siguiente: «Quien desee hablar de algo personal con el maestro, podrá hacerlo mañana después de la meditación». El maestro mismo añadió que él era nuestro padre y que podíamos depositar toda nuestra confianza en él. Los discípulos esperaban de pie en una larguísima cola dentro y delante del pabellón de meditación del vasto terreno. Probablemente no quedaba ningún satsangi que no hubiera aprovechado tal oportunidad. Yo también lo hice, aunque mis problemas ya estaban solucionados. Solo ansiaba una mirada del maestro, la cual pude obtener. No recuerdo lo que le dije. Él se limitó a dar consejos e instrucciones durante horas. Los discípulos sentían que lo habían recuperado de nuevo, al poderoso padre que se preocupaba de todos los problemas y complicaciones, los espirituales y los no espirituales, los importantes y los menos importantes, sobre todo porque amaba a estos niños, mucho más de lo que ellos imaginaban.

* * *

Una satsangi cojeaba desde hacía tres semanas y sufría fuertes dolores en una pierna, lo cual le impedía meditar. Había sido diagnosticada y tratada por un doctor. Por aquella época había algunos médicos trabajando en el Manav Kendra para tratar de forma gratuita a los pacientes, de acuerdo con la voluntad del maestro. Sin embargo, ella no había acudido al maestro por timidez. Cuando, finalmente, superó su timidez y fue a mostrarle su problema, el maestro afirmó con ademán serio y de reproche: «¿Por qué no viniste antes? Por tu falta de confianza en el maestro has perdido un tiempo valioso en el que podrías haber estado meditando en paz». Amor respetuoso, sí, pero no timidez, ya que tras ella se esconde una falta de confianza, eso le dolió.

* * *

¡Una semana de protección interior y exterior con el maestro! ¡Era la hora de la despedida! Nunca más lo volví a ver en la Tierra, ya que pocos meses después, el 21 de agosto, abandonó este mundo para siempre. La pequeña alfombra paquistaní que me regaló al despedirnos está desde entonces extendida en mi apartamento y ahí permanecerá hasta que yo también me despida de este mundo y me vuelva a encontrar totalmente bajo la protección de mi maestro, la que tan feliz me hizo durante aquella última semana.

Transformación en otra persona

«Man in the make», (la persona en «desarrollo personal»). Solo en más dos décadas de ser discípula pude experimentar lo que realmente significaba este particular concepto del maestro Kirpal. El escalón complicado y decisivo hacia el camino

interior, definido como la «superación del conocimiento corporal», abría camino a una conciencia superior a todos los conocimientos mundanos predominantes y generales. Este escalón todavía no ha sido superado. Sin embargo, el paulatino desarrollo de nuevas y sutiles cualidades parece conducir poco a poco a la consecución de este objetivo, ¡y suele ocurrir en personas de más de setenta años! A una edad en la que la determinación se ve mermada o totalmente anulada y el juicio tiene los límites más restringidos que antes, ocurre justamente lo contrario: La conciencia se expande. Se vuelve cada vez más intenso el esfuerzo hacia el objetivo de acercarse a Dios y a la divinidad.

No me molestan los aspectos físicos que conllevan el hacerse mayor. Ni siquiera la memoria funciona tan bien como antes. No obstante, es casi como en la pubertad de los jóvenes, en la que también aparecen facultades hasta entonces desconocidas y uno se descubre a sí mismo con asombro. Todo lo que se ha producido en cuestión de posibilidades trascendentales, ya quedó suficientemente plasmado en este libro, por lo cual es innecesario volver a repetirlo en este contexto. El desarrollo, sin embargo, también se amplía en el ámbito puramente terrenal. Se despierta una capacidad más sutil de ver y oír. Se profundiza la comprensión artística. Es como si el telón se hubiera levantado. Los temas musicales y los matices de los colores se aprecian de un modo totalmente nuevo, se logra un entendimiento más profundo del contenido y forma de las obras poéticas, se aprecian las pinturas y esculturas de una forma absolutamente inusitada.

Ya no solo veo el aspecto exterior en las personas y animales; hay parte de su espíritu que llega hasta mí. Cuando estoy frente a alguien, normalmente puedo saber hacia dónde van sus sentimientos predominantes y, después de haber hablado brevemente con la persona, a veces puedo también intuir sus pensamientos. Los sentimientos implican vibraciones más intensas que los pensamientos, por lo cual son más fáciles de percibir. Cuando establecí por primera vez una conexión con el espíritu de los animales, en este caso con el de un perro, me sentí tan afectada que casi no pude dormir. Esto ocurre ya que los animales más desarrollados como los perros, gatos, caballos, etc. son tan conscientes de sus emociones como las personas, solo que de un modo mucho más sencillo y con una capacidad de pensar considerablemente más limitada. No obstante, es así. Las investigaciones científicas sobre animales han concluido que se comportan de acuerdo con patrones marcados, pero eso no quiere decir que no sean conscientes de ese comportamiento, tal y como suponen muchas personas. La conexión con la conciencia de los animales me ha dejado de un modo indescriptiblemente claro los terribles pecados que las personas comenten con los animales, ya que tratan del mismo modo a tantas criaturas con sentimientos que son totalmente conscientes y a objetos inertes, provocando así un tremendo sufrimiento a los animales, y a sí mismos, puesto que la deuda kármica originada no quedará impune.

La conciencia se perfecciona. Las indicaciones éticas del maestro ya no son meras indicaciones, se han convertido más bien en una parte integrante de la naturaleza propia. Uno ya no puede vivir contra ellas, sino que debe vivir en ellas, porque ellas pertenecen a uno mismo y, cuando alguna de ellas es violada, se está produciendo una violación contra la naturaleza de uno mismo. Lo más importante de todo es la creciente predisposición hacia el maestro y las consecuentes habilidades maestras, como indican las vivencias enunciadas en innumerables ocasiones en este libro.

El continuo desarrollo a pesar de la edad es uno de los mayores regalos del camino interior bajo la guía del maestro Kirpal. Este libro trata principalmente sobre la ayuda y la motivación a través del maestro Kirpal. La fuerza espiritual es como un sol

interior que estimula y despliega cada vez más la germinante vida espiritual y la conciencia refinada.

Otro de los grandes regalos que el maestro me hizo fue el de eliminar de mí el miedo a la muerte. Este miedo me acompañaba desde mi infancia; el miedo a la muerte estaba siempre presente de un modo inconsciente y se intensificaba en mi conciencia en los momentos en que podrían definirse como «felices» en este mundo. En esos momentos, la idea de la «muerte» y «lo efímero» se clavaba como un aguijón en la supuesta felicidad. Durante mucho tiempo me sentí indefensa ante el miedo a la muerte. No sabía lo que pasaba al morir y mucho menos lo que les esperaba después a las personas. Lo que sí tenía claro es que la solución al enigma estaba relacionada con la revelación del sentido más profundo de la vida, y era ese sentido el que yo estaba buscando desde mi juventud con una insistencia incansable.

Entonces aparecieron los maestros. Ellos hicieron público en sus discursos y libros el secreto de la muerte y de lo que ocurre después de ella. Entonces supe que el desarrollo de un discípulo tras deshacerse del cuerpo terrenal para pasar a un cuerpo sutil y más allá no solo es totalmente consciente, sino que continúa, además, de un modo cada vez más consciente y que, con ayuda de su maestro, le espera con certeza una muerte en paz. La razón había encontrado al fin su respuesta consoladora, pero el miedo animal se asentaba aún en lo más profundo.

Un día ocurrió algo extraño: yo estaba pensando de nuevo en el misterioso fenómeno de la muerte y, en concreto, en mi muerte. De repente, surgió en mi interior una enorme alegría; brotó desde el lugar al que la conciencia diaria no era capaz de llegar. Este suceso se ha repetido varias veces desde entonces. Cuando pienso en la muerte, en mi muerte, florece la alegría desde el interior. No puedo interpretarlo de un modo diferente al de un aviso de lo que la muerte me trae consigo. Algo superior a mi limitada conciencia personal actual me da las respuestas desde el estrato más profundo de mi existencia, ¿o es el maestro? : «Será algo hermoso y alegre. Serás más feliz de lo que eras sobre la Tierra».

De entre la multitud de regalos recibidos durante los años como discípula, cabe destacar el siguiente como particularmente importante: Muchas personas en sus años de madurez se hacen, decepcionados, la siguiente pregunta al reflexionar sobre su vida hasta el momento: «¿Es esto todo lo que tiene para ofrecerme?» Los ansiosos deseos de la juventud han demostrado ser a menudo una ilusión o se han transformado en banal rutina.

Al discípulo de muchos años, no obstante, se le abre cada vez más desde el cobijo de la monotonía diaria, el auténtico sentido profundo del ser. La vida terrenal se convierte para él en una gran tarea en la que no solo sus hechos, sino también cada palabra y cada pensamiento tienen un significado para acercarse un poco más a la ansiada meta, convertirse en una persona auténtica y, a través de la mayor y más verdadera dicha suprema, llegar hasta Dios. Cuanto más retengan los pensamientos, las palabras y los hechos el «yo» personal, más se obstaculizan en el camino hacia la meta, se muestran desinteresados en el pequeño «yo» y más cerca lo atraen. De este modo, cada momento se convierte en una misión. El discípulo siente cada vez más que ha encontrado y se ha apoderado del cordón vital que lo salvará, que lo conducirá a través del engañoso resplandor del mundo con seguridad y lo llevará hasta el reino de la verdad y de la luz.

Nota: * La idea del Manav Kendra se hizo realidad entre tanto. Si desea más información, puede encontrarla en: www.kirpal-sagar.org

Kommentar [AZZ8]: La URL está incompleta en el original, supongo que esta es la dirección que pretendía poner.